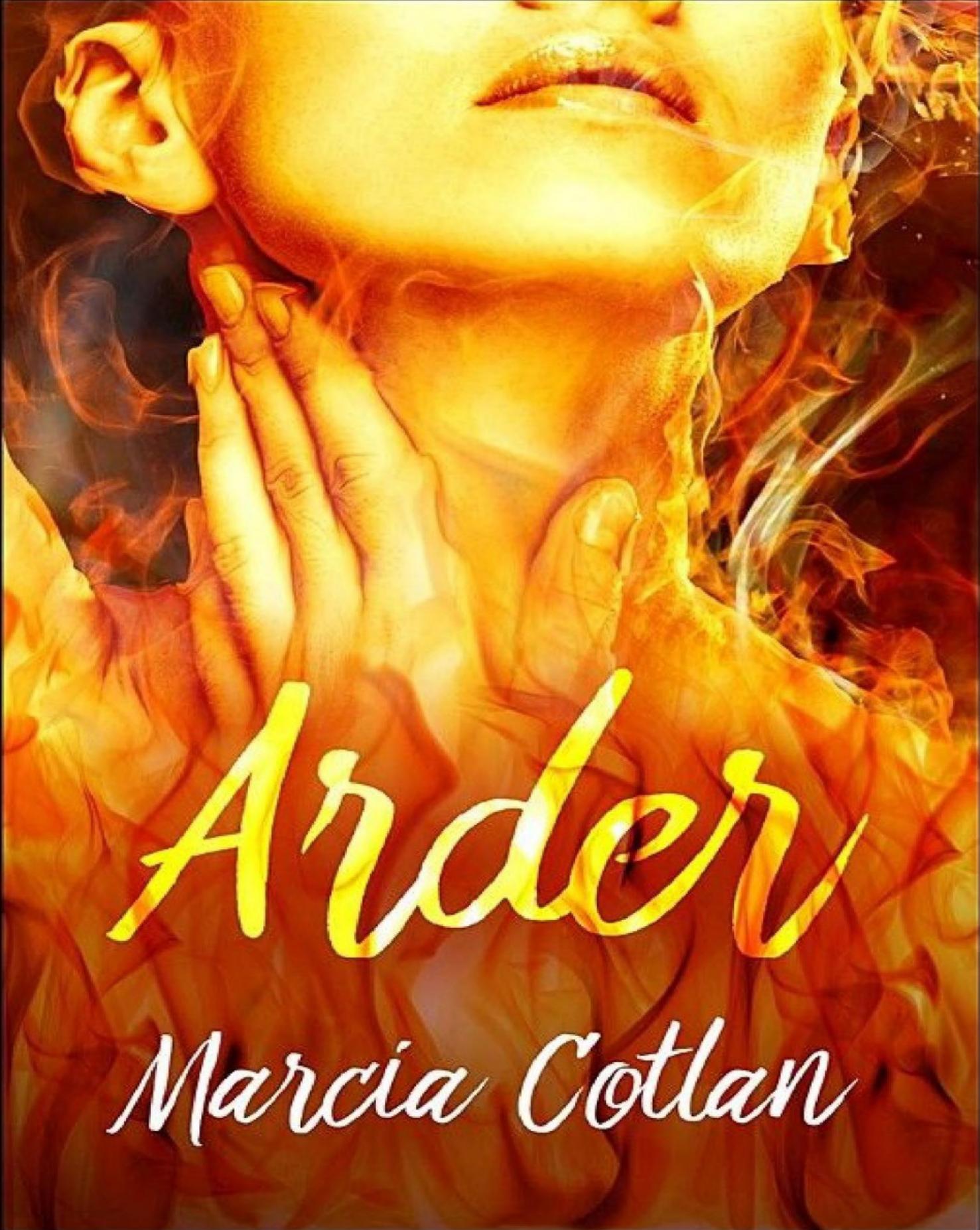


Selecta



Arder

Marcia Cotlan

Arder

Marcia Cotlan

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

«Yo no vivo, yo ardo».
(Ajo)

Capítulo 1

AZUL COBALTO

Oí hablar por primera vez de la agencia de acompañantes Waterham's en la inauguración de una exposición de esculturas, en una galería de la zona oeste de Vancouver. Había viajado varias veces a la ciudad para la liquidación de uno de los negocios de Patrick, mi marido, y me quedaban al menos un par de meses aún para ultimar todos los detalles de la venta, tanto del local como de las pocas obras de arte que todavía contenía. En aquella ocasión, había ido a la fiesta con mi amiga Lauren y, mientras ella revisaba su maquillaje en el tocador, un par de mujeres de unos cincuenta años, elegantes, aún hermosas y deseables, pero vestidas y peinadas con tal exageración que parecían cacatúas, intercambiaban confidencias que no lo eran, pues decían a voz en grito, para quien quisiera escucharlas, que los hombres de la agencia Waterham's dejaban sin respiración: guapos, sexys, cultos y mucho más que diestros en la cama.

—Míralas bien, Valentina —me dijo Lauren al oído—. Son patéticas... Se han pasado toda la vida rondando a viejos ricos que las mantuvieran, y ahora que son ellas las que peinan canas, pagan a jovencitos para que les calmen los ardores de toda una vida sin orgasmos.

Sonreí a Lauren, siempre con su lengua viperina en pie de guerra, pero ella no sabe lo que es acostarse con hombres año tras año de tu vida y que no logres correrte con ninguno. Yo sí lo sabía, por eso no pude olvidar las cosas

que decían sobre aquella agencia. Aún volví tres veces más a Vancouver antes de instalarme durante dos meses en uno de los hoteles del centro y me preguntaba por qué no intentarlo. Vancouver no era mi ciudad, solo estaba de paso, nadie se enteraría jamás, y era un trato entre adultos donde ambos consentían y estipulaban los límites. Sexo a cambio de dinero, tan antiguo como el mundo. Busqué la dirección de la agencia en internet y me debatí entre el ansia y las dudas aún durante una semana más, hasta que al final me decidí.

Cuando el primer acompañante no logró ganarse la confianza que yo necesitaba para dar un paso así, no me preocupé. Tampoco lo hice cuando el segundo y el tercero me resultaron confiables, pero poco atractivos, a pesar de que su belleza era innegable. No me gustaban, así de simple. Pero después de que el cuarto, quinto y sexto tampoco fueran lo que yo esperaba, le dije a la señora Waterham que quizá deberíamos dejarlo pasar, que aquello no era para mí. Ella se puso nerviosa, tal vez por miedo a que hablara mal de su negocio a mis amigas... ¿A mis amigas? ¡Ni que estuviera loca! Jamás le diría a nadie que había ido a un sitio así a buscar sexo. A pagar por sexo, en realidad.

—Dame unos días. Voy a ver si puedo localizar a Jack. Se está tomando un tiempo de vacaciones. Es excepcional, el mejor. No te rindas aún, Lucy. Intentémoslo solo una vez más. Si con Jack no funciona, puedes irte sin ningún compromiso, ¿de acuerdo? —me propuso la señora Waterham. Cada vez que me llamaba Lucy me pillaba desprevenida. Había decidido no dar mi verdadero nombre, pero no lograba hacerme a la idea de que cuando decía Lucy en voz alta, era a mí a quien se estaban refiriendo.

La miré con cierto recelo, sin creermelo que ese tal Jack fuese a ser distinto de los seis anteriores, pero ella era de lo más convincente. Meneó con seguridad su melena cardada y taconeó a mi alrededor con sus *stiletto*s, un poco nerviosa. Le dije que de acuerdo, que conocería a Jack. Olvidé el tema hasta que me llamó de nuevo, varios días más tarde. Entonces fui a verla, bastante más calmada que en ocasiones anteriores porque esa vez, por fin, estaba convencida de que aquella agencia no tenía nada que ofrecerme. Al

menos, no lo que yo deseaba. Me hizo pasar a su despacho y me pidió que la esperara mientras iba a buscar a ese magnífico acompañante que me quería presentar.

Tardó unos instantes en regresar, lo justo para que a mí me diera tiempo a estudiar a fondo su despacho. No había podido hacerlo en las anteriores ocasiones porque estaba aterrorizada. Esa vez solo me sentía nerviosa, y ni siquiera demasiado... O eso me decía a mí misma.

Los muebles del despacho eran de líneas sencillas y de un color blanco lacado que daba al lugar un aspecto elegante, sofisticado y limpio. Había revistas de arquitectura sobre una mesa auxiliar, que estaba segura de que su dueña no había leído jamás, y algunas fotografías en blanco y negro de Marilyn Monroe tomadas por Eve Arnold —imagino que eran reproducciones, no originales— colgadas estratégicamente en las paredes, sobre todo en la que había detrás el escritorio.

El corazón me latía deprisa mientras esperaba su regreso. Me sentía un poco obligada a continuar con aquello, aunque había rechazado a seis posibles acompañantes y nada me hacía suponer que el séptimo fuese a gustarme más que los anteriores.

La señora Waterham parecía tan dispuesta a encontrar para mí lo que yo tanto deseaba, que accedí una y otra vez a sus citas.

De pronto, me apetecía salir huyendo, pero la puerta se abrió y ni siquiera me atreví a darme la vuelta. Simplemente esperé a que la señora Waterham estuviera frente a mí, y por el rabillo del ojo comprobé que había un hombre en el umbral.

—Ven, Lucy, quiero presentarte a Jack. —Me indicó con un gesto de la mano que me levantara y la siguiera.

Lo hice y al darme la vuelta me topé con mi futuro *acompañante*. ¡Y qué acompañante! Sus cejas se alzaron al verme y, casi de inmediato, frunció el ceño. Iba vestido con unos pantalones oscuros que se apoyaban sensualmente en sus caderas y una camisa blanca que hacía más llamativo el tono moreno de

su piel. Sus ojos eran de un increíble color azul cobalto y su rostro reflejaba una dureza de carácter que me hizo estremecer. Lo más extraño de todo era que su cara me resultaba muy familiar, aunque no lograba recordar de qué lo conocía. ¿O lo habría visto en algún cartel publicitario? Era tan guapo que no sería de extrañar que también realizara algún trabajo ocasional como modelo.

Noté que él me hacía un repaso rápido, tratando de ser discreto. Me sentí incómoda... Yo llevaba uno de esos vestiditos de club de campo, dulces y favorecedores, de color azul claro, y el pelo liso y suelto, sin ningún peinado especial. Sabía que representaba menos de treinta y tres años con aquella indumentaria. No era como él esperaba que fuera. Me alejaba del prototipo de mujer que iba a aquella agencia: no tenía cincuenta años, ni llevaba el pelo cardado, grandes joyas y un maquillaje brillante incluso a aquellas horas de la mañana. Y, sobre todo, no iba a correrme de gusto solo porque me diera un buen par de lametones. No. Yo llevaba apenas un toque de rubor en las mejillas, máscara de pestañas y un ligero brillo de labios. Y hacer que me corriera le iba a costar a Jack horas de duro trabajo, si es que lo lograba.

Aquel hombre me estaba mirando con detenimiento, casi con mala educación, y se detuvo un instante en el pequeño puñado de pecas tostadas que me salpicaba la nariz. Como si su mirada fuese una pluma que me estuviera haciendo cosquillas, fruncí el ceño en un gesto involuntario y entonces él me miró a los ojos, muy serio, concentrado.

—Lucy, este es Jack. Creo que os llevaréis bien.

La señora Waterham me sonrió mientras me agarraba por el codo y me acercaba a él, que adelantó la mano. Se la estreché con cierto reparo y los dedos fríos debido a los nervios. Su piel era cálida y suave. Me recorrió una corriente eléctrica cuando nuestras manos se rozaron y sentí... No sé cómo explicarlo... Sentí que estaba en casa, que algo que emanaba de él me recordaba lo que era un hogar, esa sensación calmada que te acompaña en la infancia cuando todo va bien. Tal vez su olor me transportara al pasado, no lo sé.

—Encantado —dijo, dedicándome una sonrisa que me pareció forzada.

—Igualmente —respondí. La voz me salió un poco estrangulada.

—Le estaba diciendo a Lucy que tienes libre la tarde de pasado mañana. Podéis quedar para tomar un café y acordar los detalles de vuestra próxima cita —le explicó la señora Waterham a Jack.

Él asintió.

—Por mí, perfecto. ¿Qué te parece si quedamos en el Daines, a las seis de la tarde?

Estaba mirándome, taladrándome con sus ojos azul cobalto. Tragué saliva con dificultad. Dios mío, qué violento era aquello, cuántos eufemismos... Acordar los detalles de nuestra próxima cita o, lo que era lo mismo, decirle a Jack qué servicios deseaba, cuáles eran mis preferencias... en la cama.

—Me parece bien —respondí, aunque no tenía ni idea de dónde se encontraba aquel lugar. Más tarde preguntaría en la recepción de mi hotel o lo buscaría por internet.

—De acuerdo, entonces, Jack —dijo la señora Waterham, sin atreverse a despedirlo. Puede que aquel hombre fuera su empleado, pero ella no lo trataba como tal.

Él forzó otra sonrisa y me dedicó una nueva y rápida mirada de reconocimiento, de pies a cabeza, justo antes de desaparecer por la puerta tras murmurar alguna palabra que no logré entender, tales eran mis nervios. Probablemente fuera una despedida. Clavé la mirada en la puerta que él había cerrado, sintiendo una cierta desazón por la marcha de Jack.

—Es el mejor, Lucy, te lo aseguro. Quedarás encantada, ya lo verás. Es muy particular, nunca lo comprometo sin que vea a la clienta, porque es un hombre muy especial, muy selectivo. Es el más solicitado y el que más veces se niega a realizar salidas con las clientas. —Me dirigió una mirada de camaradería, aunque sabía que trataba de hacerme sentir especial, pues Jack había accedido a salir conmigo. La odié un poco. Me pareció mezquina y rastrera bajo su ropa de Narciso Rodríguez y sus increíbles zapatos de Jimmy Choo.

Me pregunté si todas las mujeres lo buscarían exclusivamente para el sexo o si habría alguna que solo deseara su compañía. Como si me estuviera leyendo la mente, ella me respondió.

—Tiene una clientela fija que solo lo quiere como amigo. Es un hombre cultivado y elegante, habla de arte, literatura, política... Podrías pedirle que te acompañara a una recepción y jamás te dejaría en evidencia. Muchas mujeres buscan eso, un hombre refinado que las escuche y al que lucir ante sus amigas. No todas, por supuesto. Hay gente que pide... más. —Me sonrió.

Comencé a sudar. Aquella mujer no me había preguntado qué deseaba de Jack, esperaba que yo misma se lo dijese a él y, solo de pensarlo, la cabeza me daba vueltas. Decirle a un perfecto desconocido «quiero que logres que me corra... Ningún hombre lo ha conseguido jamás» me parecía como saltar de cabeza a una piscina sin agua. Me pregunté si después Jack debía decirle a ella qué habíamos hecho... Me di cuenta de que la señora Waterham no había hablado de tarifas y servicios, solo me había dado un precio. Imaginé que ese precio era el mismo si le pedía que me acompañara al cine y si pretendía... otras cosas.

Me levanté un tanto nerviosa, nos dimos un beso de despedida, como si fuéramos amigas. No recuerdo muy bien qué más nos dijimos. Salí de aquel lujoso apartamento del centro de Vancouver con una enorme sensación de malestar mezclada con una inmensa excitación. El recuerdo de los ojos azul cobalto de Jack me hacía sentir inquieta. Su mirada me era tan familiar que me intrigaba. ¿Quién era y de dónde lo conocía?

Repasé mentalmente sus rasgos y me di cuenta de que poco a poco mi cuerpo comenzaba a arder y de que aquello era buena señal. Quizás Jack fuese el elegido para transportarme a la gloria. Aquella expresión tan cursi hizo que me avergonzara un poco de mí misma. Me alegré de que nadie excepto yo pudiera escuchar mis pensamientos.

En ese instante acallé la vocecilla interior que me reprochaba pagar por sexo. ¿No había sido una crítica feroz de los hombres que usaban los servicios

de prostitutas? ¿No me había parecido siempre despreciable utilizar la necesidad económica de alguien para pagarle por algo tan íntimo como el sexo? Ahogué todo eso, me impedí pensar en ello... Y acabaría pasándome factura, por supuesto.

Capítulo 2

HARRISON SHERIDAN

La noche siguiente quedé con mi amiga Lauren para cenar. Lo agradecí porque la soledad del hotel me estaba pesando demasiado y Jack tenía la culpa. También estaban los problemas de la galería, claro, pero en eso no quería pensar.

Me gusta estar sola. De hecho, lo adoro. Nunca tuve demasiado tiempo para mí misma. Cuando vivía con mi madre, debía cuidarla y vigilar que se tomara sus pastillas. Me angustiaba si la perdía de vista, porque cualquier cosa podía ocurrirle. Después, en el centro de acogida, éramos casi treinta niños y ni siquiera en el baño se podía estar sola demasiado tiempo. Finalmente, Patrick llegó a mi vida y las cosas comenzaron a cambiar. Tuve mi propio dormitorio, tiempo para mí misma y ese tipo cosas que son lujos para alguien que creció como crecí yo.

De todos modos, siempre he pensado que la soledad es buena cuando te hace feliz, pero si una preocupación te ronda la cabeza, es mejor estar acompañada para pensar menos... O para que tu mente no te boicotee y esos pensamientos no se conviertan en obsesivos.

No podía dejar de pensar en Jack y en lo que suponía pagar a cambio de sexo. Era horrible, lo mirara por donde lo mirara, tanto para el propio Jack como para mí. Tenía la sensación de estar tratándolo como a un simple pedazo de carne y él me vería a mí del mismo modo, pero seamos sinceros: mi

anorgasmia era un problema que llevaba tiempo preocupándome. Bueno, de acuerdo, no podía hablar de anorgasmia puesto que cuando me masturbaba era mucho más que capaz de alcanzar el placer, pero en compañía... Ese ya era otro tema.

¿Cuánto llevaba yendo a terapia? ¿Dos años? Creía que pasado ese tiempo mi problema se habría resuelto, pero no fue así y era agotador. Conocía a un hombre, me gustaba, me esforzaba por ser la mejor versión de mí misma, se enamoraba de mí, practicábamos sexo a todas horas, cada una de esas veces creía que iba a lograrlo, que podría correrme, pero no ocurría, y me frustraba, y me sentía mal por fingir que todo iba bien... Y vuelta a empezar. No podía más. Fue entonces cuando me planteé que quizás un profesional del sexo sería la solución.

Esos pensamientos en bucle llenaban mi cabeza y necesitaba alejarlos a toda costa, por eso me había alegrado tanto la llamada de mi amiga Lauren. Me obligaba a salir de la habitación del hotel, hablar con ella y ocupar mi cabeza en otros temas.

Quedamos en el restaurante del hotel Fairmont, en la esquina entre Hornby y Robson. Me arreglé más de lo que lo hacía últimamente porque había comenzado a darme cierta vergüenza cuando me miraba en el espejo con el pelo despeinado y aquellas ojeras de espanto. No sabía lo que me ocurría. Nunca fui coqueta, de esas mujeres que van de punta en blanco, pero sí me arreglaba con sencillez. Parecía que no iba maquillada, que todo era natural, pero a esa supuesta naturalidad le dedicaba muchos minutos cada mañana y era estudiada. Sin embargo, de un tiempo a esta parte había dejado de importarme mi aspecto.

Lauren aplaudió en cuanto me vio llegar al bar del hotel. Ella sí que iba arreglada. Sus labios rojos impactaban desde varios kilómetros de distancia y sus enormes pestañas postizas provocaban huracanes con cada aleteo. Era una mujer explosiva y, por eso, pocos hombres se daban cuenta del estupendo, profundo, cariñoso e inteligente ser humano que había debajo de los vestidos

ajustados que solía llevar. Su estética atraía a los hombres más inadecuados y asustaba a los que serían perfectos para ella. Ironías de la vida.

«Mejor enamorar que gustar», decía la señora Phelps cada vez que me encontraba mirándome al espejo demasiado tiempo. «Una cara bonita no enamora a nadie que de verdad merezca la pena. Un corazón bondadoso y un cerebro cultivado, sí». Nunca olvidé el consejo ni a la señora Phelps. Fue la primera persona que cuidó de mí, pero no quiero que esto sirva de crítica a mi madre. Ella me quería muchísimo, pero estaba enferma. Y aun en sus peores momentos, siempre hizo esfuerzos sobrehumanos para demostrarme su amor. Eso lo recordaré siempre.

Sonreí en la distancia a Lauren y me dirigí hacia ella con paso firme.

Había un tipo vestido de blanco interpretando *Piano Man* de Billy Joel y acariciando las teclas como quien acaricia el cuerpo de la persona que desea. Me detuve a su lado un instante y Lauren vino a buscarme con cierto apremio. No lleva bien que el arte me impacte tanto —aunque ella también se dedica a este campo— y que tienda a la evasión cuando estoy a su lado. Dice que muchas veces evito la realidad como mecanismo de defensa... Y no se equivoca.

—Sí, sí, toca de maravilla, Valentina, ¿pero quieres hacer el favor de acompañarme? Ya he pedido tu *San Francisco* y necesito que me cuentes qué es eso tan urgente que debes decirme. Me dejaste intrigada después de nuestra última conversación telefónica. —Esto último lo murmuró muy cerca de mi oído porque un camarero se nos había acercado.

—Señora Perrier, me avisa el *maître* de que su mesa ya está preparada —dijo el joven, con una bandeja llena de cócteles en la mano.

Lauren miró su reloj.

—Aún es temprano. Entraremos en media hora, tal y como consta en la reserva.

El camarero asintió y se fue a servir una mesa.

—¿Cuándo vas a dejar de usar el apellido de tu exmarido? —le pregunté.

Habían firmado el divorcio hacía más de un año.

—¡Jamás! —me dijo, mirándome con los ojos desorbitados—. Seré Lauren Perrier hasta la muerte. ¿Quieres que vuelva a ser la señorita Topper, de Topeka? Odio ese apellido. Suena a paleta, que es lo que yo era antes de llegar a Los Ángeles.

Lauren no vivía en Toronto, como yo. Era norteamericana. Solía decir que había salido de la cloaca a base de esfuerzo y estudio, pero no acababa de creerme que su lugar de origen fuera tan malo como lo pintaba. Nos habíamos conocido en la feria de arte de Miami, cuatro años atrás, y no dejamos de coincidir en diferentes eventos en Estados Unidos y Canadá. Nos hicimos amigas muy pronto y, ya que asistíamos a los mismos festivales y exposiciones, acabamos organizando nuestros viajes juntas. Aquella vez no, porque ella había quedado con un ligue ocasional y yo decidí alojarme en un hotel cercano a la galería que tenía que desmontar.

«Desmontar», qué palabra tan horrible para la muerte de un sueño. Sacudí con fuerza la cabeza porque tampoco quería pensar en la galería en esos momentos.

Soy como Scarlett O'Hara, lo sé. «Ya lo pensaré mañana» es mi lema en la vida. No estoy demasiado orgullosa de ello.

Nos sentamos en los taburetes de la barra del bar. Para Lauren fue difícil subirse a uno con sus tacones de doce centímetros y su vestido cortísimo y entallado hasta la asfixia. Tuve que ayudarla y no pude evitar reírme.

Los *San Francisco* ya estaban esperándonos.

—Dime, ¿qué es eso tan importante que querías contarme?

—Lo de la galería me está volviendo loca, Lauren... Necesito seguir vinculada al mundo del arte de algún modo. ¡Lo necesito! No puedo irme con Patrick a Sudamérica a supervisar cafetales. ¡Me moriré! ¿Me entiendes? ¡Me moriré!

Lauren me miró muy seria, preocupada. Nunca me había visto así, perdiendo los papeles, mostrando desesperación.

—¿Qué ocurre, Valentina?

—Te lo acabo de decir...

—No, no... Quiero que me digas qué ocurre de verdad.

Temía ponerme a llorar si seguía hablando del tema, pero... ¿Qué importaba eso? Casi nadie me conocía en Vancouver. Podía montar una escena y solo Lauren sería testigo de cómo hacía el ridículo en público.

—La galería era mi vida, ya lo sabes. ¡El arte es mi vida! Y no solo por el amor que le tengo, sino porque era el único modo de... —Respiré profundamente y decidí no dar tantos rodeos—. Necesito que busques a alguien. Tú seguirás en el circuito artístico después de que me haya ido y desde dentro podrás dar con él mejor que yo. En cuanto cierre la galería, no tendré acceso a representantes, artistas, marchantes ni nada de eso.

—¿De qué estás hablando?

—Harrison Sheridan. Tienes que ayudarme a encontrarlo.

—¿Quién diablos es Harrison Sheridan?

—Un pintor. Tiene que ser pintor, estoy segura. De niño tenía un talento fuera de serie y siempre dijo que quería dedicarse a eso. Si encuentras alguna obra suya o sabes de él, por favor... ¡Por favor!... Avísame.

—¿Qué te ocurre con ese pintor?

Me mordí el labio.

—Lo conocí de pequeña. Le perdí la pista y necesito encontrarlo. Fue muy importante para mí, pero no puedo y no quiero decirte nada más ahora.

Ella asintió. Tenía el ceño fruncido. No entendía nada de aquello, pero respetó mi decisión de no hablar más. No me sentía preparada para contarle lo del centro de acogida, aunque ese momento había sido capital en mi vida: después de mi madre y antes de Patrick, es decir, la única época en la que fui yo en estado puro. ¿No dice mi psicoanalista que debo averiguar quién soy y quién quiero ser? ¿No me insta a que deje de esconderme en ese caparazón de seguridad que Patrick me ofrece? Pues aquel era el lugar por el que debía empezar: el centro de acogida y Harrison Sheridan.

—Estaré pendiente. En cuanto escuche su nombre, te avisaré.

Sonreí con tristeza, sin ganas. Ya ni siquiera sabía por qué estaba triste. Al fin y al cabo, en algunos aspectos la terapia había dado sus frutos.

—¿Ese pintor del que hablas tiene algo que ver con Bash Sheridan?

Asentí y ella silbó, mostrando su sorpresa.

—Pues a mí también me interesará hablar con él. Puede que conserve algún boceto de su padre. Valdría millones.

Sinceramente, dudaba que Harrison conservara nada y no por desapego hacia su padre, sino porque Bash Sheridan no creía en la perdurabilidad del arte, sino en la belleza de lo efímero, por eso se hizo tan famoso a principios de los años 90 con sus grafitis callejeros.

—¿No te has planteado contratar a un detective? —propuso mi amiga.

Negué con la cabeza.

—Eso sería demasiado invasivo. No es lo mismo estar atenta para ver si por casualidad me topo con su nombre en los circuitos artísticos o en cualquier otra parte que contratar a alguien que escarbe en su vida y su pasado.

Lauren se rio con ganas.

—Madre mía, Valentina, nunca he conocido a nadie que respete a los demás del modo en que tú lo haces. No sé si eres buena a rabiarse o un poco tonta... Te lo digo con cariño, que conste.

¿Respetar a los demás? ¿Yo? ¿Pero si estaba a punto de pagar a otro ser humano a cambio de sexo!

Mi gesto debía de ser desolador, porque Lauren se bajó del taburete con dificultad, dando un traspies por culpa de los altos tacones, y me dio un abrazo de esos que sanan, aunque la enfermedad no se nos vaya del todo del alma.

—No estás sola. Estoy aquí, ¿vale?

Asentí.

Un imbécil con traje de Armani se puso a nuestro lado en la barra y malinterpretó nuestro gesto de cariño.

—¿Podría unirme a vosotras, preciosas? Os haría cosas que ni os imagináis y me dejo hacer de todo —dijo, mirando con lascivia el vestido corto de Lauren y sus largas piernas. Iba pasado de tragos.

—Ni aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra. Piérdete, capullo —le respondió, agarrándome de la mano y conduciéndome hacia el restaurante.

—¡No te des tantos aires! No eres más que una puta. Mira qué pinta llevas —siseó aquel tipejo.

Lauren no perdió su buen humor y le respondió con una sonrisa.

—Puede, pero ten por seguro que jamás seré tu puta.

Me tuve que reír, mientras veía cómo uno de los camareros se acercaba a hablar con él de la manera más delicada. Hubiera deseado que lo echaran a patadas.

Nunca falta un gilipollas que se cree que las lesbianas están ahí para excitar a los consumidores de porno y para hacer realidad sus fantasías masculinas. Me ofendía y eso que yo no era lesbiana. No quiero ni imaginar lo que ellas soportan cada día. Tampoco faltan hombres que te adulan mientras creen que eres un polvo fácil, y en cuanto comprueban que no es así, te insultan. El tipo que acabábamos de sufrir era el hijo alcohólico de un millonario, de ahí que le permitieran campar a sus anchas, incluso ofendiendo, en un hotel como aquel.

—Y dime —reanudó su interrogatorio en cuanto nos sentamos en la mesa del restaurante—, ¿es cierto que vas a hacer cambios en tu vida?

Asentí.

—¿Lo sabe Patrick? —preguntó con gesto incrédulo.

—Lo sabe, aunque no creo que me tome en serio, pero lo cierto es que debo hacerlo. Tengo la sensación de que he pasado de ser una niña que cuidaba como enfermera de su madre a una adulta mimada y protegida en la madriguera del sobreprotector Patrick. Me he perdido a mí misma en alguna parte de ese camino y tengo que encontrarme.

—¿Tienes claros los cambios?

—Algunos sí. Buscaré un empleo que no tenga nada que ver con los negocios de Patrick y me mudaré a un apartamento sola en cuanto cobre mi primer sueldo. Me quedaré en Vancouver, no regresaré a Toronto con él. — Respiré hondo—. Y dejaré de vestirme como una Barbie frígida de club de campo.

Lauren rio con ganas.

—¿Algo más?

Evidentemente no le conté lo del *gigoló*, así que negué con la cabeza justo cuando el camarero se acercó para entregarnos la carta... Y de pronto volvió a mi cabeza aquel sueño infantil de vivir en Portland con Harrison Sheridan y dedicarnos al mundo del arte.

Qué bonito sería poder cumplir siempre los sueños que tenías cuando eras niño, ¿verdad?

Capítulo 3

DUGBY GUT

El verdadero motivo de que me encontrara en Vancouver en aquel momento no era la venta de la galería, sino la exposición de la obra de la extraña y maravillosa pintora canadiense Maud Lewis.

Cuando le dije a Patrick que iba a comprarme uno de sus cuadros, me miró de lo más extrañado. «No es tu estilo», me dijo. Y tenía toda la razón. Maud Lewis es la pureza hecha arte, la inocencia hecha pintura. Sus obras son sencillas, luminosas, sus paisajes carecen incluso de sombras y, sin embargo, su fuerza te deja sin palabras. Pero no era nada de eso lo que me hacía desear desesperadamente aquella obra suya titulada *Dugby Gut*, sino el hecho de que justo en aquel paisaje de Nueva Escocia había pasado el mes más feliz de mi vida junto a mi madre.

No había puesto más que un pie en la galería Numminem cuando me topé con uno de los personajes más odiosos del circuito artístico canadiense. Lo apodaban «el Gurú» porque decían que tenía muy buen ojo para descubrir a grandes artistas, pero no era cierto. Solo era un impostor. No sabía de arte, carecía de la sensibilidad mínima para distinguir lo que era una verdadera obra maestra y no tenía la valentía que hace falta para defender a un auténtico artista. No. Lo que él hacía era engañar a la gente, a compradores ricos y con nulos conocimientos sobre arte que se fiaban de su criterio. Compraba la obra de un artista mediocre, lo publicitaba en la prensa, sobornaba a un par de

periodistas de alguna publicación moderna para que hablaran de él y sacaba su obra a la venta por muchos miles de dólares... Eso no era descubrir talentos, sino convertir a mediocres en supuestos genios.

Hacía tiempo que lo conocía. Sabía que su nombre era Jackson Roberts, pero se lo cambió por uno más sonoro: Hopper Arlington. Y allí estaba, dentro de la galería, a las siete de la tarde y con sus eternas gafas de sol, el muy ridículo. También fingía cierto amaneramiento, aunque me constaba que no era homosexual y que en la intimidad no tenía pluma. Sus calcetines siempre eran estampados y de colores tan llamativos que me cegaban cuando los veía asomar por debajo de los pantalones tobilleros.

Para mi desgracia, era el marchante que había tenido la suerte de poder mover las obras de Maud Lewis en Canadá. Sabía que iba a hacérmelo pasar mal antes de venderme el cuadro, si es que me lo vendía, y que trataría de alterar su valor y mi paciencia contándome lo muy solicitado que estaba.

Me recibió la propia Anja, una mujer estupenda, demasiado generosa con la gente que trabajaba para ella, si tenemos en cuenta que ellos usaban esa bondad suya para sacar provecho. Había sido la primera en llamarme para preocuparse por mí cuando se enteró de que cerrábamos la galería. Sabía que lo hacía de corazón.

—Qué alegría verte, querida —me dijo, con ese acento finlandés tan marcado.

Nos dimos un beso y me acerqué a su oído para murmurarle lo que no quería que nadie más escuchara.

—Vengo a comprar *Dugby Gut* y no quiero tratar con Hopper Arlington. Ya sabes que no nos llevamos bien y va a querer marearme.

Ella se apartó lo suficiente como para fijar su mirada en la mía.

—¿Una compra personal, querida?

—Claro, Anja, personal. Sabes que cerramos la galería.

Asintió con pesar mientras miraba al suelo.

—Verás... Le he prometido las ventas a Hopper. Le debo muchos favores,

no puedo dejarlo al margen en esto, pero hablaré con él, ¿de acuerdo? No te mareará.

Anja no podía prometerme eso. No era capaz de controlar a Hopper. De hecho, mucha gente se preguntaba quién era el verdadero dueño de la galería. Yo sabía que la propietaria era ella, pero, desde luego, quien mandaba era él.

La vi acercarse a Hopper y decirle algo al oído. Él me miró y negó con la cabeza. Después ambos se volvieron hacia mí un instante. El rostro de Anja mostraba disgusto. El de él, un placer difícil de disimular. Caminé hacia ellos.

—Ya está vendido, querida. Lo siento muchísimo.

Forcé una sonrisa.

—¿Puedo saber quién lo compró? —pregunté sin demasiadas esperanzas, mirando directamente a Hopper, aunque había sido Anja quien me había dado la mala noticia de la venta.

Él negó con la cabeza.

—Lo siento, pero es un coleccionista privado que no quiere desvelar su identidad.

Me contuve para no responderle que las obras de Maud Lewis aún no habían alcanzado ni la notoriedad ni el precio como para que uno de esos anónimos millonarios coleccionistas de arte se fijara en ellas. Lo que de verdad ocurría es que Hopper no quería darme ninguna pista sobre dónde iba a ir a parar la obra para que no tuviera oportunidad de negociar una compra. Seguro que le hacía feliz imaginarme pensando por ella. Me conocía lo suficiente como para saber que no compro arte para colgarlo en las paredes de mi casa, que soy de la opinión —extraña en una galerista— de que las obras de arte deben estar en museos, al alcance de quien quiera disfrutarlas, y no encerradas en los apartamentos de lujo de los coleccionistas privados. Él intuía, por lo tanto, lo importante que sería para mí ese cuadro si me había molestado en ir hasta allí para tratar de comprarlo.

Me encogí de hombros para no darle el gusto de verme contrariada.

—¡Qué se le va a hacer! —exclamé, justo antes de despedirme de Anja con

un beso y perderme entre la gente para dejar de ver la cara de aquel maldito cínico.

Me dirigí a la pared del fondo de la galería, donde estaba *Dugby Gut*, el cuadro que ya nunca sería mío. Quería observarlo por última vez antes de que su legítimo dueño se lo llevara para siempre.

Había un banco frente a la obra y un hombre sentado en él. Decidí ocupar el hueco a su lado para observar aquella maravilla de cuadro. Utilizo el diminutivo porque era de unas dimensiones diminutas.

Tomé asiento, dejando espacio entre el hombre y yo, y me sumergí en la observación de los increíbles colores del paisaje.

—Hola —escuché que decía con voz ronca el hombre a mi lado.

Me giré hacia él. Paseé la mirada por su rostro moreno y me vi atrapada en sus ojos azules y fríos como el hielo. El corazón se me desbocó al comprobar que se trataba de Jack. Él también parecía un poco descolocado por haberse encontrado conmigo allí. ¡Aquello era tan irregular! ¿Cómo debía comportarme? Jack utilizó un tono tranquilizador que surtió efecto. Inmediatamente me relajé.

—Calma, no pasa nada —murmuró con una sonrisa que hizo que mis ojos se clavaran en su boca—. Somos dos adultos que se encuentran en una galería y charlan. No hay nada raro en eso.

Sonreí, sintiéndome extrañamente cómoda a su lado, y volví a fijar mi mirada en el cuadro mientras sentía cómo me sonrojaba de pies a cabeza. Lo había mirado apenas un segundo, pero su imagen me quemaba como fuego, su piel morena destacando sobre el blanco inmaculado de la camisa, su barba de tres días perfectamente recortada... Su mirada, sobre todo eso: sus ojos, que eran como dos brasas, por muy manida que sea esta comparación. Respiré hondo y me sentí en paz solo con saberlo allí. Me costaba comprender que un desconocido me despertara esas sensaciones. Respiré con calma, siendo consciente de su respiración balsámica a mi lado.

—¿Te gusta la obra de Maud Lewis? —le pregunté en voz alta, sin mirarlo.

¿Por qué le había preguntado aquello? ¿Por qué no mantuve mi gran bocaza cerrada? De inmediato me di cuenta de la obviedad de mi pregunta, así que no le dejé ni siquiera responder—. Perdona, qué tontería acabo de decir. Por supuesto que te gusta. De lo contrario, no estarías aquí.

Se rio, y ese sonido resonó en mi interior, estremeciéndome.

—Me apasiona no solo su obra, también su vida —dijo, con un claro acento de Oregón. Yo había vivido demasiados años allí como para no distinguirlo con claridad ¿Lo conocía de eso?—. Lo tenía todo en contra y supo crear belleza de lo que la rodeaba, por burdo que fuera. Ni su enfermedad, ni la pobreza, ni la falta de un estudio propio donde pintar acabaron con sus ansias de expresarse. Nunca se dejó dominar por el miedo.

Giré mi cuerpo para poder mirarlo bien. Algo en aquellas palabras llenas de pasión me hizo comprender que no solo hablaba de Maud Lewis. Había algo más. ¿Hablabas de sí mismo?

—Vine hoy para comprar este cuadro —me sinceré.

—¿En serio!? —Sonreía de oreja a oreja y no entendí el motivo.

—Sí. Es una obra muy especial.

—Ya lo creo. Lo es.

Volví a enderezar mi cuerpo y a mirar el óleo. Sentía sus ojos sobre mí, pendientes, rapaces, inquisitivos, pero no me sentía intimidada.

—Me refiero a que es especial para mí. Mi madre y yo pasamos unas semanas en una casa de Nueva Escocia desde cuya ventana se veía exactamente esto. —Señalé el cuadro—. Fue una de las épocas más felices de mi infancia. Verlo es como volver allí, al olor de tostadas por la mañana y a las risas por cualquier cosa, a esa sensación de que el mundo puede ser un lugar hermoso.

Podría haber añadido que había sido una de las pocas épocas felices de mi niñez, pero sería darle demasiada información.

El silencio se prolongó durante un tiempo que me pareció eterno.

—Comprendo —dijo él al fin.

Pero no, no lo comprendía. ¿Cómo iba a hacerlo?

Volvimos a permanecer mudos durante mucho tiempo, mirando la obra de Maud Lewis, hasta que me levanté para irme. Él hizo lo mismo y nos quedamos frente a frente sin saber qué decir. Me sonrió de una manera extraña. Me fijé entonces en sus manos. No las había mirado hasta entonces. No soy de esas personas que se fijan en las manos de la gente. Tenía los dedos largos. Sus uñas estaban arregladas de una manera muy sutil, muy masculina. Había restos de pintura en el dorso, tal vez acuarela.

—¿Eres pintor? —Hice un gesto indicándole la mancha de su mano.

Él abrió la boca para responderme, pero algo en aquel gesto, en aquella mirada, me devolvió a algún incierto lugar del pasado. Como cuando tienes un nombre en la punta de la lengua, yo lo tenía a él en la punta de la memoria. No me atreví a decir nada porque no parecía reconocerme. No estábamos en las mejores circunstancias para darnos cuenta de que éramos viejos conocidos: él era un *gigoló* y yo estaba a punto de pagar por sus servicios, así que mejor dejarlo pasar.

—A veces pinto, pero no soy pintor. —Me miró con intensidad—. Ya sabes a qué me dedico.

«A dar placer», pensé. Volvimos a quedarnos en silencio y entonces comencé a pensar en lo peligroso que era estar allí si quería que Jack siguieran pensando que me llamaba Lucy. Si Anja Numminem o Hopper Arlington se me acercaban y me llamaban Valentina...

—Debo irme. Ya no hago nada aquí —señalé el cuadro de Maud Lewis—. Ese era el único motivo por el que vine, pero alguien se me adelantó y lo compró.

Extendió la mano para despedirse. Me pareció demasiado formal, pero se la estreché y volví a sentir aquella corriente eléctrica traspasándome cuando sus dedos rozaron los míos.

—Hasta mañana, Lucy —murmuró, con un tono íntimo.

Lo miré directamente a los ojos. Sabía lo que significaba aquello. Era muy

consciente de lo que había dicho. Al día siguiente hablaríamos sobre lo que yo deseaba, lo que esperaba de ese encuentro. El labio inferior me temblaba un poco.

—Hasta mañana, Jack.

La voz debió de salirme débil y entrecortada. Me encaminé hacia la salida, pero me detuvo agarrándome por el brazo. En cuanto me di la vuelta, me dijo:

—El cuadro lo he comprado yo.

Capítulo 4

ZONAS ROJAS

El Daines es uno de esos maravillosos oasis en medio de la ciudad que hacen que te olvides del tráfico y las prisas, envolviéndote con su aroma a café, sus flores y su patio de baldosas italianas. Me recordaba a los cafés que había frecuentado durante mi estancia en Florencia, un par de años atrás. El local en sí era pequeño, pero después de media hora averigüé que la gente pasaba a una extraordinaria terraza trasera. Nada más entrar, lo único que vi fue un local minúsculo y lleno de encanto cuyas camareras eran igual de maravillosas y encantadoras, apenas adolescentes, probablemente universitarias que trabajaban por horas para poder pagar el préstamo de estudios. La gente compraba los cafés y los pequeños pastelitos de nata, especialidad de la casa, para llevárselos y tomarlos en la calle mientras paseaban por la zona peatonal en la que se encontraba ubicado. Me senté ante una de las tres hermosas mesas metálicas —no había espacio para más— y me dispuse a esperar a Jack preguntándome cómo íbamos a tratar temas tan delicados en un lugar en el que cualquiera podía escucharnos debido a sus pequeñas dimensiones y a lo cerca que estaban los clientes. Una de las camareras me preguntó qué deseaba y le dije que estaba esperando a alguien y que pediría la consumición cuando llegase mi amigo. Miré la gran cristalera que daba a la calle peatonal esperando que apareciera Jack. Había llegado con mucho tiempo de antelación, casi media hora. Miré el reloj nerviosamente...

¿Y si no venía? Había puesto bastantes esperanzas en Jack, sobre todo después de haberlo convertido en objeto de mis fantasías la noche anterior y que el orgasmo fuese tan alucinante.

Ojeé el móvil por si había recibido algún mensaje de la señora Waterham anunciándome que Jack no podría asistir a la cita. Nada. Entonces levanté la vista y me topé con la puerta que daba a la terraza. Ni siquiera sabía que estaba ahí y eso que el local era tan pequeño que parecía imposible no haberla detectado antes, pero daba la sensación de ser un espejo colgado en la pared. En ese instante, una pareja la abría para salir y pude ver, en una de las mesas del fondo, en medio de lo que parecía un hermoso jardín botánico, unos ojos increíblemente penetrantes que me observaban. Contuve la respiración. Era Jack. No podía haber entrado después que yo, lo habría visto. Seguro que había llegado antes y estuvo allí todo el tiempo, observándome desde lejos. Pero ¿por qué?

Levantó una mano para saludarme justo antes de abandonar su mesa para dirigirse hacia mí. En su cara lucía una extraña sonrisa. Iba vestido de negro, con un jersey de cuello subido, y calzaba unos elegantes *Ferragamo*. Su aspecto era muy chic, arrebatadoramente masculino, y saber que en poco tiempo iba a tener a ese hombre entre las piernas hizo que una extraña excitación corriera por mis venas. Iba a pagarle, sí... Mi maldita vocecilla interior no me permitía olvidar eso, haciendo que esa excitación descendiera .

Cuando llegó a mi altura, me tendió la mano. Creí, en un primer momento, que era para saludarme, pero solo quería servir de apoyo para que me levantase. Me sentí como una damisela del siglo XIX.

—Creo que estaríamos más cómodos en el jardín. Hay más intimidad — murmuró muy serio, mirándome a los ojos casi con voracidad.

Ni siquiera me dijo hola.

Me abrió la puerta para permitirme pasar y me dirigí hacia la mesa en la que lo había visto sentado. Me apartó la silla para ayudarme a tomar asiento. Aquel tipo era demasiado, en serio... Demasiado masculino, demasiado

gentleman. Demasiado todo.

La camarera, en cuanto nos vio juntos, corrió a preguntarnos qué deseábamos. Trató a Jack con confianza y de inmediato me di cuenta de que era probable que llevara allí a todas sus clientas. Me sentí incómoda y me revolví en la silla.

—Un café, por favor —le pedí, sonriéndole para que no se notara mi malestar. A veces, mi buena educación y los modales que Patrick me inculcó con mano de hierro salen a flote en las peores tormentas y me muestro amable incluso cuando no deseo serlo.

—¿Qué café? —me preguntó la chica—. Tenemos decenas: colombiano, etíope, brasileño, jamaicano... ¿Quiere que le traiga la carta?

—No hace falta. Uno etíope, por favor.

—Café colombiano —pidió Jack, con una sonrisa que hubiera desarmado al mismísimo ejército de Napoleón y que hizo que la camarera se sonrojara.

Cuando al fin nos quedamos solos, nos miramos durante unos segundos en silencio. Él había cruzado una pierna sobre la otra y estaba recostado en el respaldo de la silla, tan cómodo en su propia piel que me costaba tragar saliva. ¿Cómo iba a sobrevivir en la intimidad con ese lobo feroz, estando acostumbrada a metrosexuales con menos testosterona que yo? Me percaté de que volvía a mirarme las pecas de la nariz casi de manera insultante, como si en mi cara no hubiese nada más.

—¿Tienes algo en contra de mis pecas?

—Perdón, ¿cómo dices?

—Mis pecas, ¿te molestan? No haces más que mirarlas.

Enmudeció unos instantes.

—Ni siquiera me di cuenta de que las miraba. —Mintió y no quise insistir en el tema. Entonces entró en materia—. Dime qué hicieron mis antecesores para no caer en su mismo error.

—¿Cómo?

—La señora Waterham me dijo que habías rechazado a seis acompañantes

después de un simple café. ¿Qué fue lo que hicieron tan mal?

Ni siquiera había tomado el café con ellos, pero no quise darle más explicaciones. Me había citado con todos en la calle y el paseo no había durado ni diez minutos. Me disculpé con cada uno de ellos y salí huyendo.

—La señora Waterham también me ha dicho cosas sobre ti... Como que eras muy selectivo. Entenderás que también yo lo sea. No creo que haga falta explicar que alguna gente, por maravillosa que sea, no cumple con nuestras expectativas.

Asintió y yo continué hablando.

—Ni siquiera llegamos a hablar de nada en concreto, solo de nimiedades, y no me sentí cómoda con ellos, de modo que... —Dejé el final de mi explicación en el aire.

La camarera llegó con nuestros cafés, pero los sirvió confundidos, lo supe en cuanto los olí. Esperé a que se hubiera ido para decírselo a Jack. No tengo ningún problema con el café colombiano, de hecho, me gusta mucho, pero en ese momento me apetecía el café etíope. Cuando la camarera se hubo ido, le hice saber el error.

—Ha confundido los cafés. —Cambié las tazas antes siquiera de que pudiera responderme.

Jack frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

Me encogí de hombros, restándole importancia.

—Por el olor. Esta variedad etíope huele a rosa y jazmín. El colombiano jamás olería así —le expliqué. Como vi su incredulidad, estuve a punto de revelarle de mí más de lo que debía, pero a él no le hacía falta saber que había pasado buena parte de mi vida visitando los cafetales de Patrick—. Créeme, sé de qué hablo.

Sonrió mientras paseaba su mirada por mi rostro, los ojos, los labios... y las malditas pecas de la nariz.

—Dime, ¿qué buscas exactamente en un acompañante? —Él volvió de

nuevo al tema que nos ocupaba. Noté que, al igual que yo, no endulzaba el café.

—Que me inspire confianza. —Tragué saliva antes de continuar—. También que me excite, porque busco... sexo. ¿Es un problema para ti, Jack?

Alzó las cejas, sorprendido.

—¿El sexo? No, claro que no, ¿por qué iba a ser un problema?

—Bueno, no es lo mismo pedirte que me acompañes a una reunión o a cenar y hablar de libros, por ejemplo, que...

—No, no es un problema para mí —dijo tajante, casi brusco—. Pero me gustaría dejar claras una serie de zonas rojas. Si el sexo entra en la ecuación, hay cosas que quiero que queden claras.

La taza quedó a medio camino, sin llegar a tocarme siquiera los labios, suspendida en el aire cargado de aquel jardín. Porque el ambiente, de pronto, se había vuelto denso y sofocante.

—¿Zonas rojas?

—Hay una serie de cosas que no hago jamás. Igual que tú tendrás tus preferencias y tus fobias, yo tengo ciertas... limitaciones en mi trabajo. —Estaba serio, casi enfadado.

—¿Cuáles? —La voz me salió un poco ronca.

—No permito que la clienta escoja el lugar del encuentro. Lo elijo yo y lo sabrás en el momento en el que vayamos a practicar sexo. Con lo que está ocurriendo últimamente, entenderás que sea precavido.

Asentí. Jack se refería a los cuatro *gigolós* asesinados, tres en Estados Unidos y uno allí mismo, en Vancouver. Los medios de comunicación habían filtrado la noticia de que había una misma persona detrás de todas aquellas terribles muertes.

—Yo también soy una mujer precavida. ¿Qué seguridad tengo de que seas de fiar? —pregunté con una sonrisa juguetona. ¿De dónde saqué el valor para el coqueteo?

Se encogió de hombros, sonriendo también.

—Tendrás que confiar en mí... Y sé que deseas hacerlo, ¿no es cierto?

Sentí cómo enrojecían mis mejillas y cómo un frío gélido volvía torpes mis manos. Eran sensaciones contrarias, pero cuando me ponía nerviosa, me ocurría eso: una parte de mi cuerpo se volvía incandescente y la otra se congelaba.

Es difícil de explicar. Había algo en él que me volvía loca. Era un perfecto desconocido. Solo lo había visto tres veces, pero lo deseaba más de lo que recordaba haber deseado a nadie, aunque cuando no lo tenía delante, trataba de negármelo a mí misma.

—Te excito mucho, ¿verdad, Lucy? —me preguntó con una sonrisa de infarto.

No podía creer que estuviéramos hablando de algo así en aquel lugar tan elegante, entre cafés aromáticos y deliciosos pastelitos de nata. Miré a uno y otro lado a ver si alguien nos estaba escuchando. Me negué a responder. Él me miraba aún con una media sonrisa y yo solo pensaba en lamer sus labios, en morderlos.

—Y yo a ti... ¿te excito o esto es solo por dinero? —pregunté antes de poder refrenar mi lengua.

Su mirada se oscureció.

—Siempre hago lo que deseo con quien deseo. El dinero es secundario. —Zanjó el asunto—. Dime, ¿qué deseas tú?

Respiré hondo y dejé que el aire saliera entre mis labios sonoramente. Quería creer que era cierto que me deseaba. Siempre encontramos excusas y argumentos cuando estamos decididos a engañarnos a nosotros mismos.

Entonces lo miré y le expliqué mi gran secreto.

—Quiero que consigas que me corra —lo dije muy deprisa, sin pensar. Si lo pensaba, no tendría valor.

—¿Solo eso? —Su rostro adquirió un tinte extraño, incrédulo.

—No es algo tan sencillo... Nadie lo ha logrado nunca. —Lo miré, mordiéndome el labio y esperando su reacción.

—¿Nadie? ¿Nunca? —Pronunció despacio cada sílaba.

—Nadie nunca. —Repetí.

—¿No te has corrido jamás? —Entonces sí parecía completamente descolocado.

—Por Dios, claro que me he corrido, cientos de veces... Pero sola. Cuando me masturbo, no tengo problemas. Logro incluso controlar la excitación, correrme cuando deseo, alargarlo o acortarlo a mi antojo. No tengo problemas de anorgasmia. Pero en compañía... es distinto. Jamás me he corrido delante de nadie. Todo va bien, me excito, me acerco al momento y entonces me enfrío como un témpano de hielo.

—Y tus parejas no quieren dedicar tiempo a que te corras, ¿verdad? No te preocupes, yo me dedicaré en cuerpo y alma a eso —me aseguró, con una convicción extraordinaria de que iba a lograrlo y con algo más... ¿Lástima? ¿Sentía pena de que nunca me hubiese corrido en compañía? Eso no podía soportarlo.

—No es eso. La verdad es que ellos no lo sabían. —Quizás hablé más de la cuenta sin ser consciente de que la comodidad que sentía a su lado me había soltado la lengua.

Jack me miró sin comprender. Durante esos minutos dejó de ser el *gigoló*, era mi confidente y era liberador poder contárselo a alguien, porque incluso esta parte se la había ocultado a la doctora McDree, mi psicoanalista. Ni siquiera a ella le había dicho que fingía los orgasmos. Solo le había contado que no lograba correrme en compañía.

—¿Qué es lo que no sabían?

—Que no me había corrido. Finjo el orgasmo. Llevo haciéndolo toda mi vida, incluso cuando perdí la virginidad. El chico se quedó encantado, como supondrás... Había desvirgado a todo... —Estuve a punto de revelar esa parte de mi vida, pero me mordí la lengua a tiempo—. Desvirgó a todo el instituto y me aseguró que era la primera vez que una virgen gemía y disfrutaba como yo lo había hecho.

La cara de Jack era difícil de descifrar.

—¿Por qué finges? —Estaba muy serio.

—No quiero que sientan lástima de mí, no quiero que sigan intentándolo después de que ya sé que es imposible. Contigo será distinto. Tú no esperas que me corra, solo quieres... —No me atreví a continuar.

—El dinero. Es eso lo que ibas a decir, ¿no?

—Bueno, no pretendo ofenderte, pero sí. Lo nuestro va a ser distinto. Ambos salimos ganando: tú quieres el dinero y yo solo quiero experimentar qué cosas me llevan hasta el orgasmo, pero sin estresarme por no alcanzarlo, ¿comprendes?

Jack asintió.

—Por supuesto que sí. Tu pareja se esforzaría al máximo para que te corriera, incluso cuando ya estás agotada y quieres dejar de intentarlo y eso es... humillante.

—¡Exacto! Tú y yo estaremos un tiempo determinado juntos, podré ser sincera y decirte que quiero parar y tú no insistirás en seguir porque te da igual si me corro o no.

Él frunció los labios y sus ojos brillaron con cierto mal humor. O eso me pareció. Tomó un sorbo de café y puso mala cara, seguramente porque ya se había enfriado.

—Entiendo —murmuró.

—¿Estás de acuerdo? —Mi pregunta casi sonó suplicante.

No dijo nada durante un tiempo que se me antojó eterno. De nuevo miraba mis pecas. Estaba tan concentrado en eso que parecía absorto. Su voz sonó extraña al preguntarme:

—¿Cuándo quieres que nos veamos?

Tragué saliva. Lo miré sin disimulos. Era extraordinariamente sexi. No poseía una belleza clásica de nariz recta y rasgos perfectos. Sus rasgos eran imperfectos e imponentes: nariz grande, mandíbula ancha, boca amplia y sensual y unos ojos tan hermosos, penetrantes y agudos que lograban que una

parte muy íntima de mí se licuara. Después estaban sus amplios hombros y el cuerpo que adivinaba debajo de su ropa. Estaría esculpido a base de esfuerzo y horas en el gimnasio. Vivía de su físico, así que debía de tenerlo espectacular. Vestido ya era espectacular... Me gustaba, me excitaba, me ponía tan cachonda que la humedad de mis braguitas comenzó a resultarme un tanto incómoda.

Y entonces mi vocecita interior me despertó de mis pensamientos. «Te va a follar a cambio de un buen puñado de dólares, pequeña imbécil. Si te encontrara en una discoteca ni siquiera repararía en ti a no ser por esas horribles pecas que tanto parecen desagradarle». Ese tipo de cosas hacían que mi valor desapareciera. Bajé la mirada y sentí unas ganas horribles de huir. Yo era atractiva, sabía que lo era, gustaba a los hombres... ¿Por qué tenía aquellos pensamientos negativos? ¿Quizás porque tenía que pagarle para que me follara?

—¿Pasa algo, Lucy? ¿Has cambiado de idea?

Negué con la cabeza. ¿Por qué me molestaba que me llamara por un nombre que me había inventado yo porque no quería decir el verdadero?

—¿Pasado mañana te parece bien? ¿A las nueve? —Sabía que mi voz sonaba titubeante, mientras que la suya sonaba segura.

—Estupendo —murmuró sin dejar de mirarme. Apenas podía mantenerle la mirada—. ¿Lucy?

—¿Sí? —Alcé los ojos y me quedé atrapada en los suyos.

—¿Qué te ocurre?

Miré a mi alrededor un tanto incómoda. El lugar era hermoso, pero imaginar que allí había quedado con todas sus clientas para discutir detalles como los que acabábamos de concretar me hacía sentir extraña. No es que pretendiera ser especial, por Dios, no era eso... Acababa de conocerlo y por atractivo que me resultase, solo era eso, un hombre guapo. No despertaba en mí nada de cintura para arriba. O de cabeza para arriba, mejor dicho, porque mis pezones sí se estremecían solo de imaginar que eran tocados por él... No es que

quisiera ser especial, era solo que todos y cada uno de los hombres que habían pasado por mi vida me habían tratado como si yo fuese la única mujer sobre la faz de la tierra. De acuerdo, no me corrí con ninguno de ellos, pero me trataron como a una reina y aquello que estaba a punto de hacer con Jack me rebajaba a la categoría de polvo de una noche, ¡y polvo pagando! Así de desesperada estaba.

Entre Jack y yo no habría rosas, ni cenas románticas, ni tardes de películas en el sofá de casa, ni mañanas de domingo planeando escapadas de fin de semana o comidas con amigos... No habría nada de eso y pretendía que él me llevara a traspasar aquellos límites... ¿Iba a conseguir Jack que me corriera si ningún otro lo había logrado?

—No pasa nada, de verdad, pero necesito irme de aquí.

Me levanté y salí de la cafetería hacia la calle peatonal, plagada de gente. Ni siquiera pagué la consumición, así que lo obligué a él a pagarla y no sabía si eso era lo correcto. ¿A un *gigoló* se le paga todo... o solo lo estipulado por contrato verbal? Aquello iba a volverme loca. Casi de inmediato lo sentí a mi lado, alto, imponente, tan magnético que me hizo temblar de deseo, de miedo y de vergüenza. ¿De verdad iba a pagarle? No dejaba de hacerme la misma maldita pregunta.

—No estás bien, Lucy. Vamos, te llevaré a casa.

Negué con la cabeza. Ni loca iba a permitir que supiera el hotel en el que me hospedaba.

—Estoy bien.

—¿Bien? Mira cómo tiembles. —Resopló; parecía preocupado. Me apretó el hombro con familiaridad, casi diría que con cierto afecto. Me puse nerviosa porque me gustaba. Me hacía sentir de maravilla. Demasiado bien.

—Cuánta amabilidad... ¿Tratas así de bien a todas tus clientas? —le dije, para volver a marcar las distancias. El humor siempre me ha servido para aligerar situaciones tensas.

Jack me acarició el rostro con dulzura. Cerré los ojos. ¿Por qué me sentía

tan condenadamente bien cuando me tocaba?

—Vamos, tranquila —me dijo casi en un susurro, inclinándose para que su rostro quedara a la altura del mío. Hasta yo, que nunca había hablado con un *gigoló*, sabía que aquella manera que tenía él de comportarse conmigo, nada más conocerme, no era normal. Estábamos empezando a cruzar ciertas barreras.

—¿Dónde dejaste tu coche?

—Vine en taxi.

Nos miramos durante unos segundos, con la respiración entrecortada. Me humedecí los labios, como si estuviera esperando un beso y quisiera estar preparada. Él los miró. Sus pupilas habían aumentado tanto de tamaño que casi parecía tener los ojos negros.

—Perfecto —dijo al fin—. Vamos a buscar el mío. Te llevaré —insistió. Había cambiado de actitud. Se obligó a endurecer el rostro, a no mostrar la ternura que, por algún extraño motivo, era obvio que yo despertaba en él.

Entrelazó sus dedos con los míos y me arrastró hacia la parte trasera del edificio. Había comenzado a oscurecer. Su mano era cálida. La mía estaba helada.

—Me iré en taxi —insistí.

Siguió arrastrándome entre la hilera de coches aparcados hasta detenerse ante un todoterreno negro. Antes de que pudiera saber siquiera lo que pretendía hacer, aplastó mi espalda contra su coche sin demasiados miramientos.

—Si vas a romper nuestro trato, dímelo a mí a la cara, no llames a la señora Waterham mañana para decírselo —bufó.

—El trato sigue en pie —logré decir, con la boca seca.

Era mucho más alto que yo y se había inclinado para mirarme directamente a los ojos. Estaba muy cerca y olía bien, a algo cítrico.

—¿Entonces qué ocurre, Lucy?

«¡No me llames Lucy!», gritaba cada fibra de mi cuerpo.

—Solo me sentí mal durante un instante porque me preguntaba si tú... Si yo...

—¿Qué te preguntabas? —siseó con impaciencia.

—Me preguntaba si tal vez te desagradó, pero me aceptas por el dinero. Sería demasiado humillante. No es necesario, alguien como tú tendrá miles de clientas y yo tampoco he tenido nunca problemas para captar la atención de un hombre.

Vi cómo su expresión se volvía tensa y dura.

—Pero ¿qué dices? —preguntó con incredulidad.

«Mis pecas... Sé que odias mis malditas pecas», pensé. No me atreví a decirlo en voz alta.

—Que no quiero que sea algo obligado y desagradable. No quiero que te sientas obligado a... No quiero que por dinero... —La voz se me rompió.

Jack no decía nada, no movió ni un solo músculo durante unos segundos. Creo que esperaba a que alzara mi mirada de su pecho y la dirigiera a su rostro. Sus brazos estaban a uno y otro lado de mis hombros, aprisionándome. Sentía el frío metálico de su todoterreno en mi espalda. Finalmente alcé los ojos. Nos observamos durante unos instantes.

—A mí nadie me obliga a nada, ¿entiendes?

Lo miré embobada, sin reaccionar.

—¿Entiendes, Lucy? —Su voz era tan apremiante...

Logré asentir y entonces su rostro descendió y su boca poseyó la mía. Porque eso fue lo que hizo, poseerme... Morderme, tomarme por asalto con su lengua dominante y experta. Sus manos se crisparon en mi cintura, acercándome a él. Quería pegarme a su imponente erección, que la notara palpitando salvajemente contra mi estómago. Aquello era demasiado intenso. Me embistió para que no me cupiera ni la más mínima duda de que aquella dureza era para mí y estaba tan dura por mí. Solo por mí.

—Mira lo obligado que me siento a follarte, Lucy. Mira lo desagradable que me resulta la idea. ¿Lo notas?

Gemí contra su boca, derritiéndome por dentro. Ardiendo.

—Respóndeme, joder, ¿lo notas?

Volví a asentir, sin fuerzas para pronunciar ni un simple monosílabo. Me di cuenta de los esfuerzos que él comenzó a hacer entonces para calmarse y recobrar el ritmo normal de su respiración. Se apartó unos milímetros de mí y frunció el ceño en cuanto posó su mirada otra vez sobre mis pecas.

—Estás mirándolas, no dejas de hacerlo, y te desagradan... —susurré un poco sorprendida. Dios, a mí tampoco me gustaban, pero no eran para tanto.

—¿Qué? —Intentó fijar su mirada en la mía, pero le costaba, como si estuviera borracho y sus pupilas bailaran ajenas al control que él quería ejercer.

—Las pecas... —dije.

—Sí, las pecas —murmuró, arrastrando las palabras de una manera tan sexi que contuve la respiración—. Tus pecas...

Ladeó la cabeza para mirarlas mejor. Para mirarme el rostro, en realidad. Se acercó más a mí y me acarició la nariz con la suya. Solté de repente todo el aire que había estado conteniendo y fue así como lo saqué de su ensimismamiento. Se apartó de mí con brusquedad, después de parpadear un par de veces bastante sorprendido. Frunció los labios y parecía de nuevo enfadado.

—Pasado mañana, Lucy. A las nueve en el Willow. —Abrió la puerta del copiloto para que entrara.

Me aparté del coche. Iba en serio cuando le dije que no quería que me llevara.

—Ya te dije que me iría en taxi —le espeté.

Alzó una ceja, casi parecía divertido.

—Perdona por mi insistencia. Solo trataba de ser amable. Pasado mañana a las nueve en el Willow, entonces —repitió, antes de meterse en el coche y darme su tarjeta—. Este es mi número, por si se te ha olvidado decirme algo.

Me quedé sola en medio del aparcamiento, casi a oscuras. En cuanto él

subió a su todoterreno y desapareció, llamé a un taxi. Abandoné la zona peatonal y me dirigí a esperarlo a la parte delantera del local y me coloqué cerca de una farola, para que me viera. Tardó unos pocos minutos en llegar y solo cuando estaba ya instalada en el asiento trasero de aquel paquistaní que iba a llevarme al hotel, me di cuenta de lo mucho que hubiera deseado que Jack estuviese agazapado dentro de su coche por allí cerca, vigilándome, asegurándose de que no me ocurría nada malo.

Por primera vez, un hombre no era protector conmigo y descubrí, horrorizada, que me había acostumbrado a que me cuidaran como si fuera una niña desvalida y, que cuando eso no ocurría, lo echaba de menos.

Me quedaba aún tanto camino por andar... Pero mi psicoanalista tenía razón: paso a paso.

Capítulo 5

TELÉFONO

ERan las dos de la madrugada y no lograba dormirme. Daba vueltas en la cama sin parar. Qué horribles son las habitaciones de hotel cuando tienes insomnio y todo lo que te calmaría está en tu casa, a muchos kilómetros de allí. No sé a vosotros, pero a mí no dormir me pone muy nerviosa.

Pensé en ir a buscar un té a la máquina que había visto en el pasillo del primer piso, pero me daba pereza el simple hecho de destaparme, así que salir de la cama se me hizo cuesta arriba. Agarré el teléfono y repasé mis redes sociales y la última conversación con Patrick. Sabía que estaba dolida por cerrar la galería, así que me daba un poco de margen y no me requería respuestas exhaustivas como era habitual en él. Comprendía mi enfado y mi pena. No estaba enfada con él, evidentemente, sino con el mundo o conmigo misma por no haberme dado cuenta de que aquello iba a ser un fracaso.

«Tienes demasiado corazón para los negocios», solía decirme, y por desgracia era cierto.

«¿Cómo sigues?», me había preguntado por *WhatsApp*.

«Bien. No te preocupes si tengo el teléfono apagado. Lo necesito», le respondí.

Recordé la tarjeta que me había dado Jack con su número de teléfono. La saqué de mi bolso, que había quedado tirado al lado de la mesilla de noche. ¿Me atrevería a escribirle? Sí, claro que iba a atreverme. De hecho, lo estaba

deseando y agradecía haber comprado un teléfono desechable en cuanto decidí ir a la agencia Waterham's. No quería darles mi verdadero número, ni mi nombre.

Decidí escribirle un mensaje que pudiera responder cuando se despertara, a la mañana siguiente.

Hola, Jack. Soy Lucy.

En cuanto lo envié, me arrepentí. ¿Qué quería decirle, en realidad? No tenía ni idea. Solo sabía que me apetecía hablar con él.

Jack:

Hola, Lucy.

Me respondió casi de inmediato.

Me sorprendió que estuviera despierto a esas horas. ¿Qué podía escribirle ahora? Algo trivial:

Valentina:

Imaginé que estarías dormido.

Jack:

Ninguno de los dos puede dormir. ¿Hay algo que quieras decirme?

Oh, mierda, mierda, mierda... No se me ocurría nada. Me tapé la cara con la almohada para evitar que los de la habitación contigua escucharan mi grito de impotencia. Iba a pensar que era imbécil. Respiré hondo, me armé de valor y tecleé.

Valentina:

Me gustó el beso.

Jack:

A mí también. Pensé que había estado fuera de lugar, que podías haberte

ofendido.

Valentina:

Me sorprendió, pero fue un buen beso.

Jack:

Sí, lo fue. Estoy deseando comprobar si en el resto de los aspectos nos compenetramos tan bien.

Contuve la respiración. Sentí un cosquilleo en el estómago, pero traté de no perder pie, de no creer todo lo que me decía. Él estaba intentando camelar a una clienta, así de simple.

Valentina:

Esperemos que sí. Que pases una buena noche, Jack.

Jack:

¿Ya te despides?

Valentina:

¿De qué quieres que hablemos?

Tardó unos segundos en responder. Me impacienté. Pensé, incluso, que quizás estaba manteniendo varias conversaciones paralelas con otras clientas.

Jack:

De tus profundos conocimientos sobre café, por ejemplo.

Me extrañó que se moviera hacia el terreno de lo personal.

Valentina:

Será mejor que no hablemos de ese tipo de cosas.

Jack:

De acuerdo.

Valentina:

Tengo sueño, Jack. Me voy a dormir.

Le dije, sin ganas ni convencimiento, porque no quería que siguiera inmiscuyéndose en mi vida privada.

Jack:

Buenas noches, Lucy. Me gustaría seguir hablando contigo, pero descansa.

Lo pensé durante un instante y me lancé:

Valentina:

¿Podríamos hablar de ti, en vez de mí?

Jack:

Pregúntame lo que quieras.

No tuve que pensarlo mucho. Sabía con exactitud lo que quería preguntarle:

Valentina:

Dime por qué te gusta tanto la obra de Maud Lewis.

Sonreí. A ver si me lo contaba o si hacía como yo, negarse a entrar en el terreno de lo privado.

Jack:

Es muy largo y me da pereza escribir. ¿Puedo llamarte?

Me mordí el labio con fuerza antes de decirle que sí. El teléfono sonó. Respondí con un sencillo «hola» y su voz perezosa y somnolienta llegó hasta mi oído, haciendo que se me erizara la piel.

—Maud Lewis me recuerda a alguien a quien quise muchísimo. Era así, como esos cuadros: inocente, fuerte, llena de valentía... Si no hubiera muerto,

siendo casi una niña, se habría convertido en una gran artista, extraña, particular y muy suya, como es Maud.

Aquel era un recuerdo muy, muy personal. Me conmovió que lo compartiera conmigo, así que le hablé de mi historia con el café.

—Pasé buena parte de mi vida entre cafetales, viendo madurar el grano y aplastándolo y oliéndolo para elegir el idóneo.

Oí su risa ronca.

—Estamos entrando en terreno muy íntimo, Lucy, y eso es bueno. No me pareces el tipo de mujer que vive el sexo como algo sin transcendencia. Podemos tratar de tener cierta confianza. Cuanto más nos gustemos a todos los niveles, más fácil será la intimidad entre nosotros.

Sonreí, nerviosa.

—No sé si es buena idea intimar. Sexo e intimidad siempre dan como resultado problemas —le dije, con voz entrecortada.

—¿Temes que nos enamoremos, Lucy? —Arrastraba las palabras y su tono era irónico.

—Sí, por supuesto —le dije—. El amor lo estropea siempre todo y te explota en la cara cuando menos te lo esperas.

Hubo un silencio pesado. Creo que lo pillé por sorpresa con mi respuesta directa y sin dobleces.

—Vaya... El amor es una mierda, tomo nota. Pero no te preocupes por eso. Entre tú y yo sería casi imposible. ¿Una princesa de papá puede enamorarse de un *gigoló*? Lo de princesa de papá no lo digo con ánimo de ofender, sino...

—Te entiendo, no te preocupes. Bueno, tal vez no me expliqué bien... No hablo de amor, sino más bien de la dependencia que conlleva. Siempre he asumido que van juntos y, en fin... Eso es lo peligroso de verdad, la dependencia. Una cosa es que finjas que te gusto, y otro que finjas que te importo. No lo hagas.

—Yo no finjo, Lucy. Me gustas. Si algún día te digo que me importas, tampoco estaría mintiendo.

—Ya... —respondí sin convicción, pues no me lo creía.

—Déjame que te pregunte una cosa... ¿Te masturbaste hoy después del beso? Yo sí, lo hice mientras me preguntaba si el sexo contigo sería tan excitante y cándido como fue ese beso.

No me lo podía creer...

—¿Cándido? ¿Soy una adolescente, acaso?

Volví a escuchar su risa.

—Una adolescente no, una mujer deliciosamente tierna.

—No me gusta cómo suena. Tú eres puro fuego y yo...

—Tú eres el viento que me aviva. Eso es lo que eres. Dime, ¿te masturbaste pensando en mí o no?

—Sí, pero no pienso entrar en detalles —confesé al fin.

Su risa ronca me estremecía.

—Tampoco iba a preguntártelos, descuida.

A la mañana siguiente, muy temprano, debía asistir a una reunión de trabajo y más me valía dormir un poco. Sin demasiadas ganas, tuve que despedirme.

—Ahora sí que debo irme a la cama o mañana no podré levantarme —me excusé.

—De acuerdo, Lucy. Nos vemos pasado mañana —dijo casi en un susurro.

—Buenas noches. —Fue todo lo que pude decirle a modo de despedida.

—¡Espera un segundo, no cuelgues! —Lo escuché alzar la voz cuando ya me había separado el teléfono de la oreja.

—Dime.

—No cuelgas porque mañana tengas que madrugar. Cuelgas porque no quieres seguir hablando de este tema... No quieres que sepa la cantidad de veces que te has masturbado ya pensando en mí. Desde el primer día, ¿verdad, Lucy?

—Eres un creído —respondí, conteniendo la risa.

—Y tú deberías creértelo más. Me cuesta pensar en otra cosa que no sea follarte. Tengo la sensación de que te gusta hacerte de rogar. Parece que nunca

va a llegar el momento. Es como si llevara esperando siglos, en vez de días. Y ahora sí, pecosa: vete a dormir.

Apagué el teléfono tras colgar la llamada. Traté de dormir, pero fue imposible. No se me borraba la estúpida sonrisa del rostro. A las cinco de la mañana, perdida ya toda esperanza de que el cansancio me venciera, decidí masturbarme otra vez pensando en Jack, tratando de recordar el sonido ronco de su voz.

Capítulo 6

EL COLGANTE

Patrick tenía una galería de arte en Vancouver. Había sido su primera gran inversión cuando quiso diversificar el negocio y no invertir todo su dinero en *clubs* nocturnos y cafetales en Sudamérica, en parte influenciado por mí. Mi sueño siempre había sido ese, tener una galería y el suficiente dinero como para apoyar y promocionar a jóvenes y talentosos artistas. Lo habíamos intentado y fracasamos. La galería no era rentable, había que vender antes de endeudarnos. Una cosa era no conseguir grandes beneficios, y otra bien distinta, acabar debiendo dinero.

Tenía que tomar las últimas decisiones con Dan, antes de que la galería se cerrara al público. Siempre me ponía un poco nerviosa hablar con ella. Era tan masculina y borde que me cohibía. Detesto que la gente alce la voz, quizá porque crecí entre gritos, y ella era una experta en elevar el tono en cuanto algo la contrariaba.

Cuando nos presentaron y se me ocurrió llamarla Daniella, me hizo un gesto negativo y reprobador con la cabeza, como una madre que pilla a su hijo haciendo algo muy malo. Me dijo que ni hablar, que ni se me ocurriera llamarla Daniella, sino Dan.

Todo en ella era masculino: sus modales, su forma de caminar y moverse. Compraba la ropa en la sección de hombres y llevaba como un estigma aquel enorme par de pechos que yo tanto le envidiaba. No tardé demasiado en notar

que le gustaba. No soy de esa clase de gente que cree que a una lesbiana le gusta cualquier mujer por el simple hecho de serlo. No soy así. Conozco a los suficientes gays y he convivido tanto con ellos, que creo que estoy libre de estereotipos.

—Patrick y tú nunca habéis sido pareja, ¿verdad? Porque él es maricón... Ni siquiera es bisexual.

No acababa de acostumbrarme a la manera que tenía de hablar de él. Me constaba que lo quería como a un hermano, pero lo trataba como a un enemigo la mayor parte de las veces. Supongo que su manera de mostrar afecto era esa: sin bajar la guardia nunca, manteniendo las distancias.

—¿Por qué quieres saberlo?

Mentiría si dijera que no me había preguntado si quizás una mujer sería la solución a mis problemas. Ninguna me había llamado la atención, pero como las cosas con los hombres no me iban demasiado bien, barajé todas las posibilidades.

—Si te invito a una copa, ¿se enfadará Patrick?

Su voz era ronca y, en muchos sentidos, aquella mujer era lo más masculino que había tratado de ligar conmigo. En el mundo en el que yo me movía, los hombres eran afeminados o metrosexuales, suaves como la pluma de una oca. Dan, en cambio, era el prototipo de lo que se consideraba un machote.

—No, no se enfadará —le aseguré, con una sonrisa nerviosa—. Pero solo una copa, Dan. Eso no significa que entre tú y yo... Ya sabes... —No iba a complicarme la vida con una de las mejores amigas de mi marido, alguien a quien estaba obligada a ver cada día si aquello salía mal. Además, ¿a quién quería engañar? Yo no era lesbiana, ni siquiera bisexual. Para mi desgracia, me gustaban solo los hombres.

Recuerdo que se acercó a mí mucho más de lo conveniente para que quedaran claras sus intenciones. Cuando me decía que iba a invitarme a una copa, me estaba diciendo que quería sexo, simple y llanamente. La galería estaba cerrada y la luz era tan tenue que casi solo veíamos los contornos de

los objetos.

—¿Estás segura de que no te apetece? —insistió por última vez.

—Segura.

—¡De acuerdo! —respondió con tono alegre.

Nunca volvimos a hablar del tema. No hubo situaciones tensas ni nada raro después de que yo la rechazara. Todo siguió como siempre y se lo agradecí muchísimo. Los hombres no se han tomado tan bien como ella mis negativas. Algunos me lo han hecho pasar un poco mal. Uno se obsesionó conmigo y el asunto acabó en manos de la policía. No me atrevía a llamarlo acoso, porque en aquella época era menos consciente de que las mujeres no tenemos por qué soportar atenciones masculinas que no son bien recibidas.

En definitiva, fui a la galería porque sabía que unas horas antes Dan había llegado de Montreal, donde asistió a la boda de su hermana pequeña. Al verme llegar, salió del despacho con su cara seria y supe que algo le preocupaba.

—¿Ha hablado Patrick contigo, Valentina? No sé qué demonios le ocurre, pero le pasa algo... Hace una hora que me avisó de que se iba a subir a un avión para venir. —Tenía las manos en los bolsillos y le colgaba el cigarro de la comisura de los labios. Parecía un *gánster* sacado de alguna película.

Yo llevaba horas con el teléfono apagado.

—¿Va a venir?! Oh, mierda, eso solo puede significar una cosa: ha encontrado un comprador. —Sentí una pequeña punzada en el estómago. No quería vender la galería. Aún no. Sabía que debía hacerlo, pero... Dios, no.

—¡Mierda! —murmuró Dan. Si había alguien que quería deshacerse de la galería menos que yo, era ella—. Es demasiado pronto, aún no me he hecho a la idea.

—No le cuentes eso a Patrick, te dirá que lleva casi un año sin ser rentable y que has tenido tiempo más que de sobra para hacerte a la idea. Sabes lo poco sentimental que es con las cosas materiales.

—Lo sé. Ese jodido maricón...

No solo me fastidiaba deshacerme de la galería, que era mi sueño, sino que me ponía nerviosa el hecho de que Patrick pululara a mi alrededor comportándose como lo hacía siempre: más como un padre sobreprotector que como otra cosa. No quería darle explicaciones de mi desaparición durante unas horas. Quería enfrentarme a mi cita con Jack con el ánimo tranquilo, y si Patrick estaba cerca, eso era muy difícil.

—Vayamos a beber para olvidar toda esta mierda, Valentina —me dijo, un poco deprimida

—De acuerdo. Conozco un sitio genial. —Tuve la brillante idea de repente. Debía ir al Willow para saber llegar sin rodeos el día de mi cita con Jack.

—¿En serio? ¿El Willow? Es un sitio un poco pijo y yo quiero desmadrarme. También tú deberías hacerlo, ¿sabes? Nosotras hemos invertido mucho amor en esta galería, perdemos mucho más que dinero, no como ese marido tuyo, que tiene por corazón una maldita máquina registradora.

Le sonreí.

—Nos desmadraremos después, Dan... Por favor, acompáñame al Willow. He quedado allí con alguien un día de estos y no quiero perderme de camino y llegar tarde.

—¿Has quedado con alguien? —Hizo un extraño mohín con los labios que me resultó muy gracioso—. ¿Hombre o mujer? ¿Te lo vas a follar o es un asunto de negocios?

Hice caso omiso a sus preguntas.

—¡No le digas nada a Patrick! Sabes que se pone en plan paternal cada vez que alguien se me acerca...

—Soy una tumba, no diré nada. Sabes que soy discreta.

—¡Venga ya, Dan! No tardaste ni veinticuatro horas en contarle que me había acostado con Ricky.

—Eso es distinto, guapa... Convertiste a Ricky en bisexual. ¡Ricky!, el gay más gay de todo Toronto. Es gracioso, si lo piensas...

No sé si os había dicho ya que Patrick, mi marido, es homosexual y que

nuestro matrimonio solo es una tapadera.

—Sí, graciosísimo.

—En serio, no le diré nada. ¿Quedaste con un hombre?

—Sí... Sabes que no me gustan las mujeres.

—Lo sé, querida. —Me guiñó un ojo. Comenzó a ponerse la chaqueta y volvió a preguntarme—. ¿Está bueno?

—Un metro noventa, moreno, ojos azul cobalto, macho alfa total, mucha seguridad en sí mismo.

—Joder, nena, casi me estoy excitando hasta yo.

No pude evitar una carcajada.

—¿Cuándo quedaste con él? —quiso saber.

—El próximo sábado —le mentí. Temía decirle la verdad y que se presentara al día siguiente en el local para darme un susto y hacerme pasar vergüenza. El sentido del humor de Dan era muy particular. Aunque lo que de verdad me preocupaba es que viera a Jack y acabara descubriendo que... que... que iba a pagarle a cambio de sexo.

Un taxi nos llevó hasta el Willow. Dan seguía refunfuñando porque el local era demasiado elegante y estaría lleno de ejecutivos aburridos y mujeres ansiosas por encontrar a alguien que les obsequiara con tarjetas de crédito de gasto ilimitado.

Música suave, bebidas exóticas y gente opaca... Dan no se equivocó, pero me dieron igual sus quejas. Accedimos al local y pronto nos dimos cuenta de que íbamos vestidas de manera demasiado informal. A pesar de ser un día entre semana, todos los hombres llevaban traje y corbata, y todas las mujeres, vestidos de cóctel.

—Se habrán vestido de fiesta, pero aquí la única follable eres tú —me dijo, con su natural desparpajo.

No pude evitar reírme. Hablamos sobre la galería y lo que haríamos en el futuro mientras nos servían nuestro *San Francisco*. De vez en cuando me miraba en el enorme espejo que había frente a mí y que ocupaba casi toda la

barra, maldiciendo por no haberme maquillado. Mis ojeras daban miedo.

Entonces vi a Jack. Allí estaba, a un par de metros de distancia mientras hablaba con alguien. Con alguien no, con otra mujer. Rubia, para más señas. Nuestras miradas se cruzaron a través del espejo que había detrás de la barra mientras sonaba de fondo esa canción tan sexi de Arctic Monkeys, titulada *Arabella*. Permanecimos conectados unos segundos, pero ninguno de los dos hizo ni el más mínimo gesto de saludarse. ¿Aquella mujer sería una cliente? Se me cruzó la noche. ¿Por qué? No lo sé... Pero se me puso un humor de perros de repente. Me excusé y le dije a Dan que iba un momento al baño.

He mentido. Sí sé por qué me enfadé. Siempre me ha pasado lo mismo. Dice mi psicoanalista que se debe a que tengo ciertas tendencias obsesivo-compulsivas y que cuando veo que no controlo una parte de mi vida, necesito mantener a raya otra, de manera que como los hombres no logran que me corra, yo me las ingenio para que se enamoren de mí como locos. Es una cuestión de equilibrio, eso lo dice también mi psicoanalista. El caso de Jack era diferente... No buscaba que se enamorase de mí, pero se había creado una cierta intimidad entre nosotros que me hacía olvidar que teníamos una relación «comercial»... Y no debía olvidarlo, por mi propio bien.

El baño del Willow era una belleza. Podría vivir allí y sería feliz, os lo juro. Azulejos de un azul pálido, reluciente grifería, un hermoso sillón de raso color turquesa y tantos espejos que te veías reflejada a ti misma hasta el infinito. Apoyé los puños sobre el mármol travertino y me miré con detenimiento en el espejo, imaginando cómo me vería él. Repasé con detalle cada rasgo de mi rostro, cada pequeña arruga en los ojos, las ojeras pronunciadas y mi pelo lacio recogido en un moño improvisado. Yo podía lucir bonita si me preocupaba un poco por mi aspecto, pero últimamente había perdido las ganas. Salía de casa tras aplicarme la crema hidratante, sin maquillaje, con el pelo secado al viento tras la ducha. Tan natural que rayaba la dejadez. Me empequeñecía saber que Jack me había visto así... Jack, el hombre a quien yo iba a pagarle una buena suma a cambio de sexo, el

maravilloso dios del Olimpo de piel bronceada y seguridad arrolladora, que con una mirada de sus increíbles ojos claros me dejaba tan paralizada como la víctima de un depredador a quien le insuflaran alguna especie de veneno.

No sé durante cuánto tiempo estuve mirándome al espejo, pero no fue poco. La puerta del baño se abrió de pronto y pensé que Dan venía a buscarme, pero no era Dan, sino Jack. Cuando lo vi, resoplé.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó con una media sonrisa.

—¿Aquí en el Willow o aquí en el baño? —Quería asegurarme de a qué se refería.

—Ambas —cerró la puerta y se apoyó contra ella, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón. Seguía sonriendo.

—En el Willow, reconociendo el terreno para mañana. En el baño, escondiéndome de ti.

La sinceridad es a veces la mejor estrategia,

—¿Y se puede saber por qué te escondes?

—No sé cómo comportarme. —Tragué saliva—. Y no me gusta verte con otras clientas.

Alzó las cejas antes de responderme.

—De modo que la señorita de las pecas se siente incómoda. Para tu información, aunque no tengo por qué darte explicaciones, estoy con una amiga, no con una clienta.

Mi mano tocó las pecas de mi nariz de manera involuntaria.

—Puedes estar con quien quieras, Jack.

—Lo sé. —Su espalda se irguió un poco.

—No pretendía que me dieras explicaciones. Solo te dije... cómo me sentía.

—Eso también lo sé.

Se puso serio de pronto. Muy serio.

—Soy un poco imbécil. No me hagas mucho caso. Estoy un poco confusa en este momento de mi vida y...

—Tranquila —me dijo, mientras adelantaba la mano para acariciarme la

mejilla.

Se acercó a mí y retrocedí un paso involuntariamente hasta sentir cómo el mármol del lavabo se clavaba en mi cintura. Se detuvo a escasos centímetros y me miró el rostro con detenimiento, después su mirada fue descendiendo hasta mis labios y abrió la boca para decir algo, pero no le di tiempo. Me adelanté.

—Entonces, no estás con una clienta...

Él negó con la cabeza y a mí debió de poseerme algún espíritu burlón y lascivo, porque estaba ardiendo y mi deseo cobró vida.

—¿Tu amiga se molestará si tardas un poco? —le pregunté, mientras metía la mano por debajo de su camisa y acariciaba la cálida piel de su abdomen. Sus músculos se contrajeron. Me miró con desconcierto.

—Supongo que no.

—Pues dame un beso. —Me puse de puntillas en cuanto se lo pedí.

—¿Solo un beso? —Estaba sonriendo.

—Un beso y lo que surja.

En nuestra conversación telefónica de la noche anterior se había mostrado ansioso. Ahora parecía más retraído, quizás por encontrarnos en un baño público, pero aun así, me besó. Sus labios cubrieron por completo los míos. Enmarcó mi rostro con sus manos enormes y apenas tardó un instante en tenerme húmeda y temblorosa. Su lengua hacía estragos en mi boca.

—Debemos irnos —me dijo al oído con voz entrecortada—. No puedo hacer esto.

—¿Es por tu trabajo? —Quise saber.

Me miró fijamente, con las pupilas muy dilatadas y el pelo alborotado.

—Sí, es por mi trabajo. No debo hacerlo...

—Imagino que la señora Waterham te impide que hagas regalos a las clientas, pero yo...

Negó con la cabeza, casi enfadado.

—Si dices que vas a pagarme por esto, me largo de aquí.

—De acuerdo, es solo que... No sé cómo actuar.

—Con normalidad. Si no fuera un *gigoló*, ¿qué me dirías? —Su voz era ronca.

—Que estoy empapada, Jack. Que me muero por que me acaricies.

Nos miramos un instante. Apoyó sus manos a ambos lados de mi cuerpo, aferrándose al mármol del lavabo, como si tuviera miedo de tocarme. Agarré una de ella y, tras desabrochar el botón y la cremallera de mi pantalón, la introduce dentro.

—Joder, Lucy... —murmuró, apoyando su frente en la mía y respirando con dificultad.

Un dedo se coló con facilidad en mi interior y comenzó a moverlo con lentitud al principio. «¡Dios!», murmuré al notar cómo se erizaba la piel de todo mi cuerpo y cómo me volvía cada vez más sensible a sus caricias. Mordisqueó el lóbulo de mi oreja y me susurró, casi con rabia: «¿Qué demonios estás haciendo conmigo, pecosa? No me reconozco». Todo ello sin dejar de mover su dedo en mi interior y de intensificar poco a poco el ritmo. Me mordisqueó los pezones; lo hizo por encima de la camisa y el sujetador, pero casi me vuelve loca. Se peleó un rato con los botones de mi pantalón, tratando de bajármelos más, pero negué con la cabeza y paró al instante. No quería que me desnudara allí.

La respiración se me fue haciendo pesada, jadeante. La tensión iba en aumento. Mantenía los ojos cerrados porque tenía miedo de abrirlos y, al verlo frente a mí, regresar a la realidad y enfriarme como el hielo. Me ardía la piel, me ardía el centro exacto de aquel placer que estaba a punto de explotar y que en efecto estalló, haciéndome abrir los ojos de par en par para enfrentar su mirada azul cobalto. Recogió con sus dedos (no sé en qué momento había introducido más de uno) los últimos coletazos de aquel orgasmo épico: por intenso y por ser el primero que disfrutaba en compañía. ¡Dios mío, lo había conseguido! Las piernas todavía me temblaban.

Jack sonrió mientras sacaba sus dedos de dentro de mí. Estaban empapados. Por algún extraño motivo, me avergoncé de ello y los limpié con los bajos de

mi camisa. Iba a quejarse de eso, estoy segura, pero entonces fijó la vista en mi cuello y se quedó helado. Literalmente paralizado. Fruncí el ceño sin comprender qué le llamaba tanto la atención y seguí sus ojos hasta que me topé con mi maldito colgante asomando por el hueco de la camisa desabotonada.

Algunos años atrás, mi amiga Lauren y yo habíamos encargado unos colgantes con nuestros nombres, similares al que Carrie Bradshaw lucía en *Sexo en Nueva York*. ¡Maldita sea! Jack estaba leyendo en hermosas letras de molde mi verdadero nombre: Valentina. Agarré el colgante con cierta desesperación. Creo que maldije. Él murmuró muy despacio y tan cerca de mí que su cálido aliento rozó la piel de mi cara: «Va...len...ti...na». Lo hizo como si mi nombre fuese una onza de chocolate que se le derritiese entre la lengua y el paladar. Después, continuó hablándome, pero su tono había cambiado tanto que no parecía la misma persona:

—¿Te llamas Valentina? —Me miró muy serio, con el ceño fruncido otra vez.

Asentí. Parecía asustado. No dijo nada. Me estaba mirando con la respiración acelerada.

—Te está esperando afuera tu amiga, Jack.

No hizo caso a mi comentario.

—¿Por qué mentiste sobre tu nombre? —Sonaba a reproche, pero un *gigoló* no tiene por qué reprochar este tipo de cosas a una clienta.

—No lo sé —mentí, tratando de alejarme de él. No quería entrar en largas explicaciones para disculparme por algo de lo que no me sentía culpable en absoluto. Me agarró con suavidad por un brazo para evitar que me marchara.

—Espera, por favor.

—¿Esperar qué?

—No lo sé. Yo solo...

Se calló de pronto, se acercó a mí y me besó. Tomó mi cara entre sus manos y su boca invadió la mía con dulzura. Sentí la suavidad de sus labios sobre los míos, la caricia de su lengua derritiéndome, haciéndome temblar. Ahogó un

gemido y yo hice lo mismo. Nos abrazamos con ansia, casi con necesidad.

«Así se besan los que se aman», pensé ridículamente, comenzando a sentir cómo crecía dentro de mí un pavor ante lo inevitable.... ¿Empezaba a gustarme Jack más de lo conveniente? Por el amor de Dios, me había derretido entre sus brazos. Había logrado que me corriera... Y no sabría decirlos por qué, pero me asusté mucho.

Iba a decirme algo cuando una mujer abrió la puerta del baño y nos separamos como si ambos tuviésemos un resorte que acabara de saltar. De inmediato, salí de allí. Busqué a Dan para pedirle que nos fuéramos, pero estaba muy entretenida hablando con una pelirroja, así que le hice un gesto con la mano para despedirme y ella me sonrió.

No, no podía ser cierto... ¡Estaba empezando a sentir cosas por Jack! Era el colmo del absurdo. ¿Tanto necesitaba llenar aquel vacío en medio del pecho que me encaprichaba de un hombre que jamás me correspondería? ¿Iba a colgarme del primer tipo que lograba que me corriera?

Capítulo 7

PATRICK

Cuando llegué al *hall* del hotel, tras aquella noche extraña, me encontré con Patrick y Jason. Se estaban registrando en la recepción. Llevaban ocho maletas. No me parecieron tantas si tenemos en cuenta que los había visto viajar con once baúles inmensos. Las de Patrick eran negras con sus iniciales bordadas con hilos de oro. Especiales, como todo lo suyo. Era el hombre más elegante que había conocido en mi vida y había tratado de enseñarme todo lo que sabía. Podría vivir mil años y nunca sería capaz agradecerle todo lo que había hecho por mí desde la noche aquella, tantos años atrás, en la que me pillaron con las manos en la masa mientras robaba en su casa de Nueva York.

Yo siempre había sido muy hábil para entrar y salir de las casas sin ponerme en peligro, pero aquella vez fue distinto: Patrick tenía un Kandinsky colgado sobre la chimenea y en cuanto lo vi, me quedé paralizada. Me fijé entonces en las paredes de la casa y fui viendo joyas más impresionantes que las esmeraldas que llevaba en el bolsillo de mi abrigo y que había sustraído del joyero de su habitación. En la entrada había un Tamara de Lempicka. En la habitación, una fotografía de Helmut Newton en blanco y negro donde se veía a una mujer semidesnuda observada por un caballero que fumaba sentado en un butacón, mientras ella elegía ropa en el armario. Pero lo que de verdad hizo que me retrasara, que perdiera la noción del tiempo dentro de aquel apartamento, fue ver, en una de las habitaciones de invitados, *Paraíso de los*

gatos, un cuadro de la pintora surrealista Remedios Varo del año 1955 en el que se representaban varios gatos en las inmediaciones de dos torres de cuento de hadas. Ese cuadro salía en la portada de un libro infantil que mi madre solía leerme las noches en las que se encontraba con mejor ánimo. Me subí a una silla Verner Panton original que había allí cerca y lo descolgué para llevármelo, aunque era demasiado grande. Ese fue mi gran error. En cuanto toqué el cuadro, la puerta de la casa y las ventanas se cerraron herméticamente y no pude salir.

Cuando Patrick entró en el apartamento, la seguridad privada del edificio había llamado ya a la policía. Estaba de pie, cerca del comedor, rodeada por aquellos hombres, y nunca olvidaré la primera vez que lo vi entrar en su propia casa. Era como uno de esos galanes de cine del Hollywood dorado. Ya quisiera Cary Grant ser la mitad de elegante y guapo. Llegaba de un fin de semana en los Hamptons y su ropa era informal, pero impecable. El viaje en el descapotable le había despeinado. Su pelo rubio oscuro le tapaba los ojos negros y se lo apartaba con la mano cada poco. Tenía treinta y pico años.

Me miró de arriba abajo de una manera casi insultante.

—¿Qué robó? —le preguntó al guarda de seguridad. Tenía un elegante acento canadiense y arrastraba un poco las eses.

—Uno de los cuadros.

—¡Pero si solo es una cría! —exclamó, como si hubiera una edad mínima para robar obras de arte—. Por curiosidad, ¿cuál robó?

—El de Remedios Varo —respondí yo—. No pude resistirme, imagino que lo entiendes.

Patrick me miró con los ojos entrecerrados. Después sonrió y se dirigió de nuevo al guarda.

—Imagino que habéis avisado a la policía. Llamad para decirles que fue una falsa alarma.

—¿Está seguro, señor Blackwood? —El guarda parecía desconcertado.

—Muy seguro, Matt. Haga lo que le digo.

El apartamento se desalojó y nos quedamos solos él y yo. Recuerdo que metí las manos en los bolsillos del viejo vaquero que llevaba puesto para comprobar que, en efecto, no se me había olvidado la navaja. Hacía dos años que vivía en las calles y había escuchado muchas historias como para no pensar mal de aquello.

—Prefiero ir al reformatorio —dije con rabia.

Patrick alzó las cejas hasta que desaparecieron debajo del pelo, que la caía sobre la frente.

—¿Perdona? —No pudo disimular una sonrisa.

—No pienso follar contigo. Tampoco pienso chupártela ni hacer nada de lo que tienes en mente, así que llama a la poli, vamos. Prefiero ir al reformatorio.

Empezó a reírse a carcajadas.

—Tranquila, no me gustan las mujeres, mucho menos las niñas. —Se puso serio—. No vuelvas a usar palabras como follar o chuparla en mi presencia. Detesto la ordinariez.

—Perdone usted, majestad —respondí con sorna.

Se levantó de la silla y dio varios pasos hacia mí. Retrocedí.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince. ¿Por qué? —No entendía tanto interés por su parte. ¿Qué quería alguien como él de alguien como yo si no era sexo?

—Quince... Aún estás a tiempo. —Dio una vuelta a mi alrededor, observándome.

—¿A tiempo de qué?

Se paró frente a mí, con las manos en los bolsillos de su elegante pantalón azul marino. Llevaba las mangas de la camisa blanca remangadas. Estaba moreno y se notaba que iba al gimnasio. En la muñeca lucía un Rolex de oro.

—A tiempo de salvarte. Escucha, niña, cuando miras largo tiempo el abismo, el abismo acaba mirando también dentro de ti.

Resoplé.

—¿Parafraseando a Nietzsche? Sinceramente, esperaba bastante más de

alguien con tan buen gusto para el arte.

Patrick me miró muy serio, boquiabierto.

—No deberías estar en la calle. Puedo ayudarte.

—¿Por qué? ¿Porque he descubierto que utilizas citas de Nietzsche para hacerte el interesante?

—Porque acabarás muerta en algún callejón antes de cumplir los veinte. La calle no es un buen lugar para las niñas.

Di un par de pasos hacia atrás, tratando de acercarme a la puerta para poder escapar.

—Nadie regala nada y no estoy dispuesta a pagar el precio de lo que me propones.

—El precio que deberías pagar por vivir bajo mi techo es formarte, cultivarte. Te repito que detesto la vulgaridad.

—Estás loco.

Sonrió con tristeza.

—No. Estoy solo... Y me temo que tú lo estás también.

No supe qué responder.

—Podría matarte mientras duermes y robarte todo lo que tienes, ¿no te das cuenta?

Se encogió de hombros.

—Me arriesgaré. —Se notaba que no me creía capaz de hacerle daño.

Negué con la cabeza. No podía fiarme de un desconocido. Hay que estar loco o ser un depravado para pedirle a una chica de quince años que se quede a vivir en tu casa. Me imaginé que sería una especie de proxeneta que prostituía a niñas para satisfacer a sus amigos ricachones.

—¿Puedo irme, o si no acepto quedarme contigo vas a llamar a la policía?

—Eres libre, por supuesto.

Di media vuelta y me dirigí a la puerta. Ya la había abierto cuando escuché su voz detrás de mí.

—Quiero que te quedes con mi tarjeta. Tiene mi número privado. Si alguna

vez cambias de opinión y dejas que te ayude, me encantará ver en qué te puedes llegar a convertir.

No sé por qué me di la vuelta para coger la tarjeta, si tenía claro que no iba a cambiar de opinión.

Tardé tres meses en llamarlo. Esa misma noche voló desde Toronto, donde realmente vivía, para ir a buscarme a Nueva York.

—¡Valentina! —exclamó Patrick cuando acabó de registrarse en el hotel y me vio allí parada, mirándolo sin decir nada. Se me acercó con cara de preocupación.

—¿Qué tal los cafetales de Colombia? —le pregunté como una autómata.

—A la mierda los cafetales. ¿Tú cómo estás? —Me cogió la cara entre sus manos y me observó como si yo fuera una niña pequeña que acabara de caerse y él fuese el padre que busca la herida para curarla.

—Solo cerramos la galería. Se me pasará.

Jason Copland, la pareja de Patrick, se nos acercó con rostro de evidente cansancio. Nos abrazamos.

—Vaya pinta... ¿Otra vez el insomnio? —le pregunté con preocupación. Asintió.

Cuando se ponía nervioso, Jason tenía fuertes dolores de cabeza seguidos de largas temporadas de insomnio. Ahora estaba pasando una de esas etapas. Su acaudalada familia de Nueva Orleans acababa de descubrir que era homosexual y que vivía con un hombre y no estaba siendo fácil para él. Tenía treinta y cinco años, pero a veces parecía un niño. Era bueno y generoso, infantil a la hora de juzgar a la gente y fácil de herir, aun sin querer.

Patrick se me acercó por detrás y me abrazó muy fuerte. Ese tipo de gestos me recordaban lo mucho que me llamaba la atención al principio, lo cariñoso que era. Me decía todos los días que me quería. Todos. Me despertaba con un

abrazo y música de Supertramp. Tarareando siempre.

Me refugié en ese abrazo.

—Sube con nosotros a la habitación. Quiero que hablemos. Te he dejado todos estos días para pensar, sé que a veces necesitas convertirte en ostra, pero no podemos aplazar esto más.

Jason asentía, dándole la razón a Patrick.

—Sí, bebé, el gran jefe tiene razón. Si te abandonas a estar triste, acabarás mal.

Subimos a la habitación y me tumbé en la inmensa cama junto a Jason mientras nos repartíamos el botín de chocolatinas y frutos secos que habíamos sacado del minibar.

—A veces creo que tengo dos niños en vez de una.

Ni siquiera me quejé de aquella afirmación suya. Me había acostumbrado a que me considerara su niña y me tratara como tal.

Jason y yo comíamos como hámsteres mientras observábamos aquel ritual de Patrick colocando lo que traía en su maleta de mano. Era ordenado hasta la obsesión.

Cuando terminó, se sentó en la silla que había frente a la cama y supe que se acercaba la charla. Cruzó una pierna sobre la otra y vi que los calcetines eran del mismo tono color burdeos de los zapatos. Él siempre decía que no podría enamorarse de un hombre que no llevara los calcetines del mismo color que los zapatos, pues ese era el signo máximo de distinción, pero cuando conoció a Jason, llevaba zapatos marrones y calcetines negros y eso no fue impedimento para lo que después ocurrió entre ellos.

—Quiero que sepas que no tienes que viajar conmigo a Sudamérica visitando cafetales si no quieres, pero debes hacer algo. No permitiré que desperdicies tu talento ni que te dejes caer en esa apatía que te ronda hace tiempo.

—Sí, bebé —intervino Jason—. Todos sentimos lo de la galería, pero puede ser una oportunidad. Si no te centras tanto en el arte de los otros, podrás

prestarle toda tu atención a tu propio arte.

Yo seguía masticando los cacahuets, escuchando solo a medias.

—¿Has hecho algo nuevo? —me preguntó Patrick.

—He terminado la escultura de la que te hablé, la que mezcla materiales.

Patrick meneó la cabeza mostrando que estaba contento de escucharme decir aquello. Miró a Jason, que también sonreía.

—¡Te lo dije, Patrick! Nuestra niña está trabajando, no tirará su vida por la borda... ¿Es que no la conoces? Es fuerte como una roca.

—Lo que no entiendo —dijo él, moviéndose nervioso de un lado al otro de la habitación— es qué ocurrió para que de unos meses a esta parte hayas perdido el rumbo de semejante manera, Valentina.

—Lo que ocurrió —me atreví a confesar por primera vez— es que mi psicoanalista me preguntó por mis propósitos en la vida y descubrí que no tengo ninguno, que de hecho no tuve ningún propósito más allá de los diez años, cuando todos mis esfuerzos se centraban en mantener con vida a mi madre. Sin propósitos, sin pasión, mi vida es como la de una ameba. No puedo seguir así, quiero descubrir qué me mueve por dentro... Quiero saber quién soy... Y necesito encontrar a Harrison Sheridan.

—¿Quién demonios es ese?

Abrí el bote de pistachos y me dispuse a hablar de mi mejor amigo de la infancia.

Capítulo 8

ADIÓS

Después de mi ridículo episodio con Jack en los baños del bar, desconecté el teléfono desechable que utilizaba para comunicarme con él, pero antes le envié un mensaje: «Me voy de viaje. Hablamos a la vuelta». No esperé su contestación.

Aquello no era cierto. No me fui a ninguna parte, pero no salí del hotel. Finalmente, decidí ir al bar que se encontraba en la primera planta. Los ascensores estaban ocupados. Solo eran tres pisos, así que opté por bajar por las escaleras y, según me iba acercando al establecimiento, me di cuenta de que lo que de verdad necesitaba era salir a caminar, que me diera el aire y poder pensar con tranquilidad en Jack, en aquello que estaba comenzando a sentir y que no solo era inapropiado, sino también ridículo, si tenemos en cuenta que nos habíamos conocido apenas tres semanas atrás.

Me dirigí al parque de Kitsilano Beach a buen paso mientras miles de imágenes de Jack se agolpaban en mi cabeza: la primera vez que lo había visto, en la agencia Waterham's; cuando me dijo que se había comprado el cuadro de Maud Lewis; nuestro beso apasionado en el aparcamiento detrás del Daines... No podía seguir con aquello y lo sabía. No era para mí. ¿En qué había estado pensando? Era consciente de lo que me diría mi psicoanalista si le contaba aquello: «Cada vez mantienes más lejos de ti a los hombres. Haces verdaderos esfuerzos, aunque inconscientes, para no enamorarte y todo porque

no quieres repetir los errores de tu madre. Te aterroriza acabar como ella, obsesionada con hombres que no te quieren. ¿Y qué mayor muro para mantener a raya los sentimientos que pagar por sexo? Crees que eso hará que todo sea más mercantil, pero eres una sentimental y no podrás llevar a cabo ese plan». Conocía tan bien a mi psicoanalista como ella a mí y ese había sido uno de los motivos por los que había abandonado la terapia. Sabía lo que iba a decirme, de modo que no necesitaba pagar para que me dijeran lo que sabía de antemano. El otro motivo por el que dejé de ir a consulta era porque la psicoanalista era para mí como una muleta. También Patrick lo era. Me comportaba como una mujer lisiada que debe sujetarse en algo o alguien para caminar y eso no podía continuar así. Tenía que hacerme cargo de mi vida y mis emociones sin escudarme en nadie.

—Tengo que decirle a Jack que no voy a seguir con nuestro acuerdo —murmuré en voz alta.

Una anciana que estaba dándole pan a las palomas me miró de forma extraña. Rebusqué en mi bolso hasta hallar el teléfono desechable y le escribí:

Valentina:

Tenemos que hablar. ¿Tienes un rato libre?

Me respondió de inmediato:

Jack:

Ahora mismo, si quieres. ¿Dónde estás?

Se lo dije y me aseguró que llegaría en quince minutos. Lo esperé sentada en un banco del parque, con la mirada perdida. Tenía una sensación extraña, como si fuera a poner punto final a una relación, cuando entre nosotros no había habido nada serio.

Jack se acercó a mí por detrás, sacándome de mis pensamientos. Apoyó una mano sobre mi hombro y me sonrió. Después, se sentó a mi lado.

—¿Qué ocurre, Valentina? —Había verdadera preocupación en su voz.

Escuchar cómo pronunciaba mi nombre me emocionaba. ¿Qué tenía su voz que me transmitía calma? ¿A qué época pasada de mi vida me transportaba?

—Una vez me dijiste que, si quería romper nuestro trato, no hablara con la señora Waterham, que te lo dijera primero a ti.

—¿Qué...?

No le dejé seguir hablando.

—No puedo, Jack —le dije—. No eres una mercancía. Esto está mal. No quiero pagarte ni que tú te sientas obligado a... Tampoco debí ponerte la otra noche en ese brete. Tú no querías y yo insistí tanto que... Además, estábamos en un baño público.

No pude terminar. Jack me acercó a él y me abrazó con tanta fuerza que apenas podía moverme. Manché el cuello de su camisa blanca con mi maquillaje

—¿Pero de dónde has salido tú? Nunca había conocido a nadie así... Eres un puto sueño, Valentina.

Dejé que me abrazara. Acomodé la cabeza en su pecho y aspiré su olor. Me gustó que tuviera esa opinión de mí, pero no creí que fuese acertada.

¡Me sentía tan cómoda entre sus brazos! Su calor traspasaba la ropa y llegaba hasta mi piel como una caricia.

—Yo tampoco puedo hacer esto contigo. Tampoco debo. Al menos, no así —susurró muy cerca de mi oído.

Me aparté para mirarlo, dubitativa.

—¿Por qué no puedes?

Negó con la cabeza, respiró hondo y miró al cielo.

—Hay cosas que tú no sabes de mí.

Me encogí de hombros. ¿Era por eso?

—También hay cosas que tú no sabes de mí. Es normal, dado el modo en el que nos conocimos. Lo raro sería que supiéramos todo el uno del otro.

Su sonrisa ahora era triste y la ternura que esa visión me removió por dentro hizo que hablara más de lo debido.

—Te deseo, Jack. Muchísimo. Pero no como a un simple pedazo de carne. Te deseo a ti. Me gustas tú, más allá del sexo, y no me lo puedo permitir en este momento de mi vida. Todo está patas arriba.

Vi cómo sacaba algo del bolsillo de su pantalón. Abrió la cremallera de mi bolso y los billetes que le había dado el primer día a la señora Waterham desaparecieron dentro.

—No quiero dinero entre tú y yo.

Asentí. Lo entendía perfectamente.

—Esto entre nosotros no debería haber pasado, Valentina. Es una locura. No deberíamos habernos encontrado así, pero es lo que ha ocurrido y yo...

No lo dejé terminar. La manera en la que me miraba me estaba derritiendo. Tanta ternura, tanto deseo... No podía soportarlo más. Le pasé las manos por el cuello para acercarlo a mí.

—No debería hacer esto, Jack, y no volverá a pasar después de hoy, pero justo ahora necesito hacerlo.

Fui yo la que comenzó el beso, pero él lo continuó, hambriento. Sin embargo, nada tenía que ver con aquel otro beso que nos habíamos dado a la salida del Daines, que había sido sensual, sí, pero duro e impersonal. Sus labios ahora estaban llenos de una pasión y una ternura que me conmovían. La necesidad de ambos no parecía nacida de la simple excitación. Había algo, una emoción profunda que crecía cuanto más nos besábamos.

Sus labios descendieron por mi cuello y sus manos se perdieron debajo de mi falda. Escuché su gemido gutural cuando descubrió la carne desnuda de mis muslos al final de las medias. Enterró los dedos en mis nalgas para acercarme a él. Sentía que me mareaba. La gente paseaba por la senda próxima al banco en el que estábamos sentados, pero no nos importaba.

—Jack —gemí.

—¿Todo bien? —me preguntó con un hilo de voz—. ¿Quieres que pare?

—¡Por Dios, no! —Clavé las uñas en sus hombros, asustada ante la idea de que se alejara de mí.

Volvió a besarme. Una de sus manos subió hasta mi pecho y empezó a acariciarlo hasta que el pezón se endureció. La otra seguía en mi nalga, empujándome hacia él.

—¿Quieres que vayamos a alguna parte? —me preguntó jadeando.

La pregunta me devolvió a la realidad. Negué con la cabeza. Ardía por él, pero no... Aquello no podía ser. Había ido allí para despedirme.

—Tenemos que parar. No quiero empezar algo que no podré terminar.

Me acarició el rostro y pasó su dedo pulgar por mis labios.

—De acuerdo —dijo sin ganas.

—No podemos volver a vernos de este modo. Debo centrarme en arreglar mi vida. No quiero ser como esas mujeres yonquis del amor que les parece que un hombre a su lado es la solución a todos los problemas.

Jack estaba serio.

—¿Esto es un adiós? ¿No quieres que volvamos a vernos? —Trataba de cerciorarse, supongo.

—Puedo verte. Seguramente seguiremos encontrándonos en galerías de la ciudad —sonreí con tristeza—. Eso no es problema. Lo que no podemos es volver a hacer esto. Cuando me tocas, me nublas el sentido y necesito centrarme en mi vida.

—Comprendo —dijo él, con gesto obstinado.

Me levanté del banco, me acomodé el vestido y traté de respirar con normalidad. Solo entonces sentí que estaba preparada para irme.

—Adiós, Jack —murmuré antes de dar media vuelta y emprender el camino hacia la salida del parque.

—¿Valentina? —escuché que me llamaba. Di media vuelta para mirarlo—. Tienes mi número. Cuando tu vida esté en orden, llámame.

No respondí nada, ¿para qué? Un hombre como Jack no perdería demasiado tiempo pensando en una mujer cuando media ciudad caería rendida a sus pies con una simple sonrisa suya.

Al llegar a la habitación del hotel, saqué el teléfono desechable del bolso para apagarlo y guardarlo en el fondo de algún cajón, pero entonces oí su zumbido. Miré la pantalla. Era la señora Waterham. ¿Ya habría hablado Jack con ella? Pensé en no responderle, pero eso habría hecho que volviera a llamarme en otro momento, de manera que decidí zanjar el asunto.

—¿Sí? —respondí escuetamente.

—Buenas tardes, Lucy. Soy Jenna Waterham. Jack me ha dicho que has decidido no seguir. Permíteme que te recomiende a otro...

La interrumpí sin miramientos.

—No me interesa, señora Waterham.

—Verás, querida...

—Señora Waterham, le repito que no estoy interesada. Si lo que le preocupa es que pueda hablar mal de su agencia, pierda cuidado. De mi boca no saldrá ninguna mala palabra, pero le ruego que no vuelva a contactar conmigo en adelante porque no voy a cambiar de opinión.

—Vaya, cuánto lo siento. Pero siendo así...

—Buenas noches, señora Waterham.

Escuché cómo me dedicaba una breve despedida y de inmediato colgué.

¿Eso significa que no volví a pensar en Jack? ¡En absoluto! Sí pensaba en él a cada instante, pero al mismo tiempo estaba orgullosa de haber usado la cabeza y puesto mis asuntos por encima de lo que me hacía sentir un hombre al que acababa de conocer. Si mi madre lo hubiera hecho alguna vez en su vida, no habría sufrido todo lo que sufrió.

Después de decirle adiós a Jack, me centré en poner orden en mi vida. Hablé con Patrick por enésima vez para decirle que me iba del nido. Me sonrió,

como en anteriores ocasiones, y supe que no se lo tomaba en serio. O que no quería pensarlo a fondo hasta que verdaderamente ocurriera.

Entregué currículums por toda la ciudad. Había estudiado Arte en la universidad de Toronto y tenía un máster de Diseño Gráfico cursado en Harvard. Sabía que no tendría problemas en encontrar un trabajo. Deseaba independizarme, al fin, y no iba a ser tiquismiquis. No quería esperar la mejor oferta o la que más me atrajera. Aceptaría la primera y esa fue en una agencia de diseño de productos. Me encargaría de la parte creativa. Mi primer proyecto me resultó muy poco atractivo: diseñar la caja de un detergente, un producto nuevo que saldría al mercado en unas pocas semanas y que iba dirigido a un público joven sin demasiado tiempo para dedicarle a la colada. Lo de menos es que me aburriera como una ostra. Lo verdaderamente importante es que, al finalizar el mes, me ingresaron mi primer sueldo no pagado por Patrick y comencé a mirar apartamentos. Tenía dinero ahorrado, pero no demasiado, así que comencé a interesarme por barrios alejados del centro.

A Patrick le pareció maravilloso que hubiera comenzado a trabajar en una empresa que no le pertenecía. Se alegró de que saliera de aquel letargo en el que había estado sumida durante los últimos meses. Saber que no regresaría con él y con Jason a Toronto le gustó menos. Para ser exactos, le horrorizó. «Llevamos juntos muchos años, sin separarnos más que unos pocos días. No voy a poder soportarlo», me dijo sin rodeos. Sentí verdadera lástima. Sabía que me quería como a una hija, pero los padres y los hijos viven en ciudades distintas y no pasa nada. Eso le respondí, pero sabiendo que a mí también iba a costarme no tenerlo siempre a mi lado y que no fuera mi red cuando me caía.

Al final, alquilé un apartamento pequeño en Kitsilano, un barrio que me encantaba. En los años 60, había sido el centro de reunión de los hippies de la ciudad y aún mantenía ese ambiente relajado, a pesar de que quienes vivían allí ahora eran jóvenes profesionales, como yo, y no los hijos de mayo del 68. Lo maravilloso del apartamento es que se encontraba en la última planta de un

edificio *art decò* y tenía un altillo que utilizaría como taller para realizar mis esculturas, porque por primera vez en mi vida, me sentía capaz de reconocer en voz alta que deseaba ser escultora. No podría vivir de eso, con toda probabilidad. Puede que fracasara y me doliera, pero eso ya no me paralizaba. No iba a permitir que el miedo dictara ni una más de mis decisiones.

Capítulo 9

CIERRE

Nuestra galería se llamaba Nuno, que era mi apellido de soltera. El apellido de mi madre. Mi padre fue un tipo con quien ella había pasado unas cuantas noches y del que solo había llegado a saber dos cosas: que se llamaba Martín y que tocaba el contrabajo como los dioses en un grupo de jazz. Eso ocurrió cuando ella aún vivía en Tucumán, antes de trasladarse a Buenos Aires, donde nació yo. Tenía diecinueve años. Poner ese nombre a la galería fue más en su honor que en el mío.

Cuando llegué ante la puerta, un par de horas antes de iniciar la subasta de las pocas obras de arte que aún estaban en nuestro poder, vi a Dan vestida de negro y con cara de asistir a un velatorio. Se nos moría un sueño, eso era cierto. Yo, en cambio, me había puesto un vestido rojo que sabía que no sería del gusto de Patrick, que siempre consideró ese color como demasiado llamativo para ser elegante. Pero... En algún momento debemos dejar de querer agradar al padre y empezar a agradarnos a nosotros mismos, ¿verdad?

Ya dije en más de una ocasión que no podré jamás agradecer lo suficiente todo lo que Patrick ha hecho por mí, pero me he escondido en esa comodidad, tras los años complicados cuidando a mi madre, y me he dejado llevar. No tomé las riendas de mi vida... Hasta ahora.

Lo cierto es que me miré al espejo con el vestido rojo y me gusté. Era de líneas sencilla, de tirante ancho y me quedaba como un guante. Patrick no me

dijo nada, pero sabiendo como sabía que aquel momento era triste para mí, lo último que me habría comentado era que no le gustaba mi vestido.

La gente comenzó a llegar muy pronto. Se decía que teníamos una serie de piezas muy interesantes y eso hizo que varios marchantes arrastraran a todo su séquito. Tuve que hacer un verdadero acto de valentía para asistir a aquella fiesta de clausura. Todos y cada uno de los presentes se alegraban de nuestro fracaso. Cuantas menos galerías hubiera en la ciudad, más trozo del pastel se repartían las que seguían en pie.

Patrick, Jason, Dan y yo teníamos muy claro cuál era nuestro papel aquella noche y decidimos que lo llevaríamos a cabo de la mejor manera posible. Era una clausura, de acuerdo, pero no la olvidaría nadie en Vancouver.

Había un cóctel de bienvenida y encargamos los canapés al chef más de moda de Canadá, que había volado desde Toronto con su equipo para realizar el catering. Tuvimos buen cuidado de que toda esta información aparecieran en la prensa y llegara a cada rincón del mundillo artístico, de ahí la cantidad de gente que estaba llegando a la galería en ese mismo instante.

Saludé a unas cuantas personas, entre ellas a Anja Numminem y al insoportable Hopper Arlington, que llevaba un *blazer* de cuadros amarillos y unas gafas de sol que hubieran sido exageradas incluso en pleno verano caribeño. La cosa era llamar la atención. Sabía que él andaba detrás de mi escultura de madera y metal, pero no estaba en venta, claro que eso él no lo sabía y quería dejar que se ilusionara un poco más.

La escultura en cuestión recibía el nombre de «Felicidad» y era el busto de un niño de unos diez años tallado en madera de cedro, pero su pelo era de mármol negro, el iris de sus ojos estaba hecho con dos aguamarinas, y su camiseta con una pieza de hierro. En realidad, ese niño era Harrison Sheridan tal y como yo lo recordaba, con la misma camiseta gris metalizada que llevaba la última vez que lo vi, cuando aquella familia había venido a buscarlo y él no regresó más al centro de acogida. Presidía la sala principal de la galería en ese momento, pero no la vendería ni por todo el oro del mundo.

Estaba dando vueltas entre la gente, saludando a unos y otros, echándoles vistazos rápidos a Patrick y Dan por si me necesitaban para algo, cuando vi entrar a Jack en la galería y me quedé tan paralizada que hasta pestañear me resultaba complicado. ¿Cuántas semanas hacía que no lo veía? El corazón se me aceleró, pero no solo por la emoción de volver a tenerlo cerca. Mil dudas me asaltaban. ¿Qué hacía allí? Mi cabeza no podía pensar con claridad, el miedo me atenazaba. ¿Y si era indiscreto? ¿Y si la gente sabía que era un *gigoló*? ¿Y si se descubría que yo había estado a punto de contratar sus servicios?

Me acerqué a él a toda velocidad, interceptándolo justo cuando ponía el primer pie en la galería. «¡Sígueme!», le dije con tal ímpetu que no creo que viera más posibilidad que la de obedecerme.

Taconeeé tan rápido como pude por el pasillo que llevaba hasta el almacén. Lo hice pasar con un simple gesto de cabeza. Cerré la puerta. Estaba oscuro. Tanteé la pared para dar con el interruptor y encendí la luz. Ante nosotros aparecieron hileras enormes de estanterías vacías ya. La pinacoteca que uno vez hubo allí había sido vendida casi al completo.

Me giré para enfrentarlo. Me miraba con gesto interrogativo, con las manos en los bolsillos de su pantalón oscuro. La camisa que llevaba era de color azul y hacía juego con sus ojos. Me sonrió.

—¿Por qué nos escondemos, Valentina?

Meneé la cabeza con gesto impaciente y no respondí. Ataqué con otra pregunta.

—¿Qué demonios haces aquí? Te dije que no quería seguir con esto.

Emitió un suspiro profundo.

—No estoy persiguiéndote, si es lo que crees.

—¿Entonces...?

—Es casualidad, como cuando nos encontramos en la galería Numminem. No soy un acosador. Me ha quedado más que claro que no quieres saber nada más de mí y se lo comuniqué a la señora Waterham. He venido a ver si

encuentro algo interesante que comprar.

Recordé que había adquirido *Dugby Gut*, el cuadro de Maud Lewis, y que era más que probable que estuviera diciendo la verdad.

—Si lo que dices es cierto, discúlpame por haber sido tan borde, pero...

—Pero solo se te ocurrían dos motivos para que estuviera aquí: que no quisiera perder una clienta y viniera a convencerte o que lo hiciera a título personal, porque no me resigno a que esto no siga adelante. —Lo último lo dijo con voz ronca.

Lo miré fijamente durante unos instantes, sin saber qué decir, sabiendo que me había sonrojado y sintiéndome muy tonta por creer que él había ido hasta allí porque yo le interesaba.

—Siento haber pensado que te gustaba —le dije con ironía—. Qué tonta...

Di media vuelta para abrir la puerta. Jack me detuvo. Sentí su mano alrededor de mi brazo haciendo una leve presión. No demasiada, pero sí la suficiente como para que el corazón me latiera más deprisa.

—No he dicho que no me gustes, sino que no estoy aquí por eso. Te juro que fue casualidad. Mi intención no es molestarte. Si quieres que me vaya, lo haré.

Me lo pensé antes de responder.

—No hace falta. Has venido a comprar y nosotros necesitamos vender. Todos contentos.

Dirigí la mirada hacia su mano, que continuaba agarrándome el brazo, y después lo miré a él. No me soltaba y fui incapaz de abrir la boca para pedirle que lo hiciera. Jack observaba mis labios, que se movían como si quisiera decirle algo, pero no terminaba de hablar.

—Estás preciosa —me dijo por fin—. Eres un verdadero incendio con ese vestido rojo. He pensado mucho en ti durante estas semanas.

Nos miramos. La respiración se nos fue agitando. Sabía lo que venía a continuación, si no le ponía remedio. Debía detenerlo.

—Esto no puede ser —logré balbucear con esfuerzo. Mi cabeza decía que me alejara, pero mi cuerpo era un maldito anarquista que se negaba a seguir

órdenes—. Ya te dije que necesito organizar mi vida.

—Me ha quedado claro que me quieres lejos. ¿Crees que no lo sé? — preguntó él sin dar ni un paso hacia mí.

Jack no iba a hacerlo. Yo le estaba diciendo que no y para él valía más mi palabra que los mensajes que le estaba enviando mi cuerpo, mis ojos. Eso me gustó.

—Debemos irnos —dije al fin.

Él asintió. Se movió entonces para acercarse a la puerta, pero como yo había permanecido inmóvil, nuestros cuerpos chocaron un breve instante. Miré hacia arriba para poder enfrentarlo. Seguíamos agitados. Ninguno de los dos se movía.

—Dios, ¿qué debo hacer, Valentina? Dímelo. Si quieres que me vaya, déjame salir. Si no, dame una señal, por pequeña que sea. —Parecía angustiado.

¿Qué me impedía darle esa señal? ¿Se debía a que el modo en que lo conocí me avergonzaba? No me hizo falta indagar mucho más en mí misma para saber qué era lo que me ocurría.

Su mirada volvía a transportarme a un lugar seguro y acogedor de mi pasado. ¿Pero por qué? ¿A quién me recordaba?

—Tengo miedo —declaré finalmente, con la voz entrecortada—. No sé qué me despiertas. Va más allá del simple deseo y no sé...

Él se acercó un poco más. Pareció dudar.

—Voy a abrazarte, solo eso —me avisó.

Asentí.

Mi cuerpo se refugió entre sus brazos disfrutando del calor que me proporcionaba, de la sensación de hogar.

—Yo también siento algo que no es simple pasión —me dijo, con el rostro hundido entre mi pelo—. También estoy asustado, no te lo voy a negar.

Alcé la cabeza y encontré su rostro muy cerca del mío. Se me acercó más aún y depositó un beso en mi frente. Fue tan tierno que un nudo se me instaló

en el pecho y me costaba no llorar.

—Me gustas muchísimo desde el principio, desde que te vi —comenzó a explicar mientras me miraba fijamente—. Fue una sorpresa. Nunca hubiera pensado encontrar a ... —Se detuvo, como si se hubiera dado cuenta de que había estado hablando demasiado.

—Solo puedo ofrecerte sexo, Jack. No quiero engañarte. Ahora mismo no puedo dar nada más de mí.

Asintió. Me puse de puntillas y le rodeé el cuello con mis manos, invitándolo. Su rostro descendió despacio sobre el mío y me besó. Me tanteó al principio. Parecía tener miedo de que yo fuera a arrepentirme, pero en cuanto vio cómo mis labios, cómo todo mi cuerpo reaccionaba a su contacto, se atrevió a profundizar, tanto en el beso como en las caricias.

Cuando me tocaba, aunque fuera un simple beso y ambos estuviéramos vestidos, sentía un fuego que me consumía, una ansiedad que necesitaba ser saciada. Todo en él me resultaba familiar sin serlo, el tacto de su pelo entre mis dedos, el modo en el que me agarraba la nuca para acercarme más a él durante el beso. Jack parecía sacado de un sueño o de un torno de alfarero en el que yo lo hubiera moldeado.

Sus manos se colaron por debajo de mi vestido y no me preocupé como siempre lo hacía, llegado ese momento. No me planteé si iba o no a llegar al orgasmo porque no importaba. De hecho, ni siquiera lo daba por supuesto solo porque ya una vez me había corrido con él. El placer que sentía era difícil de comprender para mí. Siempre fui una mujer sin demasiados tabúes. He tenido varias parejas sexuales (más muchas que pocas), pero con nadie había experimentado el placer de una simple caricia. Comprendí entonces las palabras de aquel viejo profesor de Literatura que, cuando explicaba la *Odisea*, decía que uno de los problemas de Ulises era que siempre creyó que regresar a Ítaca era lo fundamental y se olvidó de que lo importante era ir aprendiendo durante el viaje. Con Jack no pensaba en el orgasmo. Cuando estábamos juntos solo pensaba en pasar un minuto más con él para descubrir

quién era en lo más profundo de su corazón.

Se apartó de mí como si pudiera leerme el pensamiento.

—No quiero ser tu polvo de diez minutos en un sucio almacén —murmuró, sin sacar la mano de debajo de mi falda.

—No lo eres —logré pronunciar a medias—, pero ahora mismo no puedo implicarme demasiado.

Uno de sus dedos superó el elástico de mis bragas y notó la humedad entre mis piernas. No dijo nada, no sonrió con suficiencia, tampoco se extrañó a pesar de que un simple beso me había dejado en aquel estado. Simplemente me observaba igual que se hace con algo que necesitamos descifrar. Como hacía Patrick con los libros de cuentas. Como hacía Lauren con los autores cubistas que no lograba comprender.

Rompió mis bragas con un simple tirón y gemí. Notaba que los ojos me escocían, igual que cuando se está muy cansado. Como cuando las lágrimas están a punto de brotar.

—Quizás no me corra, Jack —me vi obligada a recordarle. En ese instante me di cuenta de que no le había dicho que me había corrido en el baño del Willow.

—Lo sé, cariño, lo sé —confirmó él sin un atisbo de lástima o pesar, y al escuchar que me llamaba «cariño» se me escapó un suspiro casi adolescente.

Me estaba tocando porque deseaba tocarme, tan sencillo como eso. No había más finalidad que la caricia. Lo importante no era llegar a Ítaca, sino disfrutar del viaje.

Su otra mano se colocó sobre mi pecho y me agarré a sus hombros, abandonada, y lo besé con desesperación. Sus dedos seguían entrando y saliendo de mí con un ritmo lento, pero profundizando, y mis piernas amenazaban con no sostenerme durante mucho tiempo.

Quise comprobar que estaba excitado y en efecto lo estaba.

—Déjame a mí —me pidió—. No quiero que me distraigas. Estoy demasiado cachondo y necesito tener todos mis sentidos puestos en ti.

No recuerdo si le dije algo o si hice algún gesto. Solo sé que él continuó con sus caricias y que creí sentir una llama, una tensión eléctrica creciendo dentro de mí y que pensé: «No puede ser, Dios mío. No puede ser. Va a conseguir que me corra de nuevo», pero todo indicaba que sí que iba a correrme. Abrí la boca para decírselo, para rogarle que no se detuviera, que no cambiara de ritmo, que por favor continuara haciendo justo lo que estaba haciendo... pero no me dio tiempo. Me sentó sobre una fría mesa metálica y antes siquiera de que fuera consciente de lo que estaba haciendo, me vi allí tumbada y hundió su boca entre mis piernas, su lengua acariciando casi con furia la parte más sensible de mí. No necesitó demasiado tiempo para que mi espalda se arqueara, los dedos de mis pies se contrajeran y todos los demás músculos se tensaran en el orgasmo más intenso que recordaba haber tenido jamás. ¿Grité? ¿Gemí? ¿Dije algo? No lo sé. Me zumbaban un poco los oídos. Él me estaba abrazado cuando recuperé la conciencia de dónde estaba. No sé cuánto tiempo habría pasado.

Jack sonreía al verme tan desmadejada.

—Joder, qué guapa estás —me dijo, mientras me introducía un dedo y me arrancaba un gemido—. Me vuelve loco que te humedezcas tan rápido.

Unos golpes en la puerta me sacaron definitivamente del trance.

—¿Valentina? —preguntó una voz de sobra conocida.

—Maldita sea, es Patrick —le susurré a Jack al oído.

Se separó un poco para mirarme a los ojos. Alzó las cejas, sin comprender, pero sacó los dedos de mi interior y se los llevó a la boca para lamerlos. Casi me desmayo, sin exagerar. Fue una visión que se me quedó grabada a fuego. Después, me ayudó a acomodarme el vestido.

—¿Valentina? —volvió a preguntar Patrick, intentando abrir la puerta cuya manilla yo tenía sujetada en ese instante, pues carecía de pestillo. Tenía más fuerza que yo y acabó abriéndola.

Me miró un segundo y después clavó los ojos en Jack para después volver a mirarme. Supe de inmediato que la situación no le gustaba. Patrick no era

tonto. Comprendió enseguida lo que allí se estaba cociendo y casi podía escuchar sus pensamientos: «No te eduqué para tener sexo con un desconocido en un almacén». Sus ideas de lo que debía y no debía ser una dama eran muy claras y estrictas.

Patrick nunca se había interpuesto en mis relaciones. Siempre me había animado, incluso, pero es cierto que esas relaciones eran con hombres que conocía de sobra y estaba seguro de que no me harían daño, pero allí estaba yo con un perfecto desconocido, sonrojada, despeinada, con un tirante del vestido caído y desprendiendo unas feromonas que podrían olerse a varios kilómetros.

—¿Se puede saber qué carajo haces aquí? —preguntó sin rodeos y con un tono muy poco amable.

No pude responder, Jack se me adelantó.

—Perdona, ¿quién eres? Ese tono no me gusta nada.

Patrick lo miró entonces de frente, sacando pecho.

—Soy su marido, guaperas. Ahora la gran pregunta es quién eres tú.

Odiaba cuando Patrick hacía eso. Pocas veces usaba su título de marido como un ataque. Solo una vez, varios años atrás, cuando creyó que me estaba enamorando de un tipo bastante peligroso, se lo dijo para espantarlo y lo consiguió.

Me quedé helada cuando lo escuché. Miré a Jack y su rostro no mostraba emoción alguna. Durante unos segundos no movió ni un músculo. Parecía una estatua. Luego se dirigió a mí.

«Ya está. Ahora huirá de aquí y no volveré a verlo», pensé. Pero, para mi sorpresa y la de Patrick, no fue eso lo que ocurrió. Inclino la cabeza para verme mejor y me preguntó con dulzura.

—¿Lo quieres, Valentina?

Abrí la boca para decir algo... Pero ¿qué? La verdad es que quería a Patrick muchísimo, aunque no de la manera en la que Jack pensaría si le respondía que sí. Pasaron mil ideas por su cabeza, estoy segura. Claro, que dedicándose a lo

que él se dedicaba, estaría más que acostumbrado a que mujeres casadas buscaran sus servicios, pero que me metiera en ese saco me dolía muchísimo.

Iba a responderle algo cuando sonó el busca de Jack. Lo miró con prisas, diría que nervioso. Se pasó ambas manos por el pelo antes de hablar.

—Tengo que irme. Es una urgencia. No lo haría si no lo fuera.

Miró a Patrick con gesto altivo.

—No tengo tiempo para grandes discursos, pero sí para decirte que Valentina es importante para mí. Siento que nos hayas encontrado y no era mi intención hacer daño a nadie, pero no renunciaré a ella a menos que me lo pida. —Justo al terminar la frase me miró. Después, salió por la puerta del almacén y vi cómo se perdía por el pasillo.

De fondo se oía el ruido de las conversaciones de la gente en la fiesta y el tintineo de las copas. ¿A dónde se habría ido Jack con tanta prisa? ¿A ver a alguna cliente? Patrick me devolvió a la realidad.

—¿Qué demonios estabas haciendo con ese en el almacén, Valentina? ¡El día de la clausura, nada menos! ¿Has perdido la maldita cabeza? —me sermoneó.

—Yo...

—¿Sabes quién es, acaso? Porque es guapo como un demonio, pero ni siquiera me suena su cara.

—¿No puedo salir con nadie fuera de nuestro círculo?

Bufó impaciente.

—Siempre que seas cauta, puedes salir con quien te dé la gana, pero no reconozco a esta Valentina que veo. La que conozco, la que he educado durante estos años, exigiría algo un poquito más sofisticado que sexo en un almacén.

—Cuidado, Patrick, te estás pasando.

—¿Me estoy pasando?

—Me estás sermoneando tú, el mismo tipo que se hartó de meterse en el cuarto oscuro de discotecas gays para practicar sexo con desconocidos a quienes no veía la cara.

Volvió a bufar. Meneaba la cabeza. Sabía que estaba muy enfadado, también decepcionado. No se esperaba eso de mí. Patrick decía que era un hombre de mente abierta, pero solo porque era homosexual y eso no encajaba con los cánones más clásicos. Para todo lo demás, era un digno hijo de su elegante y aristocrática familia. Tenía los mismos prejuicios sobre lo que debía y no debía hacer una dama y con quién y dónde debía hacerlo.

—Solo quiero que no te hagan daño, niña mía. Y ahora, vamos, hay una subasta que está a punto de empezar y se nos requiere en escena. Ya hablaremos de esto mañana con más calma.

Capítulo 10

MEDIA VERDAD

Estaba profundamente dormida cuando Patrick irrumpió en mi habitación como el séptimo de caballería. Oí su perorata sin escuchar realmente nada de lo que me decía. Creo que hasta gruñí y me tapé la cara con la almohada.

—¿No te interesa verlo?

Ni siquiera creo que estuviera del todo despierta. ¿Ver qué? ¿Habría comprado algún cuadro nuevo? Por el amor de Dios, que me dejara dormir tranquila. La noche anterior no había logrado conciliar el sueño pensando en Jack, en la manera en la que me había hablado, en la que me había tocado...

—¿Ver qué? —le pregunté, sin ganas.

—Qué no... A quién —me respondió.

Me quité la almohada de la cara para mirarlo. Estaba en el umbral de la puerta, con el pantalón negro del pijama. Descalzo y con el pecho desnudo, pero impecablemente peinado ya. Esa era su nueva obsesión estética: el pelo perfecto. Primero habían sido los abdominales marcados, pero eso ya lo había conseguido. Su pelo, en cambio, tendía a la rebeldía, sobre todo desde que le habían salido las primeras canas.

—No entiendo ni una palabra de lo que dices —le confesé, ahogando un bostezo para que no me regañara por maleducada.

—Tu amigo.

Aquello parecía uno de esos juegos de adivinanzas en los que te van dando

pistas poco a poco.

—¿Qué amigo, Patrick? —pregunté con desgana.

—El de ayer —colocó los brazos en jarras, como hacía siempre que trataba de controlar el enfado—. Ya sabes, el del besuqueo en el almacén.

Me quedé sin respiración. ¿¡Jack!?

—Por favor, basta ya de juegucitos... ¿Qué pasa con él? —Estaba tensa y me lo notó. Me conocía demasiado bien como para no hacerlo.

—¿No quieres verlo? —Masticó despacio las palabras, creando cierta tensión.

—¿¡Está aquí!?! —La voz me salió demasiado aguda y Patrick alzó las cejas.

—¿Aquí? ¡Claro que no! En la televisión —me comunicó con toda la normalidad del mundo.

—¿En la televisión? —Salí de entre las sábanas como un autómeta. Busqué el mando por la cama, pero no aparecía. La noche anterior había intentado disfrutar de una película para ver si así me adormecía o, al menos, dejaba de pensar en Jack.

Patrick se acercó a mí y señaló el mando a distancia, que estaba sobre la mesita de noche. Lo agarré y encendí el aparato.

—¿En qué cadena? —quise saber, ansiosa.

—En la CNN.

La busqué en la guía, pero ya no aparecía Jack, sino un anuncio de tampones. Miré a Patrick. Temía la respuesta, pero aun así le hice la pregunta.

—¿Se puede saber por qué salía Jack en televisión?

Me sonrió durante un instante. Fue una sonrisa tensa. No le había gustado lo ocurrido en el almacén la noche anterior. Esperaba más de mí, eso era seguro. Si encima se enteraba de que había conocido a Jack en una agencia de contactos, la decepción ya sería mayúscula.

—Así que se llama Jack... —Me hizo esperar unos segundos que me parecieron eternos; finalmente, me dio la información—. Salió hablando del

caso de los *gigolós* asesinados.

Solo escuché la palabra «*gigoló*». El resto lo había oído sin entenderlo al principio. Necesité un instante para procesar la información. ¿Qué hacía Jack hablando de ese tema por televisión? ¿Acaso se habría topado con el asesino? ¿Habría tratado de matarlo? Me asusté, pero enseguida me di cuenta de que, si le hubiera hecho algo grave, no estaría ante las cámaras.

Corrí al escritorio, donde estaba mi portátil, para buscar información sobre la noticia. No sabía cómo dar con ella, así que tecleé en el buscador dos palabras: «asesinatos» y «*gigolós*»... Fue entonces cuando di con el video del que Patrick me había hablado, el que había visto en la CNN.

Minnie Hornby, la reportera, explicaba la noticia mirando a cámara mientras se acercaba demasiado a la boca el micrófono con el logotipo de la cadena.

—Ayer por la noche, la policía de Vancouver, en colaboración con varios efectivos de la policía de Oregón, ponía punto final a la carrera criminal de una de las pocas asesinas en serie que se conocen en nuestro país. Jessica Parker Allen, una camarera natural de Montreal, pero residente en Oregón desde el año 2010, cometía en Portland el asesinato de tres *gigolós* en un plazo de cuatro meses. Seis semanas más tarde, asesinaba a otro aquí, en Vancouver. La policía de Oregón tuvo noticia del suceso ocurrido en nuestra ciudad a través de las noticias y se puso en contacto con nuestra policía para descubrir que el *modus operandi* de la asesina era el mismo. Fue entonces cuando decidieron unir fuerzas, ¿no es cierto, detective Duncan?

La cámara se alejó de la reportera y entonces vi a Jack a su lado. En ese instante, descubrí que en algún momento me había sentado en la silla del escritorio sin darme siquiera cuenta, de no ser así seguro que me habría caído de la impresión. ¿¡Detective Duncan!?! ¿Jack era policía? No entendía nada... ¿Pero por qué entonces me había dicho que era *gigoló*? ¿Qué tipo de broma era aquella?

Jack respondió la pregunta de la reportera.

—Exacto. Nos dimos cuenta de que nos enfrentábamos a la misma persona y comenzamos a organizar un operativo común. Un grupo de agentes de la policía de Oregón y yo nos trasladamos a Vancouver y trabajamos infiltrados, hasta que anoche, por fin, todo ese esfuerzo conjunto dio sus frutos.

Era incapaz de respirar con normalidad. Aquello no tenía sentido. ¿Podría haber otra explicación? ¿Y si Jack tenía un gemelo policía que había venido a la ciudad, preocupado porque su hermano pudiera correr la misma suerte que aquellos otros cuatro hombres degollados por la asesina? No, no debía engañarme a mí misma. Acababa de decir que había trabajado infiltrado. ¿Qué más datos necesitaba para armar el rompecabezas? Estaba más que claro.

El video de *YouTube* se cortaba ahí. Me quedé como una idiota mirando la pantalla del ordenador.

—Un policía, nada menos... —dijo Patrick, que estaba de pie detrás de mí.

No pronuncié ni una palabra, pero debía decir algo si no quería que él notara que estaba en *shock* y comenzara a investigar para ver qué es lo que había pasado en realidad.

—Sí, un policía, ¿algo que objetar? —Traté de sonar natural, pero fui incapaz de mirarlo de frente cuando me levanté de la silla.

Me agarró por el brazo, preocupado.

—¿Todo bien, Valentina?

Asentí. Él interpretó como quiso mi silencio.

—Te gusta mucho ese tipo, ¿no? —Se agachó para que mi cara y la suya acabaran a la misma altura.

—Sí, Patrick. Mucho.

Me abrazó.

—Perdona por lo de ayer. A veces soy demasiado protector contigo, pero no quiero que te hagan sufrir. Ya has sufrido demasiado. No conozco a ese policía y me pone nervioso no saber de qué pie cojea.

—Lo comprendo, pero tienes que dejar de hacerlo. —Era la primera vez que le decía algo así. Siempre había aceptado con humor su sobreprotección,

incluso me había gustado esa seguridad de saber que era como mi paladín contra los males del mundo.

Se apartó para mirarme.

—¿Debo dejar de hacerlo? —Parecía atónito.

—Te quiero, Patrick, pero tienes que dejarme caer. No sé si soy capaz de levantarme por mí misma. Toda mi fuerza radica en tenerte a mi lado y eso no es bueno para mí.

Me agarró la cara entre las manos, mirándome muy de cerca.

—Pero ¿qué te está pasando, niña mía?

—Debo caerme y levantarme, vivir sin miedo, Patrick. Sé que nada realmente malo me ocurrirá si sigo bajo tu tutela, pero tampoco nada verdaderamente bueno. Vivo con miedo a sufrir y eso no es vida.

Seguía mirándome, casi como si no me conociera o como si le diera miedo todo aquello que le estaba planteando.

—Pero ¿qué es lo que quieres de verdad? —insistió.

Respiré hondo antes de responder y lo hice con sinceridad, con sencillez. Busqué una sola palabra que definiera lo que más ansiaba.

—Arder —dije al fin.

—¿¡Arder!?! —Patrick no comprendía lo que yo quería decir.

—Sí, arder... —Recordé los versos de la poeta española María José Martín de la Hoz y los recité de memoria casi como un mantra:

«Yo no vivo, yo ardo.

Yo no lloro, yo lluevo.

Yo no escribo, yo destilo».

Él seguía mirándome en silencio, pero me constaba que me había entendido. Siempre había sido un maestro desenredando metáforas y yo, una experta en utilizarlas para explicar cómo me sentía. Pudo haber dicho mil cosas, pero no hacía falta. Comprendió que quería vivir intensamente y sin miedo. Me abrazó muy fuerte y eso era todo lo que necesitaba. En los momentos decisivos, no precisamos nada más que amor incondicional, saber que hay alguien en alguna

parte que estará siempre con nosotros.

Abrazada contra su pecho no hacía más que pensar en las mentiras de Jack. En mí... En lo mucho que le había contado a un policía sobre mi intimidad. ¿Por qué me había engañado? Iba a averiguarlo en cuanto Patrick saliera de mi habitación.

Dicho y hecho. Tan pronto como me vi sola, busqué el teléfono desechable con el que siempre me había comunicado con Jack y lo encendí. Vi que tenía tres mensajes suyos en *Whatsapp*. El primero era de esa misma mañana, a las seis: «Necesito hablar contigo urgentemente. Llámame en cuanto te despiertes, por favor». Dos horas más tarde escribió: «No me juzgues sin conocer toda la historia. Hay una explicación para esto». El último lo había escrito hacía escasos minutos: «¿Estás enfadada? Respóndeme, por favor».

Simplemente le escribí:

Valentina:

Tienes muchas cosas que explicar. Esta noche en el Daines. A las siete.

Me respondió de inmediato:

Jack:

Allí estaré.

Lo vi llegar con su camiseta gris, sus vaqueros gastados y una cazadora negra de cuero debajo del brazo, más informal de lo que recordaba. Entró en la cafetería y se dirigió muy serio a la mesa en la que yo estaba. Se sentó manteniendo conmigo el contacto visual en todo momento.

—Gracias por dejar que te lo explique. —Parecía preocupado y nervioso.

La camarera llegó para preguntarle qué deseaba tomar y no pude responderle de inmediato. Cuando finalmente lo hice, solo pronuncié una

palabra:

—Empieza.

Se revolvió en la silla y tragó saliva.

—Empezaré por el principio... ¿Me viste en las noticias? —Asentí y continuó—. Entonces ya sabes lo de la asesina en serie. Sabíamos que estaba actuando en Vancouver y tratamos de impedir que hubiera más víctimas, así que varios de nosotros nos infiltramos en agencias de contactos. Teníamos un perfil de la asesina, una descripción muy somera de la mujer. Tú encajabas, así que cuando apareciste y no encontrabas ningún acompañante que te viniera bien, la señora Waterham se puso en contacto conmigo. Tuve que tantearte para ver si eras o no la mujer que estábamos buscando.

—¿Cuándo te diste cuenta de que no era yo? —pregunté con frialdad.

—Cuando te vi en el Willow y descubrí que te llamabas Valentina. Te siguieron al hotel, descubrimos tu verdadera identidad y que cuando se cometieron todos los asesinatos estabas en Toronto. Hay fotos en tus redes sociales que lo corroboran.

Me armé de valor para hacer el siguiente comentario.

—Anoche en el almacén...

—Lo sé. No fue profesional por mi parte, pero... No pude evitarlo. No quise. Tú eres...

—Oh, venga, no me salgas ahora con eso de que soy distinta, que esto no te habría pasado con otra. No cuela.

—Pues es cierto. Y no es que seas distinta, es que eres única, Valentina. Si me dejas explicarme, entenderás que...

Meneé la cabeza con impaciencia. Era un actor increíblemente bueno, no podía creer a alguien que mentía con tanta facilidad.

—La noche que descubriste mi verdadero nombre en el baño del Willow... No sé, fue extraño. ¿Qué ocurrió?

—Dejé de fingir en cuanto supe tu nombre. Todo lo que ocurrió antes de eso pertenece al personaje que creé, me comportaba como el tipo de hombre al

que había asesinado la mujer que buscábamos: seguro de sí mismo, avasallador... La parte sexual no la fingí. Te deseaba, muy a mi pesar, como Valentina y como Lucy.

—Pero ¿qué ocurre con el nombre? ¿La asesina se llamaba Lucy, acaso? No entiendo por qué cambió todo por un maldito nombre, Jack.

Él parecía superado por las circunstancias.

—Necesitamos hablar de esto en un sitio íntimo, no aquí.

Negué con la cabeza.

—Ni siquiera sé si quiero volver a verte, Jack. Y no es porque me hayas engañado. No soy idiota, entiendo lo que estabas haciendo. Tratabas de salvar vidas. Pero entiéndeme, te conté cosas íntimas que nadie sabía. Me avergüenzo de que las sepas. Me siento desnuda... Y juzgada por ti. ¡Eres un policía!

—No te juzgo. Lo que me contaste no es nada de lo que debas avergonzarte.

—Trató de agarrar mi mano sobre la mesa, pero la aparté.

—Mira, Jack, seamos sinceros: tú también me gustas, pero esto no va a ninguna parte. No nos conocemos de nada y estamos aquí armando un drama por algo tonto —le expliqué con cierto nerviosismo—. Tú y yo... Es imposible, ¿entiendes? Hemos empezado de la peor manera y esto no nos llevará a nada bueno.

—Los encuentros perfectos solo ocurren en el cine y en las novelas. Cómo te conocí no me importa. Lo importante es lo que siento. Quiero conocerte y que me conozcas. No finjas que no ocurre nada entre nosotros. Desde que te vi, hubo como una descarga eléctrica. Sé que sientes lo mismo. Nunca me había pasado. Hay mucho que debo contarte aún sobre mí...

—Pero no hoy. Me tocaste fingiendo ser otra persona.

Me levanté para irme. Él también se levantó.

—Valentina... Tú también fingías ser otra. Hasta tu nombre...

No podía con aquello, al menos en aquel momento.

—Solo cambié mi nombre. En todo lo demás, fui más sincera contigo de lo

que he sido nunca con nadie. Tú, en cambio, lo fingiste todo. No sé qué creer y qué no. ¿Sabes lo increíblemente ridícula que me siento? No te imaginas mis dilemas morales cuando creía que eras un *gigoló*. Pagarte a cambio de sexo, sentir que te estoy utilizando y después asumir que me guste tanto, tratar de poner freno a esos sentimientos, sincerarme en cuestiones muy delicadas y humillantes para mí... Y descubrir que eras una gran mentira, que no existes. No puedo con esto, Jack.

—Hay cosas que aún no sabes, Valentina. Necesito que lo sepas todo antes de que tomes una decisión. Por favor. Es demasiado importante.

Negué con la cabeza.

—No... Y no me sigas —le dije, justo antes de irme.

No me siguió. Sabía que no iba a hacerlo, que respetaría mis deseos. Llegué a la habitación del hotel y me tumbé sobre la cama. Saqué el teléfono desechable del bolso para apagarlo para siempre y cortar todo contacto con Jack. Fue entonces cuando vi su mensaje:

Jack:

Soy Harrison Sheridan y llevo dieciséis años creyendo que estabas muerta.

Capítulo 11

AMIGOS DEL ALMA

Cuando conocí a Harrison Sheridan, teníamos los dos diez años. Su madre hacía tiempo que había desaparecido de su vida, y su padre, un famoso pintor callejero, entraba y salía de la cárcel y de las drogas a la velocidad del rayo. Asuntos Sociales no reparó en él hasta que unos vecinos alertaron de que cuando Bash Sheridan estaba entre rejas, el niño vivía solo en una casa destartalada de uno de los peores barrios de Portland.

Ya estaba en el centro de acogida cuando yo llegué, pero no nos hicimos demasiado caso al principio. Él se relacionaba con los otros chicos y yo perseguía por todos lados a Kate Lombardi, una adolescente deslenguada y provocativa a la que deseaba fervientemente parecerme cuando fuera mayor.

Descubrí a Harry (siempre lo he llamado por el diminutivo porque su nombre me resultaba demasiado largo) una tarde veraniega de domingo, cuando todos los chicos habían salido al patio a tomar el sol, jugar al baloncesto y a las cartas o a dormir la siesta en alguna de las hamacas, mientras él y yo nos quedamos viendo en la televisión un reportaje sobre Van Gogh. Hubo muchos otros domingos que pasamos tumbados en aquel viejo sofá de cuadros mientras veíamos reportajes sobre grandes maestros de la pintura. Algunas semanas más tarde ya me había enseñado sus dibujos y comenzaba a hablarme un poco de su padre. Yo tardé muchísimo más en poder nombrarle siquiera a mi madre, que había sido ingresada en un sanatorio en el

que, estaba segura, la tendrían sedada para evitar que molestara. Eso me estaba matando. Me dormía y me despertaba pensando en ella, en si le habrían dado sus medicinas y en si lograrían arrancarle de encima esa inmensa bestia negra que es la depresión. Los médicos no la conocían como yo. Amenazaba con matarse, pero nunca lo había intentado siquiera, de manera que todo aquel alboroto que habían armado los de Asuntos Sociales cuando llamaron del colegio para avisar de que yo llevaba más de una semana yendo a clase con la misma ropa me pareció desproporcionado. Querían que les contara cómo era mi vida y me negué. Todo lo que dijera sería utilizado en contra de mi madre y lo sabía, así que cerré la boca, pero eso fue peor. Creían que estaba amenazada por ella o traumatizada por el abandono... Aunque yo no sufrí ningún abandono. Las temporadas en las que estaba bien, mi madre era la persona más divertida del mundo, la más cariñosa. Es cierto que su sensibilidad era exagerada y que todo le dolía muchísimo. Los hombres, además, nunca ayudaron. Era guapa y los atraía, pero se enamoraba mucho y muy rápido y los espantaba y después permanecía largas temporadas preguntándose qué había de malo en ella. «Tú sí que me quieres de verdad», me decía siempre. Cuando estaba bien, me daba consejos: «No te enamores, Valentina. No dejes que nadie tenga ese poder sobre ti. Sé más lista que yo. Solo recuerda que el amor para las mujeres es un opio que idiotiza y adormece». Pero ella se enamoraba una y otra vez y sufría sin parar.

El día que vinieron a comunicarme la muerte de mi madre, Harrison y yo estábamos juntos en la sala del primer piso, una habitación del centro de acogida que nos dejaban utilizar cuando «creábamos». Gracias a él, yo había descubierto que me gustaba esculpir y empecé tallando pequeños troncos de madera que rescataba de los que estaban apilados para la chimenea. La señora Phelps era maravillosa y fomentaba siempre nuestra creatividad.

Me lo dijeron sin ningún miramiento: «A tu madre la pilló un coche. Está muerta». Fue una energúmena de Asuntos Sociales la que me comunicó la noticia. Pregunté cómo podía haberla pillado un coche si estaba ingresada en

un hospital psiquiátrico. «Se escapó», dijeron.

Imaginé a mi madre desesperada por salir de allí, intentando no tomarse las pastillas o convenciendo a los doctores de que estaba lo suficientemente bien como para no medicarse. Fuera como fuese, ella logró encontrar la fuerza para huir del hospital en plena noche, pero no debía de estar tan lúcida como creía y la arrolló el conductor de un *Mustang* mientras ella trató de cruzar la calzada de la autopista. «El conductor no había bebido e iba a la velocidad reglamentaria», recalcó la asistente social, imagino que para que me quedara claro que la culpa de todo la había tenido mi madre, nadie más.

Harry durmió conmigo esa noche. Éramos niños, la señora Phelps no veía nada malo en ellos. «No estás sola. Seré tu familia para siempre», me prometió.

Familia, eso es lo que éramos de pequeños.

¿Cómo no iba a estar conmocionada al saber que aquel hombre al que yo deseaba tanto era Harrison Sheridan?

Llevaba tiempo buscándolo, tratando de encontrar a aquel amigo del alma que había sido para mí hasta que aquella pareja vino a buscarlo para llevárselo a un pueblo al norte del estado. No quería que se fuera, pero la señora Phelps me convenció para que no tratara de disuadirlo, que no fuera egoísta, pues para él era una gran oportunidad, así que me callé y lo animé. «Siempre seremos amigos. Nos escribiremos todas las semanas y en cuanto cumpla dieciocho años y pueda salir de aquí, nos iremos juntos a alguna parte». A él le gustó la idea. Lo prometimos. Lo juramos solemnemente... Pero nunca me llagaron sus cartas y lo odié.

Años después, cuando ya había huido del centro de acogida y vivía en las calles de Portland, me enteré de que Douglas había robado del buzón las cartas que Harrison me enviaba para que me olvidara de él. Ya era tarde. Ni Douglas recordaba la dirección desde la que me escribía, ni yo era ya la niña aquella que tallaba con él troncos de madera. Llevaba dos años en las calles trapicheando con drogas, viendo morir gente y utilizando a Douglas como

guardaespaldas.

Porque tras la muerte de mi madre, no he vuelto a cuidar de nadie, ni siquiera de mí misma.

Tolen y sus chicos, que eran de una banda rival, mataron a Douglas y yo hui a Nueva York por miedo y allí me encontré con Kirk, que se convirtió en mi nuevo protector durante un tiempo. Cuando me dio de lado, llamé a Patrick, al que había conocido la noche que entré a robar en su apartamento neoyorkino, y él me llevó hasta Toronto. Cuidó de mí, me educó, me obligó a estudiar y se aseguró de que nunca nada más me causara ni el más mínimo daño.

No volví a pensar en Harrison Sheridan durante esos años, hasta que el castillo de naipes que es mi día a día se derrumbó y mi psicoanalista me dijo que lo que me ocurría es que algo dentro de mí me estaba pidiendo que tomara las riendas de mi vida.

—Cierra los ojos y piensa a qué momento de tu pasado querrías regresar — me dijo la doctora.

La obedecí y las imágenes no tardaron en llegar: Harrison Sheridan y yo sentados en la enorme mesa de la sala en la que él pintaba y yo tallaba madera, en el centro de acogida. Ambos en silencio, el sol entrando por los enormes ventanales y, de fondo, aquel disco de Barry Manilow que a la señora Phelps tanto le gusta.

Ese fue el momento en el que Harrison Sheridan dejó de ser un hermoso recuerdo y se convirtió en una necesidad. ¿Qué habría sido de él? ¿Le iría bien la vida? Me había escrito durante mucho tiempo. ¿Qué diría en aquellas cartas? ¿Seguiría recordando nuestra promesa de ser hermanos para siempre? Quise encontrarlo, pero no contraté a un detective porque creo que no estaba preparada para ello. La versión oficial era que me parecía muy invasivo que alguien hurgara en la vida de Harrison. La realidad es que no creía que la mujer en la que me había convertido estuviera a la altura de la niña que había sido y me asustaba que él llegara a esa misma conclusión.

Pero ahora, Harrison estaba ahí mismo, al alcance de mi mano. Era

conocedor de mis miserias, de los secretos que había ocultado a todo el mundo, y era humillante. Tanto, que no sabía cómo mirarle a la cara sin morir de la vergüenza. Y después estaba aquel enfado, aquella furia... Aquel dolor sordo en la boca del estómago cuando pensaba en él, porque esa no era la manera en la que yo hubiera querido encontrarlo. Tampoco él era como yo esperaba que fuera. Mi amigo del alma, casi un hermano, era ahora un hombre que despertaba en mí un fuego desconocido.

Quería mantener las distancias al pensar en él, pero era complicado. Era Harrison Sherman. Y entonces caí en la cuenta: ¡por eso había sentido desde el primer instante aquella cercanía, aquella sensación de familiaridad nada más verlo! No conocía al hombre que tenía delante, pero en algunos aspectos que me pasaban desapercibidos, aún debía de mantener vivos algunos ecos del niño que fue y al que tanto había querido.

Capítulo 12

TODA LA VERDAD

Antes de tomar la decisión de hablar con él, tuve miles de dudas. ¿Por qué iba a creerlo, si sabía que era capaz de mentir muy bien? Quizás se había enterado de que yo buscaba a Harrison Sheridan y se hacía pasar por él, pero ¿con qué propósito? La asesina de los *gigolós* ya había sido capturada y Jack no tenía motivos para seguir fingiendo.

Jack... Aún lo llamaba Jack. ¿Y si realmente era Harrison Sheridan? Pero entonces, ¿por qué la reportera de televisión lo había llamado «detective Duncan»? No quería creerlo, aunque algo me decía que era cierto.

Recordé los rasgos de su cara y no reconocí al niño que había sido como un hermano para mí durante aquellos meses que pasamos juntos en el centro de acogida. Ese hombre y aquel muchacho solo se parecían en los ojos azules, pero supuse que eso era lógico, teniendo en cuenta la cantidad de años transcurridos.

Necesitaba respuestas y, además, llevaba mucho tiempo esperando encontrarme con Harrison Sheridan. Le di la dirección de mi apartamento en un escueto mensaje. A la hora señalada, llamó a la puerta.

—Hola, Val —me dijo, con voz ronca y creo que emocionada, en cuanto abrí.

Nadie nunca me llama Val. Nadie me lo había llamado, excepto Harrison Sheridan. Yo también estaba superada por las circunstancias, pero no quise

dejar que lo notara.

—Hola, Jack —respondí, negándome aún a reconocer en él a mi amigo del alma de la infancia—. Quiero que respondas a mis preguntas, solo eso, y que respetes que quiera dejar de hablar contigo en cualquier momento.

—De acuerdo.

Pasamos al interior del apartamento y le indiqué que se sentara en la mesa redonda que había en la sala de estar. Yo hice lo mismo, ubicándome frente a él. No dijo nada hasta que comencé a interrogarle.

—¿Cómo puedo saber que eres realmente Harrison Sheridan?

Se desabrochó la camisa blanca con decisión y me mostró la cicatriz en forma de triángulo que tenía en el hombro. Se la había hecho delante de mí, quemándose por accidente con el pico de la plancha. Recordé que yo había empezado a gritar como una loca y él, con la piel al rojo vivo, estaba más preocupado por calmarme que por que lo curaran.

¡Dios santo, era él! Me mordí el labio inferior porque había comenzado a temblarme. Él me miraba con cierta desesperación. Me llevé las manos a la cara para ocultarla durante un instante.

—Valentina... —murmuró. Hizo el ademán de levantarse para acercarse a mí y lo detuve con un gesto de la mano.

—¡No! —Creo que le chillé, pero no estoy segura—. Solo quiero que me respondas.

Volvió a sentarse.

—Pregunta todo lo que quieras.

—¿Cuándo te diste cuenta de quién era yo?

—Cuando vi el colgante con tu nombre... Antes de eso no tenía ni idea, te lo juro. Creía que estabas muerta, así que cuando la señora Waterham nos presentó, pensé que el hecho de que me recordaras con tus pecas a la pequeña Valentina era una simple casualidad.

—¿Por qué creías que estaba muerta? —le pregunté sorprendida.

Frunció el ceño y creí percibir dolor en su rostro, pero no sabía si podía

creerle.

—Cuando al fin pude ir a la casa de acogida de nuevo para verte, la señora Phelps me dijo que te habías escapado con Douglas y después él apareció muerto y a su lado había varios cuerpos calcinados. La policía dijo que había sido un conflicto de bandas y no se pudo identificar a las víctimas. Creímos que uno de esos cadáveres era el tuyo.

Enmudecí. En efecto, había sido un problema de bandas rivales que se peleaban por el territorio de la Calle Veintitrés Este. Uno de esos cadáveres podría haber sido el mío, si no me hubieran enviado a vender marihuana al dueño de un antro de mala muerte. Después de eso, me fui a Nueva York por miedo a que los chicos de Tolen quisieran acabar conmigo.

Lo último que deseaba en esos momentos era hacerle confesiones lacrimosas a aquel hombre que tenía ante mí, así que decidí seguir con mi investigación.

—En el Willow te enteraste de que era yo, pero eso no te impidió continuar fingiendo que eras un *gigoló*...

—No podía destapar la coartada... Lo hablé con mi superior y me prohibió hacerlo. Dabas el perfil, aun siendo Valentina Nuno, mi amiga de la infancia. Lo siento. Hubiera querido...

—¿¡Qué perfil!?! —No salía de mi asombro.

—Cuando dije quién eras, te siguieron al hotel. Tu vida es un misterio desde que desapareciste del centro de acogida hasta el día siguiente de cumplir dieciocho años, pero lo vivido con tu madre ya era suficiente para que tu perfil psicológico...

—¿De qué demonios estás hablando, Jack?

—No soy Jack —me recordó con tono calmado.

—Respóndeme.

—¿Tengo que contarte lo que ya sabes, Valentina?

—Lo que ya sé no, solo los detalles que os hicieron creer que yo podría ser una asesina en serie.

—Yo no lo creía, pero...

—Cuando alguien utiliza «pero», queda anulado todo lo que dice antes. «Te creo, pero...». Si hay un «pero», es que no me creías.

—Tu madre tenía trastorno bipolar y conductas obsesivo-compulsivas. Pasaba de entregarse con locura al primer hombre que le hacía caso a decir que iba a suicidarse cuando la abandonaban. En medio de todo aquel drama estabas siempre tú, una niña que ejercía de madre de su propia madre. Aquellos *gigolós* podían haber representado para ti...

Me levanté con brusquedad de la silla y me llevé las manos a la cabeza.

—¿Los policías que trabajaban contigo saben mi vida? ¿¡Les has hablado de mi madre!?! —grité desesperada.

Él también se levantó. Murmuró mi nombre e intentó abrazarme.

—No me toques —le grité de nuevo—. ¿Cómo te atreviste a hablarles de mi madre? ¡Te lo conté a ti en el más estricto secreto! ¿Cómo demonios te atreviste?

Me agarró fuerte por los hombros y me abrazó. Forcejeé para desembarazarme de él, pero no lo permitió.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —murmuraba—. Solo pido que te calmes y te soltaré. No puedo verte así y permanecer sentado.

Respiré hondo y tardé unos instantes en controlarme, entonces lo empujé con fuerza para alejarlo de mí. Lo señalé con el dedo.

—Me prometiste que jamás lo contarías. ¡Lo prometiste!

Pasó las manos por el pelo, desesperado.

—Lo sé, joder, ¿crees que no lo sé? ¿Piensas que para mí fue fácil? No te conozco, Valentina. Ya no. Aquella niña no hubiera sido capaz de hacerlo, pero desconocía la vida que habías llevado; no sabía qué podía haberte pasado, en qué persona te habías convertido y qué traumas arrastrabas. ¿Y si eras tú la asesina? ¿Y si, por no investigar a fondo, otro hombre fuera asesinado?

Mi cabeza entendía lo que él explicaba, pero mi corazón estaba

despellejado, en carne viva y sangrando. Nadie tenía derecho a hablar de mi madre y menos en los términos en los que él lo había hecho. ¡Nadie! Y ahora unos perfectos desconocidos sabían cosas de mí muy íntimas y dolorosas.

—Vete —dije secamente—. No puedo seguir escuchándote ahora.

—Valentina...

—¡Vete! —grité, desesperada.

Él respiró hondo y se dirigió a la puerta.

—Lo siento más de lo que nunca alcanzaré a expresar —me dijo, con las manos en los bolsillos y la mirada triste, pero yo no podía soportar su presencia en ese instante, aun sabiendo que Jack decía la verdad.

Jack no: Harrison.

Harrison Sheridan.

Anocheció mientras permanecía echada en la cama, sin encender la luz y con la mirada clavada en el techo. Mi antigua yo habría ido a refugiarse en Patrick y trataría de no pensar en aquel dolor. Se escondería en algún lugar hasta que pasara la tormenta y preferiría quedarse sin saber toda la verdad antes que preguntar sus dudas para no tener que enfrentarse al problema... Pero esa ya no era una opción.

El casero vino al apartamento para decirme que el joven que me había visitado aquella tarde acababa de estar allí para pedirle que me entregara un paquete. Lo miré unos segundos antes de abrirlo. Por el tamaño y porque, en el fondo, tal vez Harrison no había cambiado tanto en aquellos años, tuve la certeza de lo que contenía aquella caja de madera. La abrí con cuidado y comprobé que, efectivamente, me había enviado *Dugby Gut*, el cuadro de Maud Lewis que yo deseaba más que nada en el mundo y que él se había adelantado y había comprado en la galería Numminem. También había una nota. No era una disculpa, sino una promesa:

Nunca volveré a fallarte y jamás le faltaré de nuevo el respeto a la memoria de tu madre.

Si había tenido alguna duda al respecto, en ese momento se disipó: quería saberlo todo, aún tenía muchas preguntas sobre lo que había pasado entre nosotros. Podría soportarlo, dijera lo que dijese. Hablaría de nuevo con él. Pero de ahí a confiar en Harrison, había un abismo.

Lo llamé por teléfono a la mañana siguiente. Respondió con una voz extraña, como si tanteara mi humor.

—Hola, Valentina.

—Sé que ayer te dije que no podía seguir hablando. Cuando lo dije me sentía incapaz, pero aún tengo dudas. Hay cosas que no me encajan. Necesito saber...

—¿Quieres que vaya a verte?

Lo pensé un segundo, tratando de sopesar qué era lo mejor. No quería echarlo y, a buen seguro, la conversación me llevaría de nuevo a ese extremo. Sería mejor que yo misma fuera a verlo, así podría irme cuando quisiera y sería menos violento que decirle a él que se fuera.

—¿Me das tu dirección?

La apunté en un papel que encontré sobre la mesa y me extrañó que no se quedara en un hotel, sino en un apartamento.

—Es de uno de mis hermanos —me explicó, cuando se lo comenté.

No sabía que tenía otros hermanos, además de Chester. Lo desconocía casi todo sobre él desde que había abandonado el centro de acogida.

La dirección que me dio estaba a cuatro paradas de metro de mi apartamento. El edificio se encontraba cerca de un parque al que había ido a correr en alguna ocasión cuando Patrick y yo nos instalamos en la ciudad antes

de inaugurar la galería, cuatro años atrás.

Subí hasta el quinto piso y, cuando las puertas del ascensor se abrieron, me lo encontré apoyado en la pared de enfrente, esperándome. Tenía las manos metidas en los bolsillos de su vaquero desgastado y cara de preocupación.

—¿Cómo estás, Valentina?

Repetía mucho mi nombre y me recorría un escalofrío cada vez que salía de sus labios. De niños, solía llamarme Val. Yo a él, Harry. No dejábamos que nadie más usara nuestros diminutivos.

—Llena de preguntas, así es como estoy.

Entramos en el apartamento. Era pequeño, moderno, luminoso. Tenía pocos muebles y no parecía que allí viviera nadie, sino que estaban de paso, así que pensé que tal vez su hermano se había mudado a otra parte.

Me indicó que me sentara en la mesa de la sala y me preguntó si me apetecía tomar algo. No era mala idea emborracharse, la verdad, pero no me pareció apropiado hacer la broma, aunque el alcohol lo hubiera facilitado todo.

Se sentó frente a mí y entrelazó las manos sobre la mesa.

—¿Qué más quieres saber?

—Quiero empezar por el principio y tratar de discernir en qué momentos actuabas y en qué momentos eras tú.

Asintió y continué hablando.

—¿Nos encontramos por casualidad en la galería Numminem o me estabas siguiendo?

—Fue casual. Leí en el periódico que se exponían obras de Maud Lewis y que algunas estaban a la venta. Es una autora que me interesa mucho.

—¿Por qué compraste ese cuadro precisamente? ¿Te enteraste de algún modo de que yo lo quería?

—¡No! Es uno de los que más me gustan y el único que me podía permitir. Tenía un precio razonable.

—¿Eres coleccionista?

Me miró un instante antes de responder.

—No me gusta esa palabra —me explicó despacio—. Coleccionar tiene algo de infantil, de compulsivo, de vicio solitario. Yo no colecciono, rescato cuadros que, de otro modo, acabarían colgados donde nadie más que su dueño puede verlos. —Se interrumpió antes de darme el resto de la información—. Tengo una pequeña galería de rarezas en Portland a medias con uno de mis hermanos. Por un par de dólares, puedes entrar a verla.

No sé si mi cara reflejó el asombro, pero lo cierto es que estaba pasmada. Harrison tenía el mismo concepto del arte que tenía yo. Era patrimonio de la humanidad y debía estar al alcance de todos.

—¿Entonces por qué me regalaste el cuadro de Maud Lewis? ¿Es tu manera de pedir perdón?

—Es mi manera de mostrar mi arrepentimiento. Sé lo que tu madre significa para ti. No quería ofenderte ni ensuciar su memoria. Trataba de salvar vidas. El cuadro te recuerda a tu madre y debe ser tuyo, no mío.

—Te lo pagaré. —Él abrió la boca para decir algo, supongo que para negarse a que se lo pagara, pero lo interrumpí—. Insisto: acepto el cuadro, pero no gratis. Ponle un precio.

—De acuerdo.

No siguió peleando esa batalla y me alegré de ello. Quería pagárselo por dignidad, por justicia, y un hombre que entiende eso en vez de imponerse con un regalo que no quieres aceptar es un hombre que escucha y respeta las decisiones ajenas. Eso me gustó mucho. No sabía si era bueno que me gustara, pero no podía engañarme.

—Cuando me besaste en el aparcamiento del Daines... ¿era parte del trabajo?

—Eres muy guapa, Valentina. Claro que me gustabas, pero no te besé por eso. Era parte del trabajo. Lo siento. Sin embargo, cuando te estaba besando, me sorprendió la manera en la que te entregabas a aquel beso, toda la ternura que depositabas en él. Creo que fui rudo para borrar aquella sensación

extraña. Fue un beso demasiado íntimo para dos perfectos desconocidos y tú podías ser la asesina que estaba buscando.

—Sí, fue íntimo...

—Eres muy generosa en ese aspecto. Te entregas sin reservas, ardes como la lava y transmites esa emoción, esa intensidad, lo mezclas con gestos tiernos, con caricias que son íntimas. Hiciste que me sintiera especial. Sé lo que es un rollo de una noche y nunca con una desconocida me ocurrió algo igual. Entre nosotros...

—Lo sé, pero quizás se deba a que no somos desconocidos e inconscientemente reconocemos al otro en gestos. No sé. —Estábamos hablando a corazón abierto y no me arrepentía de ello, aunque sí estaba un poco asustada—. ¿Y aquella noche en el Willow?

—Nunca he fingido desearte. Nunca te he tocado sin querer hacerlo. En aquel baño sabía que no debía, pero el deseo era más fuerte que yo. Me vuelves loco. No te imaginas hasta qué punto.

No quería que la conversación tomara ese camino.

—No me refiero al sexo, sino a qué estabas haciendo en el Willow.

Se enderezó en su silla.

—Ahí me pillaste en plena faena. La detective Warren y yo estábamos estudiando el terreno. La asesina había matado a uno de los *gigolós* en los baños del bar en el que habían quedado para tomar una copa. Pensamos que podía repetir su *modus operandi*. Cuando entraste en el baño, se activó un dispositivo de urgencia. Creíamos que eras tú. Entré en ese baño creyendo que iba a tener que defenderme... Y entonces vi tu colgante y todo comenzó a cuadrar, porque desde el minuto uno tus pecas me trajeron de cabeza, Val. Nunca he podido ver a una mujer pecosa sin preguntarme si tú te hubieras parecido a ella al crecer. Creía que estabas muerta y... —Tragó saliva—. No dejaba de pensar que la pequeña Valentina se habría parecido mucho a ti. Algo me lo decía. Algo... Vi el colgante y...

Nos quedamos en silencio unos instantes.

—¿Qué sentiste? —Necesitaba saberlo.

Sonrió.

—La verdad no me va a dejar muy bien parado. Sentí ganas de llorar. Y de gritar, de abrazarte. No sé... ¿Qué sentiste tú cuando supiste que yo era Harrison Sheridan?

Me encogí de hombros.

—No me lo creía, pero después... —Lo miré, sopesando si debía ser sincera—. Llevo un tiempo buscándote, ¿sabes?

Abrió mucho los ojos.

—¿En serio?

—En serio. Siempre pensé que serías pintor y preguntaba a otros marchantes si conocían a alguien que tuviera obras de Harrison Sheridan, pero nadie sabía de ti.

Negó con la cabeza. Su gesto era triste.

—Pues ya ves, soy policía, no pintor, y cambié el apellido de mi padre por el de mi familia adoptiva. Harrison Duncan. En realidad, ellos no se apellidan Duncan, pero ese era el nombre de un hijo que se les murió y así se llama su hogar de acogida.

Recordé sus manos manchadas de pintura el día que me lo encontré en la galería Numminem.

—Pero sigues pintando.

—Sí. —Me miró con una sonrisa—. Tengo miles de retratos tuyos, por cierto. Temía olvidar tu cara si dejaba de dibujarte.

—¿Recuerdas aquel retrato a carboncillo que me hiciste a los diez años? — Estaba segura de que se acordaba.

—Claro, fue el primero.

—Fue lo único que me llevé cuando hui del centro de acogida, eso y mi documentación. Lo enmarqué y lo tengo en mi habitación.

—¿¡En serio!?! Quizás deberías ver los nuevos. Te gustarán más.

—Imposible. Ese es especial. Era lo único tuyo que tuve durante estos años.

Sonrió. Su rostro se iluminaba cuando lo hacía. Sus ojos eran brillantes y me observaban, emocionados. Estiró los brazos sobre la mesa para cubrir mis manos con las suyas. No se lo impedí.

—Éramos como hermanos —comencé a decir, con la voz estrangulada. Él asintió—. No me acostumbro a desearte ahora de esta manera. No es lo que pensé que ocurriría cuando te buscaba. Quería encontrar a mi amigo del alma de la infancia, pero... No dejo de pensar en ti, Harry.

Cuando escuchó que lo llamaba Harry se sorprendió. Imagino que como cuando él me llamaba Val.

—Yo tampoco dejo de pensar en ti. Ni un segundo. —Apretó mis manos con las suyas—. Estar contigo es como volver a casa después de deambular perdido, Val.

—Pero no es buen momento para mí. —Quise aclarar esto, porque realmente debía poner en orden mi vida.

—Esperaré a que lo sea.

—Pero al mismo tiempo... —Me levanté de la silla.

—¿Al mismo tiempo qué, pecosa?

Se levantó y se acercó a mí. Lo miré. Repasé cada rasgo de su rostro antes de responder. Sus ojos azul cobalto. Su piel morena. Su boca firme. Su nariz, ligeramente aguileña. Observé la tensión de los músculos de su cuello. Su gesto tierno mientras me observaba. Su paciencia al esperar que respondiera cuando estuviera preparada para ello.

—Al mismo tiempo... —repetí, casi sin aliento y sin poder terminar la frase.

Entonces me puse de puntillas, lo sujeté por la camiseta y tiré de él para que su rostro se acercara al mío. Hubo un segundo antes del beso en que me pregunté qué narices estaba haciendo, pero después, cuando su boca y la mía se unieron, ya no me pregunté nada, ni pensé en nada más que en aquel fuego que me quemaba la piel y el corazón cuando él me tocaba.

Se apartó un segundo.

—¿Y tu marido? —me preguntó, sin aliento.

—Es como un padre para mí... Y gay, por si no te has dado cuenta. Nos casamos para que su familia lo dejara en paz, pero nunca ha habido nada entre nosotros.

—Me alegra mucho oír eso —dijo justo antes de volver a besarme.

Capítulo 13

TRAUMAS

David Bowie, en su canción *Cat People*, dice: «He estado apagando el fuego con gasolina». Esa es la definición exacta de lo que Harry es para mí. Mi cuerpo era fuego, y él, mi gasolina. Nos besamos con una necesidad adolescente, lo abracé entre jadeos y con un nudo en el estómago por la emoción.

—No quiero engañarte, Harry —logré balbucear—. Mañana me arrepentiré de esto, estoy segura. Te diré que quiero que seamos amigos. Tú te sentirás ofendido. «¿Amigos después de lo de anoche?», me preguntarás, enfadado... Y lo habré estropeado todo.

Se separó un poco de mí para mirarme.

—¿Esta es tu manera de boicotear una relación antes de que empiece? No sé cómo nos irá en lo demás, pero en el sexo nos ha ido bien, ¿no es cierto?

Negué con la cabeza, me mordí el labio y retrocedí varios pasos.

—No quiero hablar de eso.

Deseaba borrar de mi cabeza esa idea obsesiva de que me había corrido con él porque era especial. Si lo consideraba «el único hombre con el que podía correrme», mi enganche sería como el que mi madre tenía con todos aquellos payasos a los que creía tan especiales.

—Perfecto, pues no hablaremos de eso, pero me gustaría conocerte y que me conocieras, tener esa oportunidad. Como amigo vas a tenerme siempre, eso

puedo asegurártelo en este mismo instante, pero si hay algo más, y te aseguro que por mi parte lo hay, me gustaría que averiguáramos hacia dónde nos conduce.

Puse mi mano sobre su pecho y dije algo que me había estado rondando la cabeza desde hacía bastante tiempo.

—Yo vivo en Vancouver, y tú, en Portland. ¿A dónde crees que nos conduce esto?

Me miró sin comprender, como si no le pareciera que la distancia era algo a tener en cuenta en una relación.

—Estamos a una hora y cuarto de avión. ¿Esa es tu excusa? Prefiero que me digas que no quieres y...

—¡No es eso! ¿Sabes lo que no quiero? Colgarme de un hombre y creer que él es la solución a todos mis problemas. Necesito vivir sola, mantener un trabajo, pagar un alquiler, solucionar mis pequeñas miserias... Necesito sentirme libre, independiente y dueña de mí para empezar a conocer a alguien. ¿Puedes entenderlo?

—Por supuesto. ¿Y eso qué significa? —Me miraba muy serio, decidido.

—No te entiendo.

—El que no te entiende soy yo. Comprendo que no quieras una relación estable ahora mismo. No pretendo que me cuentes cada cosa que haces. No voy a solucionarte la vida, ¿quién te crees que soy? Pero te deseo y quiero con locura a aquella niña que fuiste así que, por extensión, te quiero a ti también.

—Esto último lo dijo bajando ligeramente el tono de voz—. No pretendo ser tu pareja ya mismo, solo quiero que pasemos el rato juntos y lo que surja, por mí está bien, pero si quieres romper definitivamente toda relación conmigo, necesito que me lo digas. No soy adivino.

—Ya...

—No voy a montarte escándalos si decides no acostarte conmigo, Val. Tampoco si lo haces y te cansas y prefieres que solo seamos amigos. Soy un hombre adulto, joder. Sé encajar los rechazos sin amargarle la vida a nadie y

sin regodearme en mis penas.

Sonreí.

—¿Eso significa que, si hoy me acuesto contigo, mañana no asumirás que voy a volver a hacerlo, Harry?

—Exacto.

—¿Y si no quiero acostarme contigo nunca?

—No pasa nada. En estos momentos me jode muchísimo, porque te deseo, pero si quieres que te vea como a una amiga, lo haré. Me llevará un tiempo, pero lo haré. Lo único que necesito es que me digas lo que quieres.

Me sorprendí.

—¿Podrías verme solo como una amiga?

—Por supuesto. No voy a empecinarme en algo que no puede ser. Se me pasará. —Hizo una extraña mueca con la boca al pronunciar esas palabras—. Aún no estoy enamorado hasta las trancas de ti. No te preocupes por eso.

El hecho de que se le fuera a pasar hizo que el estómago me diera un vuelco. Imaginar que dejaba de desearme y de querer estar conmigo y que toda esa pasión acabara dirigida hacia otra mujer me dolió.

—Es que no quiero que se te pase, Harry —murmuré, dando un paso hacia él.

—Ya lo sé, cariño —me acarició la mejilla—, pero no se puede tener todo y yo no soy el perrito faldero de nadie. Si quieres estar conmigo, me implicaré en la relación al cien por cien. Si solo deseas sexo, está bien. Si me dices que no quieres nada más que una amistad, no sufriré más de lo estrictamente necesario.

—No me gusta escuchar eso. Sé que es egoísta, pero estoy siendo sincera contigo.

—Lo sé, Val. Es tu mecanismo de defensa. Necesitas el amor incondicional de hombres a los que no amas para sentir que controlas la situación, pero no entraré en ese juego.

Me quedé helada. Aquella radiografía de mis miserias era más de lo que

podía soportar.

—¿Has llegado a esa conclusión tras observarme mientras estabas infiltrado como *gigoló*?

—No somos tan complejos como queremos creer. Es fácil adivinar lo que ocurre. Tu madre amaba con generosidad y desmesura y no obtenía nada a cambio. Te dijo mil veces que nunca entregaras tu corazón a ningún hombre y ahí estás, blindándote al amor para no sufrir lo que ella sufrió, ¿pero sabes qué? Una vida si amor no sé si puede llamarse vida.

Agarré mi bolso y le dije, a modo de disculpa, que debía irme. Metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Me gustaría saber, Harry, si te has estudiado tan a fondo a ti mismo como lo has hecho conmigo. Quisiera saber si te has planteado seriamente por qué eres policía en vez de haberte dedicado a la pintura. Puede que tú también seas un cobarde, porque vivir no solo consiste en amar, sino en perseguir lo que nos hace felices. La verdadera pregunta es esta: ¿por qué no eres pintor? ¿Tanto miedo tienes a no tener el mismo talento que tu padre o es que temes acabar como él, loco y solo y fallándole a las personas que te rodean y más te necesitan? Tienes razón. No amé a los hombres que me amaron, pero fue porque no pude o no supe. Jamás en toda mi vida he jugado con los sentimientos de nadie a propósito.

No quise escuchar la respuesta. Salí por la puerta y esperé a llegar a casa para llorar. Agradecí que, a la mañana siguiente, una llamada de Patrick me despertara cuando aún no eran las ocho, pues me sacó de una pesadilla en la que Harry me perseguía reprochándome todas las cobardías de mi vida pasada.

—¿Trabajas hoy? —me preguntó Patrick con nerviosismo.

—¡Es sábado! No, no trabajo —le dije, ahogando un bostezo.

—Pues prepara una maleta. Te recogerá un coche en hora y media y te llevará al aeropuerto. Te vienes a Toronto.

Ni siquiera sabía que él estaba allí. Me dijo que había llegado la tarde

anterior.

—¿Por qué?

—Lulú se está muriendo.

Enmudecí. No sabía qué decirle, más allá de que lo sentía muchísimo.

Lulú era la abuela de Patrick y la razón por la que él y yo estábamos casados. No quería causarle daño diciéndole que era homosexual. La historia era mucho más larga y compleja que eso, pero para abreviar: nos habíamos casado para que Lulú fuera feliz y también, tal y como me confesó Patrick tiempo después del matrimonio, porque si le pasaba algo a él, quería que yo fuese su heredera y no sus hermanas, que se abalanzarían sobre mí como hienas si me dejaba la herencia sin que ningún parentesco nos uniera. «Te llevarían a juicio y alegarían que me manipulaste, pero estoy sano y aún soy joven. Podemos llevar varios años casados cuando al fin heredes y, tras ese tiempo, no podrán alegar que me manipulaste».

Lulú (o lo que es lo mismo, Lorraine Pennymore-Blackwood), vivía en un elegantísimo apartamento que ocupaba toda la tercera planta de un edificio histórico del centro de Toronto, muy cercano al famoso Gooderham Building. Desde las ventanas de su exquisito salón estilo imperio podía verse el mural *Flatiron* que Derek Michael Besant había pintado en la parte de atrás de dicha edificación.

Cuando vivía en Toronto y ella aún estaba bien, solíamos pasear juntas tres tardes por semana por el parque Berczy y me empapaba de sus historias de juventud. Había sido una auténtica beldad, la única hija de un banquero muy acaudalado, y decenas de jóvenes venían a la ciudad para verla y comprobar si era tan bella como reflejaban los retratos que un buen número de artistas habían hecho de ella y que se exhibían en las casas de sus parientes, en Ottawa, Montreal, Calgary y Winnipeg. «Pero todos se empequeñecían tras

una conversación insignificante, querida Valentina, porque no sabían seguirme el ritmo... Hasta que apareció el imponente señor Blackwood, con su traje negro hecho a medida y su indolencia ante las estupideces de la gente. Era el hombre más inteligente que había conocido y, por ende, el más apuesto. Nunca he sido capaz de separar ambas cosas», me contó una vez.

Quería muchísimo a Lulú, y que el Alzheimer empezara a manifestarse nos destrozó a todos. De eso hacía ya casi cuatro años. Cuando Patrick me llamó aquella mañana, hacía ya varios meses que se habían retirado los espejos de la casa porque al verse reflejada no se reconocía y la asustaba que una extraña se le acercara tanto y la mirara fijamente. Creía que su hija Lydia, que se había trasladado al apartamento para cuidarla, era una dama de compañía y que Patrick y yo, que relevábamos a Lydia tres noches por semana, éramos unos queridos amigos de su padre, el banquero. Las demás hijas y nietos no existían para ella.

Llegué a tiempo para darle el último beso. Murió a las ocho de la tarde de ese mismo día, rodeada de todos los que la habían querido. El funeral fue multitudinario y nos dejó agotados. Tras el entierro, dormimos en el apartamento de Lulú. Lydia había decidido volver a su casa.

Patrick se sirvió un coñac, pero Jason y yo preferimos un vino tinto. Se sentaron juntos, en un silloncito coqueto que había cerca de la chimenea. Se abrazaron durante un buen rato. Me gustaba verlos así, queriéndose, apoyándose, pero no pude evitar compadecerme de mí misma y pensar en Harry.

—Creo que deberíamos divorciarnos —dije a quemarropa.

Ambos me miraron con extrañeza.

—¿Por qué? —Patrick no lo comprendía—. No solo me casé contigo por Lulú. Quiero que heredes todo lo mío. Eres mi hija.

Me tapé la cara con las manos y me puse a llorar. No sé durante cuánto tiempo estuve así, sin poder controlar los sollozos. Ellos me rodearon, me abrazaron en silencio. No sé si se debía a la pena por la muerte de Lulú, a

todo lo que me estaba ocurriendo con Harry o al hecho de sentirme tan agradecida porque Patrick hubiera aparecido en mi vida y me hubiera dado un futuro, una familia y un amor fuerte como una roca que me hizo sentir segura y protegida como nunca en mi vida.

—¿Qué te pasa, bebé? —me preguntó Jason muy preocupado.

Dios mío, cómo lo quería a él también. Yo había tenido suerte al encontrar a Patrick, pero también Patrick era afortunado por encontrarse con ese ser maravilloso que tenía por pareja, un sueño sensible que había llegado a nuestras vidas para hacernos más felices, para ser siempre el punto positivo en cualquier crisis.

—Necesito ser libre. Vivir sin red. Si sigo casada contigo, no avanzaré. Continuaré siendo siempre la pequeña Valentina, aquella niña que buscó desesperadamente ser cuidada por alguien porque ella no sabía cuidarse sola ni cuidar a nadie.

—¿Qué diablos estás diciendo? —Patrick frunció el ceño.

—Sé que la muerte de mi madre no es culpa mía. Mi cabeza lo sabe. Solo era una niña... Y, sin embargo, no logro deshacerme de esta sensación de haberle fallado. No tenía a nadie, salvo a mí... ¿Y dónde estaba yo cuando la atropellaron? —Gimoteé—. ¿Sabéis qué sentí cuando supe que había muerto?

Los dos me miraban estupefactos, sin atreverse a decir ni una palabra.

—En medio del dolor y el miedo, sentí alivio. ¡Alivio! —Grité—. ¿Puede una hija ser más miserable que yo? Pensé que ya nunca volvería a sentir esa angustia de no saber cómo estaba y dónde estaba. Ya nunca temería que ocurriera lo peor, porque lo peor ya había ocurrido.

Fui levantando la voz poco a poco hasta gritar desesperaba.

Patrick me tomó por los hombros y me sacudió, como si quisiera hacerme callar o que despertara de esa especie de trance en el que estaba.

—Calla, te lo ruego. Lo que dices es una locura. Nadie hubiera podido hacer más de lo que tú hiciste. Lo que sentiste es normal, amor mío. ¡Normal! Una niña no podía aguantar toda esa presión. Ni siquiera la mayoría de los

adultos pueden hacerlo.

Jason nos interrumpió con su tono conciliador de siempre.

—No la mandes callar, Patrick. Déjala que lo vomite todo. Lleva guardándolo demasiado tiempo y se le está enquistando dentro. —Se dirigió entonces a mí—. Habla, cariño mío. Dínoslo todo. Poco importa que la razón nos diga que algo no es culpa nuestra si en el fondo de nuestro corazón nos culpamos por ello y nos castigamos con crueldad.

—No hay nada más que decir —balbuceé.

—Eres perfectamente capaz de cuidarte sola y de cuidar a cualquiera, y si para que te lo creas necesitas el divorcio, mañana mismo hablaremos con un abogado. Nunca quise hacerte sentir inútil, Valentina. Te cuidaba y te protegía porque no podía soportar que nada ni nadie te dañara de nuevo. Ya habías sufrido demasiado.

Patrick me miraba con desesperación.

—Lo sé. ¡Por supuesto que lo sé! Me refugié en ti todos estos años para no enfrentarme al mundo, pero necesito hacerlo. ¡Debo hacerlo!

Patrick y Jason asintieron. Cada uno me estaba agarrando de una mano. Aquellos dos hombres extraordinarios eran para mí como un padre y un hermano. Pensé entonces en otro hombre extraordinario que no quería que desapareciera de mi vida: Harry.

—Tengo que hablar con vosotros y necesito que no me juzgues, Patrick. —Lo nombré a él porque sabía que Jason no me juzgaría—. Creo que me estoy enamorando y estoy hecha un lío. No quiero que me solucionéis la vida, ¿vale?, solo que me escuchéis. Por favor.

—¡Claro! —me dijeron los dos al mismo tiempo.

Fue en ese momento cuando comencé a hablarles de Harrison Sheridan sin omitir nada, ni siquiera la agencia de acompañantes Waterham's.

Capítulo 14

BORRÓN Y CUENTA NUEVA

Habían pasado casi dos semanas desde que me marchara a Toronto y en ese tiempo no tuve noticias de Harry. Imaginé que habría regresado a Oregón y no sabía ni cómo sentirme al respecto. Estaba bloqueada. No quería dar mi brazo a torcer, a pesar de que el propio Harry me había enviado un mensaje, al día siguiente de nuestra discusión, que yo no me había molestado en responder.

Harry:

No estoy enfadado. Sé que tú sí. Cuando quieras hablar, aquí estaré.

Ya no era el enfado lo que me mantenía muda para él, sino la sensación de que lo había decepcionado.

Pasaban los días y él no me escribía. No iba a volver a hacerlo porque ya lo había hecho, ya me había mandado aquel mensaje. La pelota estaba en mi tejado. Me correspondía a mí responderle.

Valentina:

Siento que el enfado me durara tanto.

Le escribí al fin, dos semanas más tarde. Creo que lo que me animó a hacerlo es que justo ese día era el aniversario de la muerte de mi madre y siempre es un día muy triste para mí.

Tardó casi una hora en ver el mensaje y responderlo.

Harry:

Yo también lo siento.

Esperé, pero no escribió nada más y no sabía cómo continuar aquella conversación.

Valentina:

¿Ya estás en Portland?

Harry:

No.

Suspiré al leerlo. Aún no se había ido... Aún estaba en Vancouver.

Valentina:

¿Puedo llamarte?

Tardó un poco en responder.

Harry:

Sí.

Mi mano temblaba mientras esperaba que Harry respondiera. Su voz sonó ronca al otro lado del teléfono.

—Hola. —Escueto, seco, así me respondió.

—Hola... —No sabía qué más decirle—. ¿Qué tal estás?

—Bien, ¿tú?

No me lo iba a poner fácil. Decía que no estaba enfadado, pero sí lo estaba.

—¿Cómo es que sigues en Vancouver?

—Pedí unos días de mis vacaciones para estar más tiempo aquí —me respondió de manera seca—, pero regreso pasado mañana. No tiene sentido seguir en la ciudad.

Sentí un nudo en la garganta, aunque era lo mejor. Si estaba lejos, sería más fácil para mí centrarme en mi vida.

—Te echaré de menos —le dije.

No respondió.

Silencio... ¿Y qué decir entonces?

—Me gustaría verte antes de que te vayas, Harry.

—Vale.

Resoplé. No podía más...

—Dijiste que no estabas enfadado, pero sí lo estás.

—No, no, Val... Cuando te dije que no estaba enfadado, era cierto. A la mañana siguiente de tu estampida no lo estaba. Dos semanas más tarde sí lo estoy. De hecho, hago verdaderos esfuerzos por estar tranquilo. ¿Es así como te comportas cuando te dicen algo que no te gusta? Lo que te dije es cierto. Lo que me dijiste a mí, también. Somos un par de cobardes y podemos aceptarlo y tratar de cambiar o enfurruñarnos como niños. Tú hiciste lo segundo.

—Murió la abuela de Patrick. Estuve en Toronto, en el funeral, y me tomé esos días para pensar. Debí decirte algo, pero estaba demasiado enfadada.

—No entiendo por qué desapareces del mapa si algo no te gusta, pero supongo que eres así y punto. No hay nada que entender, solo aceptarlo.

Sonaba a sentencia inamovible. Yo era así y no le gustaba.

—¿Qué pasa, Harry? Ahora que me conoces más a fondo ya no te parezco tan maravillosa, ¿verdad? Soy mejor cuando me idealizas. Este saco de dudas que soy ahora mismo no es muy atractivo, lo sé.

—¡Me cago en la puta! —gruñó, justo antes de cortar la llamada.

—¿Harry? —pregunté, incapaz de creer que él me hubiese colgado.

Miré el teléfono como una imbécil, como si el aparato tuviera la respuesta a esa manera de comportarse. Lo tiré sobre los cojines del sofá y después me dejé caer. Tenía ganas de llorar, pero no iba a hacerlo.

Media hora más tarde, alguien llamaba a la puerta de mi apartamento con tal insistencia que me extrañó que no hubiera quemado el timbre. Miré por la

mirilla y vi a Harry. Le abrí un poco asustada. Tenía la cara desencajada. Nunca lo había visto así.

—¡Me cago en la puta! —repitió lo último que me dijo antes de colgarme el teléfono—. ¿Tratas de culparme de algo?

—¡No! —exclamé, sin entender aquel enfado.

—Yo creo que sí. No solo no asumes tu parte de culpa, sino que la vuelcas toda en mí: que no te entiendo, que prefiero idealizarte antes que aceptarte tal y como eres... ¡Qué malo soy!

—No, Harry, yo...

—¿Tú qué? Dime, Val, ¿qué? —respiró hondo para tratar de calmarse—. ¿Cómo crees que me siento yo? Durante años creí que estabas muerta y de pronto apareces en mi vida para volver a desaparecer a la mínima de cambio, en cuanto algo no te gusta. Llevo dos semanas creyendo que no querrías volver a verme, joder, tragándome todo esto porque no quería ser pesado, no quería molestarte. No me respondías y debía respetar que no querías hablar. ¡Claro que me arrepiento de lo que te dije, por más que sea la verdad! No te conozco lo suficiente. No sabía que iba a hacerte daño. Quise abrirte los ojos, ayudarte y resultó ser al revés, ¿pero me merecía esto, Val? Dos semanas sin saber de ti, joder. ¡Dos putas semanas! Me estaba volviendo loco...

—No sabía qué decirte. No me gusta lo que siento cuando me miras como aquel día... O como hoy.

—¿Y cómo te miro?

—Decepcionado, como si no pudieras creer que aquella niña llena de posibilidades pudiera convertirse en esta adulta llena de... No sé...

Se pasó las manos por el pelo, tratando de calmarse.

—¿Qué es esto? ¿Tratas de que te regale los oídos diciéndote lo maravillosa que eres o de verdad te crees eso que me estás diciendo?

Negué con la cabeza e hice lo más humillante de todo: me puse a llorar. Harry me miró fijamente durante un segundo, mientras yo me daba la vuelta tratando de ocultar todo aquel infantilismo y toda aquella debilidad.

Se puso frente a mí de nuevo.

—No llores por esto. Es una tontería mía, vamos.

Trataba de mantenerse frío y le estaba costando, era evidente.

—No es por esto, es por muchas cosas más.

No era mi mejor día del año. El aniversario de la muerte de mi madre nunca lo es.

—Vamos, no llores. —Parecía impaciente. Se me acercó, me levantó la barbilla y me miró. Yo también lo miré mientras me acariciaba el rostro—. Aprenderé a hacer las cosas mejor, a decirte las verdades sin hacerte daño. Te lo juro. Estaré a la altura del niño que fui, pero no llores. Por favor.

—Yo también estaré a la altura de aquella niña. No volveré a huir de ti ni a esconderme. Te diré las cosas que no me gustan sin echar a correr.

Él asintió.

—Seremos amigos del alma, los mejores. Ya lo fuimos una vez —murmuró, pero los ojos lo traicionaron y se clavaron en mi boca.

Entreabrí los labios, invitándolo de manera inconsciente, y hundí mis dedos en su pelo. Frunció el ceño.

—No voy a quedarme en Vancouver —me dijo, avisándome.

—Lo sé —respondí.

—Regresaré a Portland. Ni tú estás preparada para una relación, ni yo lo estoy para la montaña rusa que supone entablar contigo algo que vaya más allá de la amistad.

—Lo sé.

La respiración se nos aceleró a los dos. Nos acercamos un poco más.

—Debemos construir una amistad, Val. Joder, debemos hacer las cosas bien. No quiero perderte otra vez. Aunque nos acostemos ahora... No debemos dejar que nada se interponga, ni el sexo, ni nada. Eres demasiado importante para mí.

Asentí.

—Tendremos esta noche y, después, borrón y cuenta nueva. —Le acaricié el

pecho por encima de la camiseta.

—Necesitamos tener esta noche, ¿verdad? —preguntó con aquella preocupación en la mirada.

—Yo lo necesito, Harry. No sé tú.

—Dios, yo también...

Me alzó del suelo. Me abracé con las piernas a su cintura y lo besé en los labios con suavidad.

—Todo recto por el pasillo. La puerta del fondo —le dije.

Caminó hacia allí conmigo en brazos y no me soltó hasta que llegados al dormitorio. Iba a acercarme a él cuando, sin contar con ello, me dio la vuelta y me vi contra la pared. Es cierto que llevaba un vestido con botones en la espalda, pero me vi en la obligación de aclararle que no hacía falta desabrocharlo.

—El vestido es flojo, Harry. Puedes quitármelo por la cabeza.

—Eso perdería toda la gracia —murmuró en mi oído. Después me dio un beso en la nuca. Sus dedos hábiles fueron desabotonando toda la espalda—. No solo tienes pecas en la cara. Las tienes por todas partes. Me encanta.

Iba a responderle algo, pero ahogué un gemido en cuanto noté que el vestido caía a mis pies y que él se deshacía de mi sujetador. Me pellizcó los pezones, me mordisqueó el hombro derecho y se pegó mucho contra mi cuerpo, de manera que sentí su erección contra las nalgas.

—Déjame que me dé la vuelta —le pedí.

—Aún no.

La mano que me pellizcaba los pezones descendió hasta meterse dentro de mis bragas para comprobar lo húmeda que estaba. Me introdujo un dedo y mi cuerpo, involuntariamente, se movió. Rocé su erección haciéndolo gemir.

—Sé que estás a punto de correrte, Val —ronroneó, de manera casi inaudible debido a mis gemidos.

Pero no quería correrme tan pronto.

—Es hora de que yo tome el control —le dije, apartándolo con brusquedad,

tomándolo por sorpresa.

Me di media vuelta y lo enfrenté. Respiraba con dificultad, lo cual se hizo más evidente cuando empecé a desabrocharle el cinturón y a bajarle los pantalones. Se quitó los zapatos con prisas y también la camiseta. En unos pocos segundos, lo tenía desnudo delante de mí. Yo solo estaba cubierta por unas braguitas diminutas de color coral.

Observé su extraordinario cuerpo. Cuando lo conocí, creí que sus músculos se debían a la necesidad de mantener un cuerpo atractivo para las clientas. Ahora sabía que era el entrenamiento como policía el que lo mantenía así.

—Qué guapo eres, Harry. —Adelanté la mano para acariciarle despacio el abdomen.

—Tú sí que eres preciosa. Ven aquí.

Me agarró por el cuello y tiró de mí hasta que nuestras bocas chocaron y se besaron con desesperación.

Me puse de rodillas. Me miró con una sonrisa.

—¿Qué pretendes? —preguntó con tono burlón.

—Hacer que te olvides hasta de cómo te llamas —le advertí, justo antes de comenzar a hacerle una felación.

—¡Joder! —exclamó—. Joder, joder... Val...

Empecé a notarlo tenso. Creí que iba a correrse, pero me apartó de él, me agarró por las axilas y me tumbó sobre la cama. Se puso encima de mí con rapidez y noté que estaba a punto de penetrarme.

—¿Los condones? —me preguntó.

Señalé la mesilla de noche y él sacó uno del cajón superior. Se lo colocó con rapidez y en segundos volvía a tenerlo encima de mí, observándome con su mirada de fuego.

—Nuestra primera vez, pecosa —murmuró, justo antes de entrar en mí con un golpe seco y profundo.

«Y la última», pensé con tristeza, pero aparté el pensamiento de mi cabeza y me concentré en el placer. Abrí los ojos y vi el modo en el que Harry me

miraba. Lo acerqué a mí para besarlo.

—Dios... —le dije, cuando empezaba a notar que era demasiado intenso. Quería que durase un poco más, así que cambié de postura y me puse encima. Él clavó los dedos en mis nalgas para penetrarme más profundamente.

—Voy a correrme —le dije, mirándolo con intensidad para que nunca se me olvidara su rostro en aquel instante.

—Lo sé... —Apretó los dientes cuando sintió los espasmos de mi orgasmo. A continuación, él también se abandonó al placer.

Nos tumbamos en la cama, de lado, mirándonos.

—Ha sido increíble —me dijo.

Asentí y me arrimé a él para depositar un pequeño beso sobre su boca. Luego no volvimos a hablar y acabamos por dormirnos. Me despertó un par de horas más tarde besándome por todas partes, acariciándome, haciéndome arder, aunque estaba aún medio dormida. Se movía muy despacio, con suavidad. Antes de darme cuenta, me penetraba. Era todo tan delicado, tan lento, tan consciente... Sabía que Harry pensaba lo mismo que yo: era nuestra única noche. La única.

Gemíamos. Nos mirábamos. Sonreíamos. Nos corrimos sin hacer demasiado ruido, con un nudo en la garganta. Llenos de emoción. Y volvimos a dormirnos. A la mañana siguiente, cuando nos despertamos y nos miramos a los ojos, ambos nos sentimos extraños.

—¿Todo bien? —Quería estar seguro de cómo me encontraba.

—Sí, bien.

—¿Borrón y cuenta nueva, entonces?

Me mordí el labio.

—Sí.

Asintió. Por su rostro cruzó una emoción extraña. Buscó los calzoncillos y, después de ponérselos, se levantó de la cama.

—Voy a darme una ducha.

Y desapareció dentro del baño. Hundí la cabeza en la almohada para que no

me escuchara y sollocé. Aquello era lo mejor. Sabía que lo era. Debía centrarme en mí. Pero dolía. Me destrozaba el corazón.

El timbre de la puerta me asustó. Me puse la bata de prisa y fui a abrir, creyendo que se trataba del casero. ¿Quién podía ser, si no?

Me equivocaba: eran Patrick y Jason. Habían venido a verme para que no pasara sola el aniversario de la muerte de mi madre, pero un fallo técnico en el avión hizo que llegaran con doce horas de retraso.

Capítulo 15

INDEPENDENCIA

—¡Sorpresa! —exclamó Jason, con una pose teatral.

Y tanto que era una sorpresa. Contuve la respiración mientras pasaban al interior del apartamento. De fondo se escuchó el ruido de la ducha durante unos segundos más y después, en cuanto Patrick tomó asiento en el sofá, Harry apareció por la puerta cubierto solo por una toalla, descalzo, con el pelo húmedo goteando sobre sus increíbles hombros y pectorales. Como un digno hijo de Poseidón. No exagero si digo que las tres personas que estábamos en aquella sala nos quedamos sin respiración al verlo y el pulso se nos aceleró.

—¿Quieres que salgamos a desayunar? —preguntó. Solo después se dio cuenta de que no estábamos solos. Miró a los dos hombres que había sentados en mi sofá y respiró hondo.

—Vaya, vaya... El guaperas —dijo Patrick, con cierto retintín.

—Vaya, vaya... El marido —respondió Harry con el mismo tono y sin dejar de mirarlo fijamente.

Jason saltó de su asiento como una liebre para estrecharle la mano de manera entusiasta.

—Yo soy el novio del marido. Encantadísimo de conocerte, guapo.

Harry lo miró un instante y se le suavizó el gesto. Supe que le había caído bien. No podía ser de otra manera. Sin embargo, el encontronazo con Patrick en el almacén durante la fiesta de clausura de la galería no iba a ser fácil de

olvidar.

—¿Por qué no vamos todos a desayunar y de paso nos conocemos? — propuso Patrick.

Se me erizó el pelo de la nuca. Aquello no pintaba bien. Por algún motivo, Patrick estaba en pie de guerra contra Harry.

—Creo que sería mejor que encargáramos el desayuno —intercedí. Si iban a montar un escándalo, mejor que no lo hicieran en público.

No esperé respuesta. Fui corriendo a la cocina a buscar un folleto de publicidad que recordaba haber recibido días atrás y en el que ofertaban desayunos sanos.

—Voy a vestirme —le escuché decir a Harry.

Vi que se metía dentro de la habitación y entré detrás de él con sigilo.

—Lo siento. Patrick es... —No me dejó terminar.

—Tranquila. Tú no tienes la culpa de cómo es Patrick. —Me sonrió.

Recordé su rostro de la noche anterior mientras me observaba desnuda y se me secó la garganta. Creo que él estaba teniendo pensamientos similares. Apartamos ambos la mirada a un tiempo. Murmuré una disculpa antes de salir del dormitorio.

Regresé a la cocina e hice el pedido por teléfono. Después hablé con Patrick en voz baja, para que Harry no me escuchara desde el dormitorio.

—Por favor, compórtate. No es lo que parece.

—¿No te has acostado con él? —me preguntó, sorprendido.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Jason—, que nuestra niña no es de piedra... Claro que se acostó con él.

—Quiero decir que no somos pareja, solo amigos —le expliqué con prisas, temerosa de que Harry nos encontrara cuchicheando sobre él.

Tardó poco en aparecer de nuevo ante nosotros, con el pelo aún húmedo y sus ojos azules relumbrando como faros. La camiseta blanca se le adhería a los músculos del pecho. Era una delicia para los sentidos, a qué negarlo.

—De modo que tú eres Harrison Sheridan, el amigo del alma de Valentina.

Harry me miró.

—Se lo conté todo —me vi en la obligación de confesarle.

—¿*Todo*? —recalcó él, para estar seguro al cien por cien.

—Sí, lo de la agencia Waterham's también —intervino Patrick—, y déjame que te diga lo poco que me gusta el asunto. Si hubieras sido de verdad un *gigoló*, no tendría ningún problema contigo, pero que siguieras fingiendo cuando ya sabías quién era Valentina me parece despreciable.

Harry tomó aire antes de responder.

—Tú mejor que nadie deberías entender que a veces es necesario mentir, porque este matrimonio tuyo con Valentina...

Patrick se levantó dando un salto y se enfrentó a él.

—¿Estás comparando mi engaño con el tuyo? Yo no miento a mi pareja — señaló a Jason—, ni tampoco a Valentina. Fingí para no dañar a mi abuela. No es comparable a lo que tú has hecho. Al menos, asúmelo. Si te importara Valentina tanto como dices, no hubieras seguido con ese juego miserable...

—Patrick, por favor... —Intenté calmarlo, que recapacitara—. No te metas en esto. Harry y yo ya hemos hablado sobre ello y está todo solucionado.

—Déjalo, Val —me dijo Harry—. Me parece bien que los dos nos digamos las cosas a la cara. Entiendo tu postura, Blackwood, y quiero que tú sepas la mía. El otro día en el almacén, trataste a Valentina como a una niña pequeña pillada en una travesura. Quisiste hacerla sentir culpable y no te lo voy a permitir. No te rompo la cara porque sé lo que has hecho por ella y crees que la estás protegiendo, pero no voy a permanecer impasible mientras la conviertes en un ser débil que necesita de tu aprobación para todo. Es libre de hacer lo que le dé la gana sin importar tu opinión, ni la mía, ni la de nadie. No te imaginas lo fuerte que es. No sabes todo lo que ha pasado.

—¡Claro que lo sé! —Patrick estaba fuera de sí.

—¡No tienes ni idea! ¿Qué cojones va a saber un niño de familia bien como tú lo que es el sufrimiento, el abandono y el hambre? ¿Crees que ocultar que eres gay a tu aristocrática familia es comparable a lo que Val y yo pasamos?

¿Tienes una mínima idea de lo que supone tener el convencimiento de que no vales nada, así que piensas que no mereces las cosas que consigues? ¿Sabes lo que es cuidar de un desahuciado de la vida hasta que ya no tienes fuerzas para respirar y que cuando no logras salvarlo pienses que es tu culpa?

—Esto no es una competición para ver quién conoce mejor a Valentina o quién ha sufrido más en la vida. Y no menosprecies el dolor de los que no podemos amar a quien nuestro corazón elige y debemos escondernos, Harrison. Tú tampoco conoces nuestra lucha y nuestro sufrimiento —dijo Jason, conciliador—. Ambos la queréis y la habéis cuidado.

—¡No! —exclamó Harry—. Joder, no. Ese mensaje es confuso y falso. Ella nos salvó a nosotros, pero tú, Patrick, ni siquiera te das cuenta y ella tampoco, de manera que ha acabado por tener la sensación de que ha vivido protegida todos estos años y le costará volar sola. —Me miró fijamente—. No te costará volar, Val. Lo que te costará es dejar a un lado a todos aquellos que te necesitan, pero no eres tú la dependiente, sino ellos. Eso es lo que quiero que entendáis todos. Me salvaste la vida cuando éramos pequeños. Volví a creer que el mundo podía ser un lugar que merecía la pena gracias a ti. No voy a permitir que nadie te arranque las alas por miedo a que te caigas, porque ese miedo es suyo, no tuyo. ¡Vuelva, arde, vive!... Te levantarás tantas veces como te caigas y serás cada vez más fuerte. Confío en ti. Creo en ti.

Se pasó las manos por el pelo antes de continuar.

—No me apetece desayunar —dijo, al fin—. Debo preparar las maletas e irme. No te preocupes, Patrick. Entre Valentina y yo no hay nada. Somos amigos. Los mejores amigos, pero solo eso. Imagino que te hace feliz.

Salió de la sala hacia el pasillo dando grandes zancadas y yo corrí tras él.

—Harry, espera.

No se detuvo. Lo agarré del brazo.

—¡Espera, maldita sea!

Se paró en seco y me miró.

—Debo irme, Val —declaró con seriedad—. Puede que tú no sepas lo que

quieres, pero yo tengo muy claro lo que no quiero en mi vida y esto no lo deseo. Seré tu amigo de manera incondicional hasta el día en que me muera, pero deja de marearme y de jugar conmigo. Entre nosotros no habrá nada más, ni ahora ni nunca, me temo, y no porque solo tú te niegues. Ahora el que se niega soy yo. Quiero estar tranquilo. Pido poco. Cuando esté con alguien, será con una persona para quien no sea un estorbo.

Me dio un beso tierno en la frente que me sorprendió, pues llegaba después de aquellas palabras cargadas de rabia, y se fue a Portland aquella misma tarde.

Regresé a la sala para enfrentarme con Patrick. No me podía creer que hubiera montado aquel escándalo solo porque no le gustaba Harry o porque no confiaba en él. Me lo encontré desolado. Seguramente Jason le hubiera echado un buen rapapolvo.

—Lo siento, Valentina.

—Sabes lo mucho que te quiero. Sabes cómo te respeto. ¡Lo sabes! Pero no voy a permitirte algo así nunca más. Yo elegiré a mis parejas. Si no te gustan, podrás decírmelo a mí, pero no interceder de ninguna manera. Soy una mujer adulta y me comportaré como tal. Viviré de acuerdo a mis propias reglas y me vestiré como me dé la gana. Te quiero de manera incondicional, Patrick, y te exijo que tú me quieras a mí del mismo modo.

—Por supuesto, Valentina. Solo quería protegerte... No volverá a pasar. Perdóname.

Se acercó para darme un abrazo y lo acepté, pero estaba enfadada. Muy enfadada. Creo que hasta ese instante no fui consciente de lo mucho que deseaba ser libre, ser yo misma y decidir cada paso del camino sin que las expectativas que los otros tuvieran sobre mí pudieran frenarme y variar mi rumbo.

Al fin era libre. ¿No era eso lo que deseaba?

Durante los cuatro meses siguientes, me dediqué a reencontrarme conmigo misma. Lauren había viajado en varias ocasiones a Vancouver y había podido disfrutar de su compañía y sus consejos. No exagero si digo que renové íntegro mi vestuario, porque yo —por más que le pesara a Patrick— no era una señora de club de campo. Mi estilo oscilaba entre el cómodo y roquero durante el día y el sofisticado y sexi por la noche. Recuperé el gusto por arreglarme, porque lo hacía para mí. Maquillarme cada mañana no era una obligación, sino una decisión libre y personal. Salí mucho por la noche y practiqué sexo con un antiguo amante con el que me demostré a mí misma que no solo podía alcanzar el orgasmo con Harry.

Y sin embargo... Ahí estaba él, en todo momento, a todas horas en mis pensamientos. Harry besándome. Harry defendiendo mi libertad frente a Patrick. Harry, Harry... Siempre Harry.

—Te estás enamorando de él —sentenció Lauren, un poco preocupada—. O puede que ya estés enamorada.

Temía mi reacción, supongo. Nunca quise enamorarme. Del amor no podía salir nada bueno.

—No seas idiota, Valentina —me regañaba mi amiga—, ¿no ves acaso lo felices que son Patrick y Jason? El amor no te salva la vida, te la salvas tú. No le da sentido a tu vida, pues ya tiene todo el sentido del mundo, pero el amor hace brillar más todo a tu alrededor. Claro que puedes ser feliz sin pareja, pero nunca podrás serlo si te niegas a un amor que ya ha echado raíces en ti. Mírame a mí, dándome una segunda oportunidad con el señor Perrier.

Aquello estaba más que claro. Lauren estaba locamente enamorada del que había sido su marido, y que se negara a dejar de usar su apellido después del divorcio tenía más que ver con que no lograba pasar página que con esa excusa peregrina que daba de que no le gustaba su apellido de soltera.

—Yo no me niego, pero tengo miedo... Cuando se despidió de mí, dijo que se negaba a reconsiderar siquiera una relación entre ambos.

—¡Claro! Tú le dabas largas, te negabas... Él no quería seguir aferrándose a un imposible. ¿Prefieres que sea como uno de esos tipos que no aceptan una negativa por respuesta y siguen insistiendo?

Por supuesto que no deseaba eso. Una de las cosas que más me gustaban de Harry era lo mucho que respetaba mis decisiones y mi espacio.

—¿Y qué propones, Lauren? ¿Que vaya a buscarlo a Portland y me presente en la comisaría de policía preguntando por él?... «Perdone, oficial, estoy buscando al detective Harrison Duncan».

Alcé las manos con impotencia.

—¿Harrison Duncan?! —Lauren parecía estar en *shock*.

—Sí. Se cambió el apellido Sheridan por el de su familia adoptiva.

—¿Harrison Sheridan es Harrison Duncan?! —Insistió, con cara de pasmo.

—¡Sí! ¿Por qué te extraña tanto?

—Conozco a un Harrison Duncan. Él y su hermano tienen una pequeña galería en Portland. Me han comprado algún cuadro. Tienen un gusto exquisito. Si es quien yo digo, es guapo para morir: altísimo, moreno, ojos claros y cuerpo de gimnasio.

—¡No me lo puedo creer! ¿Lo conoces!?

Me contó que se habían encontrado en varias ocasiones en la feria de arte de Portland. Lógico que yo no me lo hubiera topado. Nunca me vi capaz de regresar a la ciudad y eso que el sueño de mi vida siempre había sido vivir allí, instalarme definitivamente en Alberta Arts Districts, la zona más bohemia de todo Oregón. Ya de niña soñaba con vivir en un apartamento allí y dedicarme a esculpir, pero tenía miedo de regresar al lugar en el que tanto había sufrido, aunque también allí fui feliz.

Mi contrato de trabajo se iba poco a poco acercando a su final. Me resultaba sorprendente que mi día a día fuera más tranquilo de lo que nunca imaginé.

Tantos años sintiéndome incapaz de cuidar de mí misma y no era difícil en absoluto. Tal vez Jason tenía razón: ya de niña cuidaba de mi madre, ¿cómo no iba a poder cuidarme sola? Tenía que creérmelo, eso era todo, pero resultaba complicado cuando aún arrastraba la culpa por lo ocurrido con mi madre, esa horrible sensación de que habría podido evitarlo si lo hubiera hecho mejor, si hubiese estado más atenta y cuidadosa con ella.

Esculpía a diario. Las horas volaban mientras cincelaba las distintas piezas. Salía mucho por la noche. Practicaba sexo con bastante asiduidad... mientras pensaba en Harry. Me dediqué a demostrarme a mí misma con ferocidad que no era como mi madre y que lo que sentía por Harrison Duncan no era un salvavidas, que mi único salvavidas era yo misma.

Lo llamé en varias ocasiones y hablamos de nuestros distintos proyectos y un día, tras recibir la carta de despido de la empresa en la que había sido contratada por unos pocos meses, decidí que quería ir a Oregón a verlo. No porque no pudiera evitarlo. No porque no supiera vivir sin él. No porque estuviera enganchada de manera tóxica y nociva para mí. No.

Iba a ir a Portland a verlo por el simple hecho de que me estaba enamorando de él y de que quería dar el primer paso para ver a dónde podíamos llegar juntos, pero con el inconveniente de que Harry me había dicho que solo deseaba de mí una amistad. «Tú vete y tantéalo», me recomendó Lauren. «Si ves que no quiere nada contigo, debes respetarlo, asumirlo y construir desde ahí la amistad, pero si ves que tienes una mínima posibilidad con él, ¡ataca!».

Lo llamé por teléfono esa misma noche. Lo había hecho en varias ocasiones durante aquellos meses. Él a mí no me había llamado nunca.

—¿Te parece bien que vaya a verte a Portland? —le pregunté a quemarropa.

Tardó unos instantes en responderme. Era evidente que lo había pillado por sorpresa.

—Sí, claro. —No parecía emocionado, pero tampoco lo contrario, así que decidí aceptar su respuesta en vez de leer entre líneas.

Puede pareceros un pequeño paso, pero ir a Portland para intentar comenzar con él una relación, dar de lado a mi miedo, abrirme al cambio, era un paso de gigante para mí.

Capítulo 16

PORTLAND

Temía regresar a Portland. Siempre me dio miedo volver y encontrarme con los asesinos de Douglas y los otros chicos de la banda. Había logrado escapar de la masacre por los pelos. ¿Cómo no estar asustada? Al fin y al cabo, sabía demasiadas cosas malas sobre ellos. Pero quería ver a Harry y me convencí a mí misma de que el miedo no iba a impedírmelo. No. Ya no. El miedo nunca volvería a ser un obstáculo en mi vida.

El avión aterrizó pasadas las tres de la tarde. Salí de la terminal arrastrando una maleta demasiado grande y el nerviosismo no me ayudaba a coordinar los movimientos, de manera que acababa tropezándome con las ruedas a cada dos pasos.

Hacía cuatro meses que no veía a Harry... Demasiado tiempo. Tuve noticias suyas a través de las redes sociales, de los múltiples mensajes que nos habíamos enviado y de alguna que otra llamada telefónica. Lo que me quedaba claro tras todo eso era que se preocupaba mucho por mí, que en efecto siempre me tendería la mano cuando la necesitase, pero que había levantado un muro entre nosotros. Lo que me faltaba por averiguar era si ese muro sería verdaderamente sólido o si se derrumbaría en cuenta se enterase de mis sentimientos y mi deseo de comenzar con él una relación.

Lo vi nada más salir por la puerta. Estaba apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en la gente que estaba saliendo de la

terminal. Llevaba unos vaqueros y una camisa azul de cuadros que resaltaba el color de sus ojos. Me dedicó una sonrisa fría cuando me vio y, por un segundo, me arrepentí de haber ido. Aquel ceño fruncido, aquel gesto en los labios... No tenía claro que mi visita fuera de su agrado, pero no entendía por qué no me había dicho que no cuando le propuse ir a verlo.

Llegué a su altura. Me estaba esperando, sin mover ni un músculo.

—Hola —le dije, con la voz un poco estrangulada.

—Hola —respondió él, mirándome tan fijamente como si creyera que así podría adivinar mis pensamientos—. ¿Estás cansada?

—No. Es un vuelo corto. Siento que hayas tenido que cambiar el turno para venir a buscarme. —Me lo había confirmado la tarde anterior: iría a recogerme al aeropuerto.

—No tiene importancia. Vamos, dame eso.

Se refería a mi maleta. La arrastró hasta el aparcamiento y justo cuando vi su coche eléctrico, un precioso *Lexus* negro, me di cuenta de que no sabía casi nada de Harry... ¡Así que le preocupaba el medioambiente!

En nuestro recorrido hacia su apartamento hablamos más bien poco.

—Vives en Alberta Arts District, ¿verdad? —Fue una pregunta a quemarropa que nos traía a ambos muchos recuerdos del pasado.

Me respondió con un lacónico «sí», sin explicaciones. No hacía falta más, pues ambos estábamos pensando lo mismo. La mente viajó hacia una infancia compartida, cuando éramos niños y planeábamos nuestro futuro... El pintaría, yo esculpiría, compartiríamos un apartamento en Alberta Arts District y el último jueves de cada mes expondríamos nuestras obras en la calle, como los demás artistas del barrio. Por aquel entonces lo teníamos todo tan bien planeado que parecía imposible que algo pudiera torcerse.

Miré por la ventanilla, intentando no perderme nada, comparando lo que veía con mis recuerdos...

—¿Lo notas muy cambiado? —La voz de Harry me sacó de mi ensimismamiento.

—Mucho. Han pasado tantos años... El barrio parece más limpio, más... No sé.

—Esto se ha llenado de ejecutivos que van de modernos y, ya sabes, vienen con sus decoradores y lo cambian todo, hasta las calles. Pero ni siquiera ellos pueden acabar con el ambiente bohemio del barrio. Te encantará.

—Estoy segura —le respondí, justo cuando entrábamos con el coche en un garaje subterráneo.

Subimos en el ascensor hasta el segundo piso y entramos en el apartamento. Era sorprendentemente bonito. No me lo esperaba así. Había estanterías llenas de libros por todas partes, una televisión en una esquina a la que no parecía que se le hiciera mucho uso y una pequeña chimenea de gas al lado de un sofá que tenía toda la pinta de ser muy cómodo. A la derecha, una cocina americana con una barra de desayuno y tres taburetes. Los muebles eran de una madera muy clara, y las paredes, de color tostado. Me resultó muy acogedor en cuanto puse el primer pie dentro.

Harry metió la maleta en la única habitación que tenía el apartamento.

—No —le dije, tajante—. Dijiste que tenías un sofá-cama. Dormiré en él.

—De eso ni hablar. En el sofá dormiré yo. Eres mi invitada. Insisto. — Terminó de hablar dentro de la habitación, donde dejó la maleta—. El baño está aquí.

Entré en el dormitorio y vi la puerta del baño... Y la gran cama sin cabecero y con una preciosa colcha negra. En la pared donde se apoyaba, había un impresionante mural. Me recordaba a los cuadros de Dalí, por lo onírico que parecía todo, como si tratara de representar un sueño.

—¿Lo pintaste tú?

Harry miró el mural y asintió.

—Es precioso. —Me acerqué para ver con detenimiento cada figura y cada objeto que allí aparecía. Había una casa en la esquina izquierda con una ventana abierta y dentro, una niña de pelo rubio esculpiendo. No me lo podía creer...—. ¿Soy yo?

Harry volvió a asentir sin mirarme, con las manos en los bolsillos. Empezaba a darme cuenta de que ese era un gesto muy suyo cuando no sabía qué hacer. Caminé hacia él deprisa y, sin pensarlo, sin procesarlo ni reflexionar si era lo correcto, lo abracé. Hundí mi rostro en su pecho y pasé mis brazos alrededor de su cintura. Él no se movió. No me abrazó.

—No sé si ha sido buena idea venir, solo sé que necesitaba verte y que tú no me dijiste que no cuando te propuse la visita.

Permanecía en silencio y yo necesitaba una maldita respuesta.

—¿He hecho mal en venir, Harry? ¿Te complico la vida si estoy aquí? —Me separé un poco para poder mirarlo a la cara y tratar de leer en sus ojos lo que su boca no quería decirme.

Sonríó de una manera extraña, contenida.

—No, Valentina. La vida no se me complica si estás aquí. Lo complicado es que no estés.

Un calorcito muy agradable me recorrió la espalda, pero pronto volví a la realidad, porque tan pronto como me dijo esto, se apartó de mí, marcando las distancias, y me quedé desangelada en medio de aquella habitación. Me había llamado Valentina, no Val. Aquello significaba algo.

—Toda mi infancia está en ese mural. La parte de mi infancia que quiero recordar, claro está —explicó él, como si deseara restar importancia al hecho de que hubiera pintado en su dormitorio a la niña que fui—. ¿Tienes hambre? —me preguntó ya desde la cocina.

—No.

—Tengo que irme a trabajar. Mi casa es tu casa, ¿de acuerdo? Llegaré a las diez, más o menos.

Iba a decirle algo cuando el timbre sonó. Harry fue a abrir y vi entrar a una mujer vestida de agente de policía. Era alta y morena. Me sonrió y se dirigió a mí con paso decidido.

—Hola. Soy Ginna Hogan, una amiga de Harrison.

—Hola, Ginna. Soy Valentina Nuno, otra amiga.

Nos dimos un beso en la mejilla.

—¿Nuno? —preguntó Harry extrañado.

—No uso Blackwood desde que me divorcié de Patrick.

Me miró durante un instante con una expresión que no supe descifrar. Después, se metió en su habitación.

—Espero que no te aburras mucho esta tarde. Te lo traeré sano y salvo a una hora decente, ¿vale? —Ginna me guiñó un ojo.

—Valentina nunca se aburre —oímos que decía Harry desde el dormitorio—. Y menos aún se va a aburrir en Portland. Tiene mucho que ver. Hoy es el último jueves del mes.

Sonreí. Qué maravilloso día para regresar, cuando los artistas exponían sus obras en las calles.

La puerta de la habitación se abrió y vi salir al detective Duncan, no a Harry. Llevaba vaqueros, botas, camiseta y cazadora de cuero, ambas negras, y la placa colgando del cuello. Miró a Ginna, que en ese momento me estaba diciendo:

—No te creas que vengo a buscarlo siempre, es que estaba impaciente por conocerte. ¡Me ha hablado tanto de ti!

Harry casi la fulmina con la mirada.

—¿Qué, Harrison? ¿Acaso no puedo tener curiosidad por conocer a la niña escultora? —Alzó las manos, a modo de disculpa.

—Vámonos, Ginna. Se nos hace tarde. —Me miró muy serio—. Hasta la noche, Valentina. Te he dejado una copia de las llaves sobre el mueble de la entrada.

Cuando se fueron, no supe qué hacer. Miré los libros que tenía en las estanterías. Había muchos sobre arte. Descubrí que le gustaban los poetas malditos franceses y la Generación Beat. Después de media hora, decidí salir. Cogí las llaves que él había dejado para mí y fui a callejear por el barrio, pero no tenía interés en ver lo mucho que había cambiado. Había ido a Portland para conocer mejor a Harry y eso es lo que iba a hacer.

Llamé a Lauren para preguntarle si sabía dónde tenían la galería él y su hermano. Al fin y al cabo, ella había estado allí más de una vez. Me dio la dirección y me dirigí al lugar.

Estaba en un local precioso que quedaba en una plaza céntrica. En las inmediaciones había bonitos cafés y un pequeño bistró. Sobre la enorme puerta acristalada podía leerse «*Duncan. Art, Books & Coffee*». Entré conteniendo la respiración. Aquello no era lo que me esperaba. No se trataba de una galería al uso. Cuando Harry me dijo que por uno o dos dólares podías admirar los cuadros, se refería al precio que costaba un café.

Había lienzos por todas partes, también algunas esculturas y, al fondo, un espacio dedicado a libros ilustrados y cómics. En una de las esquinas del local se encontraba la barra, cuyo camarero estaba en esos momentos preparando un capuchino. Pedí uno para llevar, lo pagué y merodeé por el local en vez de sentarme en una de las mesas de forja. Observé los cuadros, que me parecieron muy interesantes, y después fui hacia la zona donde estaban los libros. Ojeaba uno sobre arte japonés cuando un mulato con sonrisa de anuncio de dentífrico se puso a mi lado.

—¿Valentina?

Lo miré extrañada. No lo había visto en mi vida.

—Me presento: soy Chester Duncan, el hermano de Harrison. —Extendió la mano y se la estreché.

—¿Cómo me reconociste? —No pude evitar sonreírle. Era una de esas personas que caen simpáticas al primer golpe de vista.

—Cuando Harrison me dijo que te había encontrado, que estabas viva, tuve mucho interés en verte y... Bueno... Me enseñó un par de fotos tuyas en no sé qué red social. ¿Mi hermano no te acompaña?

Negué con la cabeza.

—Está trabajando. Salí a dar una vuelta por el barrio y acabé aquí. ¡Este sitio es increíble!

—Sí, lo es. Está mal que yo lo diga, pero es un local estupendo. La idea fue

de Harrison. —Señaló la zona donde estaban los lienzos—. Ahí exponemos a jóvenes artistas y aquí vendemos libros y material para pintar y esculpir. Hacemos presentaciones de cómics y de libros ilustrados, exposiciones de un solo artista o de varios, por temáticas. En fin... Promovemos el arte en el barrio más bohemio y artístico de la ciudad.

—Qué maravilla. —Estaba boquiabierta.

—¿Por qué no vienes esta noche? Organizamos la presentación de una novela gráfica. La gente que va a venir es muy interesante.

—Me parece bien. ¿A qué hora es?

—A las nueve.

Fruncí el ceño.

—Harry llega a las diez y me apetece estar en casa cuando regrese.

Chester sonrió de manera enigmática.

—Lo entiendo.

Estuvimos un rato más hablando y me despedí. Salí a la calle a ver la obra de los artistas que exponían por las aceras. Encontré una acuarela de la que me enamoré al instante: la cascada del jardín japonés de la ciudad. Era el sitio favorito de Harry cuando éramos pequeños. La compré para regalársela.

Regresé al apartamento después de haber entrado en un supermercado cercano. Nunca había sido una buena cocinera, pero pretendía preparar algo sencillo para que Harry y yo cenáramos juntos y hablarle de mis intenciones con él. No pudo ser: a las ocho de la tarde me llamó.

—Las cosas se han complicado en la comisaría. No sé cuándo llegaré. Joder, lo siento. Tu primera noche y...

—No te preocupes, no es tu culpa. —Traté de tranquilizarlo.

—Ya, pero me fastidia...

Hubo un pequeño silencio.

—Oye, Harry, ¿te importa que vaya a la presentación de la novela gráfica que hay hoy en tu local? Me invitó tu hermano.

—¿Chester? —Parecía incrédulo—. ¿Cómo te encontraste con él?

—Fui a tu local. Me moría de curiosidad. Es alucinante, Harry...

Otro silencio.

—Sí, claro, está bien. Vete. No quiero que te quedes en casa esperándome. A saber cuándo acabo todo este papeleo. Si termino aquí a una hora decente, me paso yo también y luego te invito a una copa.

Cuando escuché esto, el corazón se me aceleró. Abrí la maleta, busqué mis pantalones pitillo negros, unos tacones y la camiseta roja que dejaba un hombro al descubierto. Me maquillé con mimo, me arreglé el pelo y, al mirarme al espejo, me gusté mucho. Desde que solo pensaba en contentarme a mí misma y no a los demás, la vida había comenzado a ser mucho más sencilla, aunque el proceso de aprender a quererme había sido duro y no estaba, ni de lejos, terminado. Aún me quedaban muchas cosas por perdonarme.

Capítulo 17

EL MOMENTO DE SINCERARSE

Llegué unos minutos antes de que comenzara el acto y Chester se sorprendió al verme. Frunció el ceño. «¿Todo bien con Harrison?», me preguntó, temeroso de que estuviera allí por haber discutido con su hermano. Lo tranquilicé explicándole que él debía trabajar hasta tarde y no me apetecía quedarme sola en su apartamento.

De tanto en tanto, miraba el reloj y la puerta del establecimiento, por ese orden, esperando que Harry apareciera, pero el tiempo pasaba y cada vez se hacía más evidente que algo se había complicado mucho en la comisaría.

En contra de mis predicciones, él llegó a las doce menos cuarto de la noche, cuando mucha de la gente que había acudido a la presentación ya se había ido y quedábamos unos pocos hablando de manera distendida con el autor. Llevaba la misma ropa que varias horas antes. Parecía cansado. Me buscó con la mirada hasta que se topó con la mía y movió la cabeza en señal de saludo. No me sonrió, pero sí lo hizo cuando estuvo frente a su hermano y al autor, al que abrazó como si fueran amigos.

Tras él, entró Ginna Hogan. Ella sí me sonrió y se dirigió a mí hasta estar lo suficientemente cerca como para poder susurrarme al oído:

—No seas muy dura con él. Estaba loco por salir de trabajar, pero todo se complicó. Ha pasado un día de mil demonios, aunque lo veas ahora así de entero.

Se apartó y me guiñó un ojo.

Harry pareció molesto de que Ginna me susurrara y se me acercó.

—¿Cómo has pasado el día?

—Bien, Harry. No te preocupes.

Ginna abrió mucho los ojos por la sorpresa.

—¿Permites que ella te llame Harry? ¡Creí que lo odiabas!

—Odia que cualquiera lo llame Harry, porque solo quiere que lo haga Valentina —explicó Chester, que había escuchado toda la conversación y se acercó para intervenir.

Harrison bufó.

—Sois la hostia, joder. —Se pasó las manos por el pelo y me miró—. ¿Te apetece que salgamos de aquí y vayamos a tomarnos una copa? A veces, no aguanto a mi hermano ni a mis amigos...

Madre mía, qué pregunta... ¿Cómo no iba a apetecerme? Lo estaba deseando desde que me lo había dicho a mediodía, antes de irse al trabajo. Él y yo solos charlando de manera relajada, ¿qué más se podía pedir?

Nos dirigimos en su *Lexus* a un bar de las afueras. Ni siquiera hablamos en el trayecto. Puso la radio y sonaba una canción de Sade. Recosté la cabeza y cerré los ojos.

—¿Tienes sueño?

—No. Solo disfruto de la música. Con los ojos cerrados, siento que me inunda y que suena desde dentro.

Aparcó el coche sin que Sade dejara de sonar ni yo abriera los ojos para nada. Sé que me estaba mirando justo en ese instante y temía mirarlo y que se notara todo lo que me estaba quemando por dentro.

Por fin abrí los ojos, pero él no me miraba ya. Tenía la vista clavada en el frente y las manos apoyadas aún en el volante.

—Siento ponerme tan intensa.

—No pidas perdón por ser como eres —me respondió muy seco.

Me quedé callada.

Ante nosotros brillaban las luces de neón de un club llamado Galaxy.

—Es un lugar genial si quieres hablar: buena música y a un volumen tolerable —me explicó. Había girado la cabeza hacia mí y nos estábamos mirando. Parecía estar a punto de decir algo, pero no se decidía. Finalmente lo hizo—. No quiero que les hagas demasiado caso a Ginna y a mi hermano Chester. Llevan siglos queriendo emparejarme y les parece perfecta para mí... Les he hablado de nuestra relación cuando éramos niños, así que al enterarse de que seguías viva, se han puesto muy pesados y...

—Tranquilo. —Lo corté, ahogándome casi con el nudo que me atenazaba la garganta—. Tú y yo solo somos amigos, lo tengo más que claro.

Me felicité porque mis palabras no sonaran amargas ni resentidas, pero es así como me sentía. De modo que eso era lo que lo mantenía frío y distante conmigo... Debía de preguntarse el motivo de mi visita y temía que fuera a buscar algo más de lo que él deseaba ofrecer. Me sentí tan mal, tan ridícula por estar en ese instante allí con él, tan avergonzada de haber tenido esperanzas...

Descendimos de su coche y nos dirigimos al club. Ocupamos un privado que había en uno de los rincones más íntimos y pedimos un par de cervezas. Estábamos nerviosos, igual que se está en una primera cita en la que no sabes de qué hablar, con la salvedad de que aquello no era ninguna cita.

—No sabía que te habías divorciado.

Lo miré, tratando de adivinar el estado de ánimo con el que me comentaba eso, si había sido una grata sorpresa o si realmente no le importaba lo más mínimo y solo deseaba sacar un tema de conversación. No logré saberlo.

—No tenía sentido seguir con el matrimonio. La abuela de Patrick murió y yo necesitaba ser libre de verdad para empezar a reconstruir mi vida.

—¿Lo conseguiste? Me refiero a reconstruir tu vida.

Sus ojos me miraban inquisitivos. Me puse nerviosa. Me humedecí los labios con la lengua y vi cómo él dirigía ahí su atención, pero fue solo un impulso de un instante. Su rostro no dejó de ser pétreo.

—Sé lo que quiero y lo que no y eso ya es mucho. Además, he comenzado a hacer las cosas a mi manera. Estoy contenta, aunque me queda mucho por hacer.

Harry asintió.

—¿Y tú? ¿Qué me dices de ti? ¿Ha cambiado algo desde la última vez que nos vimos?

—Estoy pintando más que de costumbre.

—¡Me alegro! —Me emocionaba lo que estaba oyendo.

—Chester no me da tregua. —Una sonrisa fugaz se dibujó en sus labios—. Casi se puede decir que me obliga a pintar.

Lo miré durante unos instantes, dando vueltas a mi jarra de cerveza.

—No tenía ni idea de que tuvieras hermanos. ¿Chester es el dueño del apartamento de Vancouver en el que te quedabas?

—No. Es de Albert, otro de mis hermanos mayores.

—¿Cuántos sois? —Me intrigaba que cada vez que hablaba con él apareciera en la conversación un hermano nuevo.

—Veintitrés. —Sonrió después de decirlo. No supe reaccionar—. Piensa que los Longstone llevan media vida acogiendo a niños y nunca lo han visto como un mero trámite. Somos sus hijos, todos llevamos el apellido del hogar en el que fuimos criados: el Centro Duncan para niños huérfanos. Nos reunimos con mucha frecuencia, en fin... Sí, somos veintitrés, pero con quien más relación tengo es con los dos con los que me he criado. Los mayores abandonaron la casa mucho antes de llegar yo. Aun así, somos hermanos y nos tratamos como tal.

Parecía feliz al hablar de ellos.

—¿Tuviste una buena vida, Harry?

—La mejor. Amor, cuidados, apoyo... Los Longstone me salvaron, literalmente. Incluso se hipotecaron para pagarme los estudios de Arte en Yale.

—¿Estudiaste Arte? ¿Cómo es que acabaste siendo policía?

Estaba mucho más que sorprendida ante el giro que había dado su vida. Nunca había conocido a un artista tan talentoso y vocacional como él. Me parecía un desperdicio que no se dedicara por entero a pintar.

—No pensé que pudiera vivir del arte y me gustó la idea de trabajar en algo que sirviera para ayudar a la gente. Además, mi hermano Travis es policía y eso me ayudó a acabar de tomar la decisión.

—Es una lástima que no intentaras dedicarte en exclusiva al mundo del arte.

—No está mal ser policía. —Se encogió de hombros—. ¿Tú qué estudiaste?

—Arte también, en la universidad de Toronto. Más tarde cursé un máster en Harvard.

—Yo en Yale y tú en Harvard —musitó—. Es extraño que nunca nos hubiéramos encontrado en los certámenes artísticos universitarios.

—Jamás me presenté a ninguno.

Tras decir esto, se hizo el silencio. No sé él, pero yo tenía la extraña sensación de que hablábamos mucho, pero de manera hueca, que no estábamos diciendo nada sustancial sobre nosotros mismos. Tomé aire y me armé de valor para decirle lo que deseaba desde que había llegado a Portland.

—Te he echado muchísimo de menos estos meses, Harry.

Lo pillé por sorpresa y se puso aún más en guardia, pero la verdadera sorprendida era yo. ¿De dónde había sacado el valor para aquella declaración?

—No creí que te diera tiempo...

Había cierto tono irónico en sus palabras, pero decidí ignorarlo.

—Cuatro meses son muchos meses.

—No me refiero a eso, sino a que me parecía que ocupabas mucho y muy bien tu tiempo, a juzgar por tus redes sociales. Cuesta creer que tuvieras tiempo para echarme de menos.

Sabía a lo que se estaba refiriendo. Yo no subía demasiadas fotos a mis perfiles, pero sí era etiquetada por mucha gente cuando acudía a eventos y, ciertamente, esos meses habían sido intensos. Salí mucho y frecuenté a un

amigo con el que solía acostarme en el pasado solo para comprobar que era capaz de alcanzar el orgasmo con él. Debía arrancar de mi corazón y de mi cabeza esa absurda idea de que solo con Harry era posible porque él era especial. No iba a convertirme en mi madre, buscando siempre en los hombres la salvación para su vacío y su miedo a la soledad, la solución a todos los problemas.

—¿Y tú? ¿Te has mantenido célibe durante este tiempo? —El tono me salió más mordaz de lo que hubiera deseado.

—Lo cierto es que sí —respondió tajante—. El primer mes lo pasé bastante jodido. No tenía ganas de nada. Desde luego, yo no estaba para fiestas, ni para *selfies*, ni para redes sociales. Luego todo fue mejor. Asumí lo que había y comprendí que era lo mejor.

Asentí y di un trago largo a mi cerveza. Él hizo lo mismo. Después, maldijo entre dientes. Cerró los ojos por un instante.

—¡Joder! Siento el tono, Valentina. Cada uno reacciona a las cosas a su manera. No debí juzgarte. —Se disculpó, pero no fue suficiente para calmar mi enfado.

¿Y por qué me llamaba Valentina? Estaba sentado al otro lado de la mesa, pero lo sentía tan lejano como si se encontrara en otro continente.

—Yo también lo siento, *Harrison*. —Recalqué su nombre completo para que se diera cuenta de que la distancia íbamos a mantenerla los dos.

¿Por qué demonios no me había dicho que prefería que no fuera a Portland?

—Estoy muy cansada. ¿Regresamos a casa?

Asintió. Dio el último trago a su cerveza y se levantó. Llegamos a su apartamento pasada la una de la madrugada, sin haber dicho ni una palabra en el trayecto en coche.

Entramos en su casa. Fue al baño, que estaba dentro del dormitorio, y esperé a que saliera para ponerme el pijama. Me metí en la cama y di mil vueltas. En el fondo sabía que lo único que podía hacer era irme. Lo mejor era marcharme de allí.

Me levanté con sigilo y, tratando de no hacer ruido, me vestí y metí en la maleta las pocas cosas que había sacado. No iba a dormir, eso estaba claro, así que esperaba el amanecer preparada para marcharme cuanto antes.

Escuché ruido en la sala a las seis de la mañana y supe que Harry ya se había despertado, de manera que salí de la habitación. Se sorprendió al verme vestida.

—¿Te vas a alguna parte?

Lo miré un instante, muy seria, antes de responder.

—Sí. Me voy, Harrison.

—¿A dónde? —No parecía comprender lo que le estaba diciendo.

—Me voy de tu casa. Es lo mejor. —Entré a buscar la maleta y la arrastré hacia afuera. Me acerqué a él con el cuadro que le había comprado el día anterior a un pintor callejero. Estaba mudo por la sorpresa—. Ayer vi esto y pensé en ti. Siempre te gustó el jardín japonés. Solías decir que te relajaba.

No miró el cuadro y no lo cogió, aunque se lo estaba ofreciendo. Me observaba con una expresión extraña. Apoyé el cuadro en la pared y saqué el teléfono móvil del bolso.

—Pero ¿¿qué estás haciendo!?! —preguntó al fin.

—Llamando a un taxi.

Se acercó de dos zancadas y me arrebató el teléfono.

—¿Qué estás haciendo, joder? —preguntó de nuevo, con el rostro tenso por el enfado.

—Es lo mejor.

—¿Para quién, Valentina?

—Para los dos. No debí venir. Te puse en un aprieto al proponértelo. Me equivoqué.

—Si no hubiera querido verte, te lo habría dicho.

—Una cosa es que tú quieras y otra muy distinta es que yo deba... Y no debí venir. No ha pasado el tiempo suficiente. Lo estropeé. Nos acostamos cuando ya habíamos decidido ser solo amigos y fue un error. Reconozco mi culpa. Lo

siento, de verdad. Tal vez cuando pase más tiempo podamos quedar como amigos para tomarnos una cerveza e interesarnos por el otro sin lanzarnos reproches, pero aún es pronto.

Harry seguía de pie, incrédulo, en el medio de la sala.

—¿Y por eso te vas? ¿Porque no hemos tenido una conversación idílica tomándonos una cerveza ayer por la noche? ¡No me lo puedo creer!

—Me voy porque te molestas demasiado en levantar un muro entre nosotros, como si temieras que yo hubiera venido a seducirte, a aprovecharme de ti. ¡Tranquilo, hombre! Me ha quedado más que claro que ni muerto tendrías nada conmigo, que no te gustan las montañas rusas y que mis dudas son insufribles, cosa que comprendo y comparto. Son insufribles, tienes razón. No temas que vaya a ponerte en ningún compromiso y a lanzarme en tus brazos.

—Eso me consta. Sé que te sobran brazos a los que lanzarte y que te acogerían encantados.

Allí volvía a estar aquel tono que no me gustaba nada.

—¿Ves? Me lanzas reproches. ¿Qué te importa a ti a qué brazos me lanzo? Doy por supuesto que con tu aspecto de dios del Olimpo no te faltarán mujeres con las que pasar el rato y...

Se pasó las manos por el pelo con cierta desesperación.

—¿Qué demonios quieres de mí, Valentina? ¿Puedes decírmelo? Porque parece que quieras volverme loco y no estoy dispuesto a permitirlo.

Agarré la maleta como punto de apoyo. No me sentía bien en ese instante.

—¿Qué quieres decir, Harrison?

—¡Sabes lo que quiero decir! ¿Me tomas por imbécil? ¿Crees que no sé cuándo una mujer quiere meterse en mi cama? Me di cuenta en cuanto saliste de la terminal del aeropuerto, joder, y simplemente creí que me merecía más respeto que el que me estás mostrando.

—¿¡Qué!?

—¡Lo que oyes! Te comprendí en Vancouver. Todo era confuso, estábamos demasiado cerca, no había la distancia suficiente como para saber lo que

queríamos. Nos gustábamos, nos acostamos juntos, tú tenías dudas... ¡Y lo entendí! Pero esto no. Han pasado cuatro meses, me echaste de tu lado y me dejaste claro que no había espacio para mí en tu vida... Y de pronto vienes y... ¡Vamos, Valentina! Somos amigos. Empezaste acotando nuestra relación tú y ahora soy yo quien no quiere pasar contigo de una simple amistad, así que no me jodas. ¿Tan difícil es de entender? Te respeté cuando me dijiste que no querías nada más conmigo. Respétame tú ahora. Contigo no puedo practicar sexo sin compromiso. No puedo y no quiero.

¿¡Pensaba que había ido hasta allí solo para acostarme con él!? Podría haberle rebatido varias cosas y aclarado otras, pero no serviría de nada. Quizás yo no fuera lo suficientemente clara, pero tampoco creía haber hecho nada para que me tratara de aquella manera.

—Devuélveme el móvil, Harrison.

Me lo dio e intenté llamar a un taxi, pero me lo impidió de nuevo.

—¡No quiero que te vayas!

Lo miré de frente, desafiante.

—¿Entonces qué demonios quieres?

Negó con la cabeza.

—¿Qué quiero yo? Eso te lo dejé claro el último día en tu apartamento y te lo acabo de aclarar más aún ahora. Quiero que seamos amigos. Lo verdaderamente misterioso es lo que quieres tú. Me envías mensajes contradictorios y no estoy dispuesto a...

—¡Te quiero a ti!

Noté el impacto que le había causado mi declaración. Agarré la maleta y me dirigí a la puerta.

—Vamos, joder, Valentina... ¿Me dice eso y te vas?

—¿¡Quieres que me quede!? No es lo conveniente. Solo quieres una amistad y lo respeto, pero me duele. Necesito un poco de distancia.

—¡Siempre estás huyendo de mí! Bien porque tienes que organizar tu vida, bien porque una vez organizada nuestros deseos no concuerdan. Pero siempre

poniendo distancia entre tú y yo. Tengo la sensación de que juegas conmigo, aunque sea de manera inconsciente, de que estoy aquí para que tú purgues los dramas amorosos de tu madre.

Solté la maleta y me puse con los brazos en jarras.

—¿Vas a volver a hablar de mi madre? ¿En serio?

Se apartó de la puerta. Parecía agotado.

—No, de tu madre no. De ti. Pienso que has venido hasta aquí porque crees estar enamorada de mí, pero si consigues lo que desees, te asustarás y saldrás huyendo... Como haces siempre. Y me dejarás hecho una mierda. Otra vez.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Él no hizo ningún movimiento para acercarse. ¿Qué podía decirle yo?

—Es cierto, estoy enamorada de ti y tengo miedo —declaré, sin dobleces—. Eres como un puñetero témpano de hielo conmigo y eso me mata, Harry. — Me temblaba la voz.

—A mí me mata no poder confiar en lo que sientes, andar siempre por la cuerda floja contigo, que lo único que se te ocurra cuando algo se complica sea alejarte de mí, pero sigo aquí, Valentina. —Sus palabras eran tan frías que dolían—. Me asusta que te pueda la cobardía, así que no me juzgues por no abrirte mi corazón ni la puerta de mi vida de par en par en cuanto chascas los dedos.

—Y, sin embargo, esperas que me quede contigo aquí, sin recibir nada por tu parte.

—¿Nada? He estado para ti siempre que has querido desde que nos hemos vuelto a encontrar. He aceptado tus decisiones y tus deseos. Todo por tu bien, pensando solo en ti. Sin pensar en mí hasta este momento. ¿No es nada?

—No quería decir eso. Yo solo...

—Mira, Valentina... Tú esperabas llegar aquí y que cayera rendido a tus pies y las cosas no van a suceder así. Hay algo que me arrastra irremediabilmente hacia ti, no lo niego, pero otra parte de mí se mantiene alerta porque tiene miedo.

Reí de pura desesperación. El amor era una mierda, mi madre tenía tazón.

—Mi amiga Lauren dice que cuando encuentras el amor...

—El amor no se encuentra, pecosa. —Metió las manos en los bolsillos y me miró con ternura—. El amor se construye. Encuentras a una persona y saltan todas las alarmas. Piensas: «Es ella». Se produce el chispazo, el asombro, el enamoramiento... Y después de eso, si todo va bien, se comienza a construir el amor con la paciencia de los maestros japoneses que cultivan bonsáis: con mimo, con tolerancia ante las frustraciones, con la vista puesta en la belleza del conjunto y no solo en esa rama que se acaba de romper... Y nunca, jamás, huyendo de la persona a quien dices querer solo porque alguna pequeña cosa se tuerce.

Se acercó a mí, me depositó un beso leve y fugaz en la mejilla y murmuró:

—Quizás fui brusco cuando llegaste. Aún estoy dolido. Yo también siento cosas y lo sabes, pero dame tiempo, ¿vale? Debo confiar en ti. Ahora lo único que puedo hacer es mantenerme en guardia contigo.

Lo miré a los ojos, con todo aquel amor bombeándome en las venas. Agarré la maleta y volví a meterla en el dormitorio. No sabía hacia dónde me llevaba aquello, pero al menos tenía clara una cosa: no había otro lugar en el mundo en el que deseara estar más que allí, a su lado.

—Gracias por quedarte. —Su voz no pareció tan fría cuando pronunció esas palabras.

Capítulo 18

GINA

Pasaron dos días sin que ocurriera nada reseñable, hasta que vino a buscarme Gina Hogan, la amiga de Harry, para que pasáramos juntas la tarde. Tenía el día libre y sabía que yo estaría sola. Me extrañó su llamada. Cuando sonó el teléfono, no lo cogí. Aquella no era mi casa. Pero saltó el contestador y escuché su mensaje: «¿Estás ahí, Valentina? ¿Te apetece tomarte algo conmigo esta tarde?».

Quedamos en la plaza donde Harry tenía su local y nos tomamos una cerveza en el bar de enfrente.

—Antes de que me tomes por loca, quiero explicarte que me llamó tu amiga Lauren.

—¿¡Lauren Perrier!? ¿De qué os conocéis?

Gina se encogió de hombros.

—Hemos estado juntas varias veces, cuando vino a la ciudad y pasó por la galería de Chester y Harrison. Nos caímos bien y alguna que otra vez tuvo que aguantar mis bajones. Estoy enamorada de Chester, ¿sabes? Tenemos una relación complicada, así que te entiendo, Valentina. Lauren pensó que necesitarías una amiga en la ciudad si la cosa se torcía con Harrison.

Sonreí. Ay, Lauren... Siempre pensando en todo.

—Harrison no sabe que te he llamado y no le gustará que esté aquí contigo.

—Estaba muy seria mientras se confesaba—. Es una de las mejores personas

que conozco y quiero que sea feliz.

—Ya...

—Le hiciste daño, pero te entiendo. —Continuó, con su voz calmada—. Sé lo que es tener miedo a enamorarse, ¿sabes? Harrison me dijo que tú lo habías pasado mal. No concretó más. Él comprende tus dudas, pero le rompiste el corazón, supongo que lo sabes.

Me miró en silencio, esperando una explicación por mi parte, pero no supe qué decir.

—No era mi intención hacerlo.

Me sonrió.

—Lo sé. No te estoy juzgando, solo te lo comento para que tengas paciencia con él. Te quiere mucho. Dudo que sepas hasta qué punto. Encontrarte en Vancouver fue el mayor golpe de suerte de su vida.

Sentí cómo me sonrojaba de pies a cabeza.

—¿Te contó cómo nos encontramos?

—Sí, claro. En un bar. Dijo que te reconoció por el colgante con tu nombre y porque eras bastante parecida a cuando eras niña.

Respiré profundamente, dando gracias por su discreción. Si Ginna no lo sabía —y eso que trabajaban juntos en la misma comisaría—, tal vez no fuera tan *vox populi* como yo creía. Lo hubiera despellejado vivo si llega a contarle lo de la agencia de acompañantes.

—Sí, fue un golpe de suerte. No sabía que él me daba por muerta.

—Por eso se hizo policía, Valentina. Debes saberlo.

—¿Qué? —No comprendía lo que me estaba diciendo.

—Estaba obsesionado con encontrar a los que te mataron. Era un caso cerrado, un callejón sin salida, y él quería hacer justicia. Acabó sus estudios en la universidad y entró en la academia de policía. Los metió a todos entre rejas, ¿sabes? A los de aquella banda que creía que te había asesinado. Me parecía un loco cuando lo veía con la nariz pegada a aquellos viejos archivos. Cualquier hora libre, cualquier rato de descanso, lo invertía en investigar el

caso.

—No tenía ni idea. —No puedo describir la sorpresa que supuso para mí aquella confesión.

—Y después de encontrarte, tras creer que estabas muerta, lo apartas de tu lado de nuevo... Fue un golpe muy duro. Le dije mil veces que te llamara, que fuera a verte, pero se negó. Dijo que le habías pedido tiempo y espacio y que debía respetarte. Te quiere muchísimo, pero está dolido. Te cuento todo esto porque es necesario para que lo entiendas y tengas paciencia con él.

—Lo sé.

—No va a permitirte que le hagas más daño, Valentina, así que, por favor, no la cagues. Si de verdad lo quieres, y creo que así es, no des pasos en falso. No intentes nada si no estás segura de lo que quieres. Harrison no se merece sufrir más.

Cogí su mano entre las mías y la apreté con fuerza.

—Eres una buena amiga, Gina, y te agradezco esto que me has contado. No estoy jugando. He venido hasta aquí solo después de tener muy claro que lo que siento por él es algo profundo, que quiero intentarlo porque estoy enamorada, no porque me sienta sola o asustada. No sabes lo que ha sido mi vida. Yo...

—Mira, entiendo lo que te pasa y pienso como tú: el amor puede ser maravilloso, pero si es tóxico, te destruye. No creo que el vuestro lo sea. Veo cómo él respeta lo que quieres y quién eres y ahora estoy viendo cómo tú haces lo mismo con él. Abrir el corazón asusta y más en estos tiempos, en los que parece que todo va tan rápido y no dura nada. Dímelo a mí, que he pasado por varias relaciones que me han dejado bastante malherida y por eso no me atrevo a abrirme del todo a Chester, pero la otra opción es cerrarse al amor, y es tan triste...

Aún hablamos durante un par de horas más. Cuando llegué al apartamento, Harry ya estaba en casa. Abrí la puerta y lo vi preparando algo en la cocina. Olía bien, a curry. Me sonrió.

—¿Qué tal el día?

Su voz sonaba animada. Sentí un nudo en el estómago. Era una escena íntima. Imaginé que así sería nuestra vida si algún día estábamos juntos, claro que puede que nunca llegáramos a estarlo.

—Bien. He pasado la tarde con Gina.

El cuchillo con el que estaba troceando unas verduras quedó suspendido sobre la tabla de madera.

—¿Con Gina? ¿Y qué quería?

—Que nos conociéramos mejor. Fue muy amable.

Noté el leve movimiento de las aletas de su nariz. Lo conocía lo suficiente ya como para saber que era una señal de enfado.

—No me mientas, Valentina. Por favor. Creí que entre tú y yo la sinceridad se daba por sentada.

—No te engaño. Creo que quería conocerme mejor, saber de qué voy contigo...

Harry resopló. Soltó el cuchillo y se me acercó.

—¿Puedo saber qué te dijo de mí? No me importa el resto de los temas de los que hablarais, eso es cosa vuestra, pero sí me interesa la información que te dio sobre mí.

Respiré hondo antes de responderle.

—Me explicó por qué decidiste ser policía.

Meneó la cabeza con impaciencia, muy enfadado.

—Vamos, Harry, no es para tanto... No voy a presuponer nada sobre nosotros, pero me alegra haberme enterado porque hace que valore más nuestra amistad... y a ti.

—Eso es algo que debería haberte contado yo cuando lo creyera conveniente, no ella.

—Es tu amiga, te quiere y se preocupa por ti.

—¿Quiere emparejarme contigo a como dé lugar, maldita sea!

Me encogí de hombros, tratando de disimular el dolor que me causaba que

aquel hecho le pareciera tan lamentable.

—Te entiendo. Qué horrible ocurrencia la de Gina... Tratar de emparejarte conmigo.

Solo me faltó rugir, pero me arrepentí de inmediato. Di media vuelta y entré en la habitación, avergonzada. Me siguió.

—¿Valentina?

—Siento la salida de tono. Trataré de disimular las cosas que me duelen para no molestarte.

Se acercó de unas pocas zancadas.

—No es eso lo que te pido. —Su voz se había suavizado—. Puedes decirme cómo te sientes siempre que te apetezca. Sabré cómo lidiar con ello. Pero en lo de antes me has malinterpretado y lo sabes. No quise decir que fuera horrible que me emparejara contigo, solo que no debe meterse en mis asuntos.

Asentí sin dejar de mirar mis propios zapatos.

—¿Valentina?

Harry necesitaba que lo mirara, pero no podía.

—No quiero que lo pases mal, Val, y mucho menos discutir por tonterías. Solo quiero que seas tú misma y que me dejes conocerte a fondo. Tenemos poco tiempo. ¡Aprovechémoslo! En nada volverás a Vancouver y...

—No voy a regresar a Vancouver.

Se hizo un silencio entre nosotros que pareció durar mucho tiempo.

—¿Qué? ¿Por qué? —Su sorpresa se reflejaba en sus pupilas, tan dilatadas que sus ojos azules parecían negros.

—No soy ninguna acosadora, no te asustes. He finalizado mi contrato con la empresa de Vancouver y podría buscar trabajo. Siempre deseé vivir en esta ciudad y en este barrio cuando creciera, dedicarme de lleno al mundo del arte, pero me daba tanto miedo fracasar y regresar aquí tras el asesinato de Douglas y los chicos que... —Titubeé antes de continuar—. Creía que me matarían tan pronto como me encontraran, pero ha pasado demasiado tiempo y se habrán olvidado de mí, ¿verdad?

—Están todos en prisión por asesinato múltiple. Les ha caído la perpetua — me informó.

—Sí, es cierto, y todo gracias a ti. Me lo contó Gina.

Sonrió con cierta melancolía y me acarició el pelo. Era el primer gesto afectuoso que me profesaba desde que había llegado.

—Puedes estar tranquila. No te harán daño.

Estábamos muy cerca, nuestras respiraciones acompasadas, mirándonos sin tregua. Por un instante, creí que Harry me besaría, pero no fue así. Se apartó de mí, volvió a preparar la cena y le ayudé en lo que pude. Charlamos de cosas sin transcendencia y nos fuimos a dormir, cada uno a nuestra cama. Me hizo ilusión que hubiera colgado sobre su escritorio la acuarela del jardín japonés que le había regalado.

Tenía la sensación de que no avanzábamos.

A la mañana siguiente, cuando Harry se fue a trabajar, hablé por teléfono con Patrick. Había sido muy clara con él, le había comunicado que mi intención era trasladarme a Portland y tratar de conquistar o reconquistar a Harry. No se pronunció al respecto y di por supuesto que no le gustaba la idea, en especial la de mi traslado. Ya no solo viviría en una ciudad distinta a la suya, sino en un país también diferente.

—¿Estás segura de que no avanzas con él? Tardas en saber lo que quieres, pero cuando lo tienes claro, eres tan impaciente que quizás sí haces avances y no eres capaz de verlos.

—No, no avanzo. Harry no es capaz de olvidar que lo aparté de mi vida cuando estábamos en Vancouver y creo que está dolido porque durante estos tres meses me ha visto en las redes sociales en un par de fotos muy encariñada con un tipo. Ni siquiera era consciente de que nos habíamos hecho esas fotos abrazados. No le di importancia. Tampoco creí que las iba a ver...

—A mí también me dolería que una persona que me interesa y con la que me he acostado tardara un minuto en olvidarme. Ambos erais libres, de acuerdo, pero...

—No me lo puedo creer, Patrick. ¡Lo estás defendiendo!

—No lo defiende, niña mía, simplemente comprendo que esté dolido. Yo sé por qué te acostaste con ese tipo y tú también lo sabes. Tal vez debieras decírselo a él. La mañana que os despedisteis, cuando os pillamos Jason y yo en el apartamento, todo hacía pensar que estabas loca por él, que si lo alejabas era porque necesitabas poner en orden tu vida, saber si eras capaz de cuidarte sola y descubrir si te estabas enamorando o Harry solo era un salvavidas. Él se marchó de aquel apartamento pensando esto mismo que acabo de decirte y resulta que al poco tiempo intuye o se entera de que te andas acostando con otro hombre. Le dolió y lo comprendo.

—¿Crees que debo hablar con él, entonces, sobre el tema?

—Creo que debéis aclararlo todo, sí. Cuanto antes, mejor. «Lo que no se aclara se oscurece», ¿recuerdas?

Claro que lo recordaba. Era una de las muchas cosas sabias que solía decir Lulú, la abuela de Patrick.

Capítulo 19

BAILAR

Chester celebró su cumpleaños a finales de aquella misma semana y casi no llego a tiempo de comprarle el regalo. Había estado muy ocupada entregando currículums por toda la ciudad, en parte porque pensar en eso me distraía de hacerlo en otras cosas, como por ejemplo explicarle a Harry por qué me había acostado con aquel tipo. No era de su incumbencia, al fin y al cabo, yo era una mujer libre que no le debía explicaciones a nadie, pero entendía que le doliera. A mí también me habría hecho daño si estuviera en su lugar.

—¿A qué hora quedamos con tu hermano?

Asomé la cabeza por la puerta del dormitorio para preguntarle. Había estado tumbada, leyendo. Él hacía lo mismo en el sofá. Alzó los ojos para mirarme por encima de sus gafas de pasta negras. Estaba tan guapo que me daba ganas de saltarle encima, literalmente,

—En una hora. Cenaremos algo en un japonés que acaban de abrir y después quiere ir a no sé qué discoteca.

Chascó la lengua con fastidio. Me reí.

—¿No te gusta bailar?

Salí de la habitación y me senté a su lado en el sofá. Cerró el libro, se quitó las gafas y alzó las cejas con gesto cómico.

—No soy John Travolta.

—No sabía que hubiera que serlo para disfrutar del baile.

—Para disfrutarlo en solitario no, pero para hacerlo en público necesito moverme mejor que un chimpancé.

Lo miré. Contuve la respiración. Él sonreía.

—Pues a mí me gustaría bailar contigo, Harry. Aunque lo hagas mal.

No me respondió al instante. Se tomó su tiempo.

—¿En serio?

Asentí. Volvimos a quedarnos callados. Aquel era el momento de hablar y lo sabía, así que dije lo que necesitaba soltar desde hacía días.

—Hay algo que quiero contarte... Existe un motivo para que me acostara con alguien mientras estuvimos separados. Quizá te parezca una estupidez, pero lo hay.

Carraspeó antes de responder.

—No me debes ningún tipo de explicación. No somos pareja.

—¡Lo sé! No voy a contártelo porque deba, sino porque quiero hacerlo. Sé que estás dolido y...

—Sí, lo estoy. Mucho, además, pero ese es mi problema, no el tuyo. No me debes nada. Somos dos personas libres que hacen lo que les parece mejor con sus vidas.

—¿Quieres dejar que me explique, por favor?

—No sé si quiero escuchar algo que va a dolerme.

Su espalda reposaba sobre el respaldo del sofá. Estaba a pocos centímetros de mí y, aunque declaraba estar dolido, ni su rostro ni su tono de voz mostraban nada de eso. Había cierta expectación en su semblante.

—No podía alimentar el pensamiento de que solo contigo llegaba al orgasmo, Harry.

Se quedó callado, escuchándome. Continué.

—No quería permitirme idealizaciones ni agarrarme a esa idea de que nadie más en el mundo puede darme lo que necesito en la cama. Esa es una de las bases de las relaciones dependientes. Necesitaba saber lo que sé ahora.

—¿El qué? ¿Que puedes correrte con otros? Eso te lo habría dicho yo y nos

habríamos ahorrado cuatro meses de distancia. No te corríste conmigo por mí, sino por ti. No fue porque nos conociéramos desde la infancia, no fue porque yo sea el mejor amante del mundo, fue porque tú estabas preparada para superar el problema. ¿Eso es lo que sabes ahora?

—Sí, pero solo en parte. Lo que sé ahora es que no te necesito para vivir, sino que te elijo porque mi vida contigo es mejor. No solo me atraes físicamente, no solo me haces arder cuando me tocas... También me respetas, me escuchas, te esfuerzas por comprenderme y defiendes mi libertad y mi espacio. Y te quiero, Harry. Te quiero muchísimo. Sé que el amor lleva tiempo y esfuerzo pero lo que yo siento por ti nunca lo había sentido por nadie, pero necesitaba comprobar que si algo iba mal entre nosotros, tenía la fuerza y la capacidad de alejarme de ti y seguir con mi vida, porque creo que eres un ser maravilloso que me quiere, pero si en algún momento cambiaras conmigo, si no fuéramos felices o si me trataras mal, sé que puedo dejarte y seguir adelante. Necesitaba esa seguridad en mí misma, ¿comprendes?

Asintió.

—No me enfadé porque te acostaras con otro, Val. ¿Quién soy yo para decirle a alguien lo que hacer con su vida? No eres de mi propiedad. Pero sí me dolió muchísimo. Fue como si un tigre me arañara el pecho, pero no por lo que crees. No tiene nada que ver con que alguien que no sea yo te haya tocado, aunque también los celos me consumieron, no te lo voy a negar. Lo que sentí, sobre todo, fue miedo a perderte, a que descubrieras a alguien que fuese mejor para ti que yo, que te gustase más, que te hiciera más feliz.

Alargué el brazo para acariciarle el rostro y negué con la cabeza.

—Nadie es mejor para mí que tú porque te quiero, porque me haces sentir bien y no me sobreproteges. Confías en mí y en mis posibilidades y me das alas para ser libre. Estoy enamorada de ti, Harrison Clifford Sheridan... o Duncan, porque eres un hombre bueno e inteligente, porque me gustas a todos los niveles. Por mil razones.

—¿Lo tienes claro? —Su voz sonaba ronca. Su rostro estaba serio.

—Sí ¿No me crees?

Iba a responder algo cuando el teléfono sonó. Era Chester.

—¿Estás lista? Nos está esperando abajo.

Corrí a calzarme y fui a su encuentro. Me sentía extraña. Le había abierto mi corazón a Harry y no había recibido respuesta. Sabía que me quería, pero... ¿estaba dispuesto a intentar una relación conmigo? Ese era el gran dilema.

Cenamos en un japonés, tal y como estaba previsto. Éramos al menos veinte personas y me tocó sentarme en la mesa muy lejos de Harry, pero cerca de Ginna Hogan. Parecía más animada que la última vez y eso me hizo pensar que su relación con Chester avanzaba.

—Esta mañana me han llamado de una empresa de publicidad para entrevistarme —le expliqué, cuando me preguntó si había dado frutos el envío de decenas de currículums—. Se trata de un puesto de diseñadora gráfica que me parece muy interesante. A ver si tengo suerte. También he estado mirando casas en el barrio. Busco una que tenga un sótano que pueda usar como taller. Últimamente experimento con metal para las esculturas y necesito instalar una pequeña forja.

—Habla con Harry. Él tiene un estudio en ese edificio antiguo que hay frente a su apartamento.

Asentí. No me había contado que tuviese un local para pintar. Eso significaba que se lo estaba tomando más en serio de lo que yo creía. Lo miré desde el otro extremo de la mesa. Hablaba con Chester y con otro hombre al que no conocía. Se topó con mi mirada por casualidad y la mantuvo. Le sonreí, me sonrió y seguimos con nuestras respectivas conversaciones.

Cuando llegamos a la discoteca eran casi las doce de la noche. Ginna pidió varios chupitos y negué con la cabeza antes de darle explicaciones.

—Tomaré uno. Dos como mucho. Quiero estar bien lúcida. —Me acerqué a

su oído. La música estaba tan alta que me veía obligada a gritar y no quería que aquello lo escuchara nadie más—. Esta noche me voy a lanzar con Harry y, si estoy borracha, no soy dueña de mí.

Soltó todo el aire que tenía en los pulmones en una carcajada estruendosa.

—Somos muy distintas, Valentina. Yo necesito emborracharme justo por el mismo motivo... Sin alcohol, no creo que tenga el valor de insinuarme a Chester.

Nos tomamos a la vez el primer chupito de tequila que nos quemó la lengua, el paladar y la garganta. Hicimos lo mismo con el segundo. Me planté en el tercero, pero ella siguió. A nuestro lado se había puesto Chester. Miró a Ginna de reojo. Yo quería sacar a bailar a Harry, pero me daba miedo dejarla sola en la barra bebiendo.

—Oye, Chester, Ginna ha bebido varios chupitos de golpe, ¿le puedes echar un ojo? —Se lo dije al oído. Vi cómo asentía y me atreví a ir un paso más allá—. Sé bueno con ella. Te quiere tanto...

Se apartó para mirarme. Alzó la voz sobre la música.

—Lo mismo podría decirte yo respecto a mi hermano.

Nos sonreímos. Me caía bien Chester y me gustaba Ginna. Por un instante, imaginé mi vida en Portland, si Harry y yo iniciábamos una relación. Echaría de menos a Patrick y a Jason, pero me sentiría feliz de estar rodeada de aquella gente maravillosa. Además, crecer era aprender a separarse de las personas queridas y siempre podía subirme a un avión para ir a verlos a Canadá cuando la añoranza se hiciera insoportable.

Busqué a Harry con la mirada y lo encontré en la barra que había al otro lado de la pista de baile. Me estaba mirando por encima del vaso que acababa de llevarse a los labios. A su lado, un tipo le hablaba y él movía la cabeza de manera automática, sin dejar de observarme. Caminé hacia él, decidida. Cuando llegué a su altura me sonrió. Le dio una disculpa al hombre con el que hablaba y este acabó alejándose.

—Baila conmigo. —Casi sonó como si se lo estuviera ordenando.

—No.

—Vamos, Harry...

Negó con la cabeza.

—Ni de coña. Prefiero observarte desde aquí.

Me mordí el labio y ladeé la cabeza antes de responder.

—¿Estás pidiéndome que baile para ti?

Sus ojos descendieron hasta mi boca.

—No era eso lo que estaba diciendo, pero reconozco que me gusta la idea.

Apoyé la palma de mi mano en su pecho y creí notar los latidos de su corazón. Fui a la pista, me abrí paso entre la gente y me volteé para mirarlo. Se acababa de sentar en uno de los taburetes de la barra y no apartaba la mirada de mí. Comencé a moverme despacio, de manera sensual. Descubrí que, si no quería morirme de la vergüenza, debía cerrar los ojos e imaginar a Harry, porque si lo veía, los nervios se apoderaban de mí y mis piernas no me respondían de la manera deseada.

«Bailo para ti», pensaba. «Bailo para que te excites, para excitarme yo con tu deseo». Alcé las manos por encima de la cabeza y moví las caderas, me contoneé mientras imaginaba qué podría estar pensando Harry, qué imaginaría en aquel instante. A mi mente volvieron mil imágenes suyas. El primer beso, cuando aún creía que él era Jack, el *gigoló*. Nuestro delirio en el baño del Daines. El orgasmo en el almacén de la galería durante la fiesta de clausura. Tenía la respiración entrecortada y notaba cómo me ardían las mejillas. Estaba excitada. Mucho... Y entonces una voz me sacó de mi ensimismamiento, asustándome.

—Tienes mucho público, Valentina —susurró Ginna en mi oído.

Abrí los ojos, un poco mareada, y vi a varios hombres a mi alrededor observándome con sonrisas lascivas. Busqué a Harry. Seguía con sus increíbles ojos azul cobalto clavados en mí. Sonreía, al igual que los tipos que me rodeaban, pero no había lascivia en aquel gesto suyo. No supe identificar lo que veía en su rostro, pero me gustó.

Le di un beso en la mejilla a Ginna, sorteé a los mirones y caminé hacia él. No creo que nunca en mi vida me hubiera sentido más segura de algo que en aquel momento. Llegué a su altura. Él no movió ni un músculo. Permanecí en silencio. Finalmente, resopló.

—Madre mía. Por incendios más pequeños que el tuyo he visto bosques enteros quedar devastados. La pista ardía. —Adelantó la mano y tomó un mechón de mi pelo entre sus dedos.

—La que ardía era yo, Harry. Ardía por ti.

No dijo nada. Nos miramos. Parecía debatirse entre dos opciones y finalmente ganó la que menos me gustaba.

—Estoy cansado. Me voy a casa. Si te lo estás pasando bien, puedo decirle a Chester que te lleve más tarde.

Me quedé helada. ¿A qué venía aquello ahora? Creía que estábamos jugando a aquel juego sensual los dos. Pero parecía ser que no. Algo se había torcido en el último instante y no lograba averiguar por qué se alejaba de mí.

—Me quedo. Ya me las arreglaré para llegar. No necesito que me lleve Chester.

No disimulé el enfado. Quería que se me notara. Le di la espalda y regresé a la pista de baile, donde Ginna bailaba con otra de las chicas que había ido al cumpleaños. A juzgar por su cara, la noche le había ido tan mal con Chester como a mí la mía. Me acerqué a ellas y comencé a bailar.

Llegué a casa tres horas más tarde. Abrí la puerta con cuidado para no despertar a Harry, pues el sofá en el que dormía estaba situado nada más entrar en el apartamento. Me deshice de los zapatos y caminé de puntillas. Bebí un vaso de agua en la cocina antes de meterme en el dormitorio. Me quité la ropa con desgana. Olía a sudor. Me di una ducha antes de meterme en la cama y me dispuse a pasar el insomnio como buenamente pudiera. No iba a dormir. Estaba demasiado enfadada y triste para hacerlo. Tampoco sabía cómo detener los pensamientos negativos que me rondarían la cabeza durante las horas siguientes. ¿Debía darme por vencida con Harry? Seguro que sí. No

quería ser pesada ni insistir en algo que no era bien recibido por él. Tenía que reconocerlo: Harry no deseaba nada conmigo. Tal vez no me lo decía con claridad por miedo a herirme, pero no iba a ponerlo en ese aprieto. Lo mejor era asumir que lo nuestro era imposible, pero que podíamos ser amigos. No quería estropearlo. Él era demasiado importante para mí. Aquel dolor, aquella sensación de fracaso y vacío algún día desaparecerían y entonces nuestra amistad me parecería maravillosa, pero justo en aquel instante, mientras trataba de aceptar que él no me amaba o que, si lo hacía, ese amor no le parecía suficiente como para una relación, sentía un dolor tan profundo que casi me costaba respirar.

Capítulo 20

INTENTÉMOSLO

La puerta de la habitación se abrió casi una hora más tarde y el corazón me dio un vuelco. No había parado de revolverme en la cama sin poder dormir. Giré la cabeza y vi a Harry apoyado en el marco, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Estás segura?

Me incorporé en la cama. Mi cara debía de reflejar mi estupor. Concretó su pregunta.

—¿Estás segura de estar preparada para lo nuestro?

Asentí.

—¿Es el momento adecuado, Val? ¿Has resuelto tus cosas?

Volví a asentir, incapaz de emitir aún ninguna palabra. Temía que, si le decía algo, se echara atrás.

—¿Puedo fiarme de que quieres intentarlo de verdad? Eso no significa que luego no pueda salirnos mal. No te pido que me asegures un final feliz, solo quiero tener la absoluta certeza de que estás aquí porque me deseas y porque te estás enamorando de mí.

—Ya estoy enamorada —lo interrumpí.

Se quedó mudo y paralizado durante un instante. Descruzó los brazos del pecho.

—No quiero ser tu clavo ardiendo, ni tu salvavidas, Valentina. Debes tener

claro que no deseas estar conmigo porque necesitas a alguien, sino porque me quieres a mí. Si no estás completamente segura...

Me levanté de la cama y caminé hacia él.

—Ya te dije que no te necesito, Harry. Te elijo, que es distinto. O, mejor dicho: te eligió mi corazón y se empeñó en que tenías que ser tú y solo tú durante todos estos meses, incluso cuando mi cerebro quería negarte el acceso a mi vida. Te quiero. Estoy segura de ello y preparada para que lo intentemos. He sopesado los pros y los contras y quiero hacer lo que me dicta el instinto y los sentimientos: vivir aquí, en Portland, contigo... En el barrio con el que soñábamos de niños.

Ahora era él quien asentía.

—Pues intentémoslo entonces, Val.

Tenía la sonrisa más increíble que había visto en mi vida. Sus ojos brillaban. Tiró de la vieja camiseta que me había puesto para dormir y me acercó a él.

—Llevo meses soñando con esto, pecosa, creyendo que nunca más volvería a tocarte.

Me puse de puntillas para plantarle un beso, pero solo llegaba hasta su barbilla. Me miró desde arriba sin rastro de la frialdad con la que me había tratado desde que llegara a la ciudad. Tardó una eternidad en tomarme por la cintura y alzarme hasta quedar frente a él. A veces lo veo como a un gigante con esos treinta centímetros que me saca. Nuestros labios quedaron a escasos milímetros. Gemí ante el simple placer de imaginar lo que se avecina.

—¿Y ese ruidito? Aún no te he hecho nada —murmuró con una sonrisa.

—Tengo una imaginación portentosa y recuerdos muy vivos de lo que ocurre cuando me tocas.

—Quiero estar seguro de un par de cosas antes de nada... Mi concepto de la relación exige exclusividad, nada de relaciones abiertas. No soy un tipo moderno en ese sentido.

Me apoyó en el suelo justo cuando acabó de hablar, como si quisiera poner

algo sólido bajo mis pies antes de responderle.

—¿Y qué te hace pensar que yo sí? —Realmente me sorprendió que supusiera eso de mí.

—Te mueves en un ambiente más... alternativo que el mío.

—Pero yo no tengo nada de alternativa, Harry. No te compartiría con nadie. ¡Ni que estuviera loca!

Sonrió.

—Entonces estamos de acuerdo con el tipo de relación que estamos iniciando, ¿no? —Quería cerciorarse.

—Sí. No volverás a acostarte jamás con otra mujer. Esta que ves frente a ti es la única que disfrutará de ese cuerpo tuyo de dios del Olimpo.

Adelanté el brazo para introducir la mano por debajo de su camiseta. Contrajo los músculos y su piel se erizó. Cerró los ojos justo antes de atraerme hacia él y besarme con un ardor que me dejó sin aliento. Hundí los dedos en su pelo y dejé que mis uñas se clavasen un poco. Lo oí gemir mientras su lengua me invadía, me acariciaba, me excitaba, me inundaba del exquisito sabor del licor que debía de haberse tomado hacía poco tiempo.

Lo ayudé a quitarse la camiseta. Le desabroché los botones del vaquero que aún llevaba puesto y tiró de él y de los calzoncillos. Al fin lo tuve desnudo ante mí. Inmenso. Imponente. Tan excitado que mi mano cobró vida propia para cerrar los dedos sobre su erección y comenzar a masajearla. Se quedó muy quieto, mirándome, dejando que el aire se escapara entre los dientes apretados. Cerró los puños. Me arrodillé y lo lamí con delicadeza al principio, pero acabé por engullirlo, impaciente y hambrienta. Todo él se tensó mientras susurraba mi nombre. «Val, Val, Val...». Le pregunté con chulería: «¿Qué?». Me empujó contra la pared con decisión. Mi espalda notó el frío, aunque el resto de mí ardía.

—Te voy a quitar esa sonrisa de suficiencia de la cara a base de embestidas, pecosa.

Me reí, pero sabía que era cierto. Contuve el aliento cuando me quitó la

camiseta y ni siquiera se dignó a bajarme las bragas. Su dedo se coló dentro de mí con decisión.

—Qué bestia —dije entre gemidos—. ¿Y si no estaba preparada?

—Pero si tienes las bragas empapadas...

Agarré su cara entre las manos para que me mirara fijamente. No dejaba de masturbarme.

—Contigo siempre estoy empapada. Aunque no te lo propongas, siempre me excitas... O me excito yo imaginando mil cosas contigo.

Me besó con voracidad antes de abandonar mi boca y dedicarse a los pezones. Los mordisqueó, tiró de ellos con suavidad. Hubo un mínimo punto de dolor cuando sus dientes los apresaron. Me agarré a él con fuerza y grité cuando un orgasmo inesperado, rapidísimo, me traspasó, debilitándome las piernas. No pude dejar de gemir ni siquiera cuando las últimas olas de placer se fueron diluyendo.

—Joder... Y eso que te costaba correrte con un hombre —me murmuró al oído. Deslizó el dedo fuera de mí y comenzó a masajearme el clítoris sin darme tiempo a descansar, sin dejarme tregua posible. Noté cómo volvía a excitarme—. Ven aquí, Val.

Nos tumbamos sobre la cama y, entonces sí, me quitó las bragas. Lo esperé con las piernas abiertas, flexionadas, y el rostro encendido como una brasa. Rebuscó los condones en la mesilla de noche y se puso uno mientras me miraba.

—Estás increíble, ahí tumbada sobre la colcha negra. Hueles a sexo desde aquí. A sexo y a desesperación...

Se colocó sobre mí, a punto de penetrarme, pero no lo hizo. Gimoteé. Traté de forzarlo, pero se negaba. En cambio, se frotó contra mí y el deseo se convirtió en un monstruo de necesidad.

—Por favor, por favor, Harry.

—Así te quiero ver, tan loca por que esto pase como yo. Creí que nunca más, Val. Que tú y yo nunca más...

Dejó en el aire el resto de las palabras. Se hundió en mí. Gritamos los dos. Nos miramos. No se movió.

—Harry... —Mi voz temblaba.

—Yo también estoy enamorado de ti, Val. Te quiero tanto, tanto...

No pude responder, porque comenzó a moverse con tanta fuerza que sentía que iba a explotar en apenas un instante. Levanté la cabeza para unir mi boca a la suya. Quería besarlo, morderlo. Clavé las uñas en sus nalgas y gimió desesperado. Le pedí sin palabras que se hundiera más adentro y sus embestidas se volvieron más potentes.

—Quiero correrme contigo. Avísame, Harry.

—Estoy a punto...

Me toqué los pezones, los pellizqué y él gruñó.

—Estoy... a punto —logré decir a media voz. Sentí la cercanía del orgasmo —. Ya, ya...

Se dejó llevar y nos corrimos al mismo tiempo. Mirándonos. Respirando casi como peces fuera del agua. Se desplomó después sobre mi pecho. Le acaricié el pelo. Se acodó sobre el colchón y me besó despacio, muy despacio, y entonces salió de mi interior y me quejé con un ruidito casi infantil, pero me arrastró hacia él para abrazarme.

—Vamos a dormir juntos por primera vez y eso es... —Su pecho se movió en sacudidas breves y tardé en comprender que se estaba riendo—. Tengo miedo, Val. A veces te oigo roncar desde el sofá y con la puerta cerrada.

Le di una palmada sobre el pecho y también me reí.

—Era una broma. Me hace mucha ilusión dormir contigo. Verte por la mañana despeinada y con un olor de boca nauseabundo. —Volvió a reír.

—Ni lo uno, ni lo otro. Soy una auténtica ninfa, excepto por lo de roncar. Pero nadie es perfecto. —Depositó un beso en su cuello.

—Como si eres un orco. Estoy loco por ti.

Me lo dijo tan serio que sentí un nudo en la garganta. Temí que las lágrimas estropearan aquel momento.

—A veces lloro cuando me emociono. No te vayas a asustar —lo avisé.

—*Drama queen...*

Volví a besarlo y a reírme. Hablamos de algunas cosas sin importancia y nos dormimos. Al despertar, vi que eran las ocho de la mañana. Harry estaba abrazándome por la espalda. Puse mi mano sobre la suya y le di gracias, en silencio, a la vida por ese regalo.

Era feliz sintiendo su cálida respiración sobre la piel de mi cuello. Me giré despacio cuando sentí que se movía un poco. Quedamos frente a frente y cuando al fin abrió los ojos, lo primero que vio fue mi sonrisa de bobalicona enamorada.

—*Madre mía, bandida. Qué guapa estás por la mañana. Va a ser cierto que eres una ninfa* —me lo dijo en un español con leve acento mexicano.

—Al final, cumpliste tu promesa de estudiar español, ¿eh?

—Sí, señora. Con una profesora de Guanajuato que me amenazaba con echarme chile en la comida si no pronunciaba correctamente las palabras.

Nos reímos. Me besó, pero aún no me había acostumbrado tanto a su cuerpo como para que un leve acercamiento suyo no me excitara.

—Quiero sexo —susurré, frotándome contra él.

—A sus órdenes, señora —murmuró, antes de perderse bajo las sábanas y hundir su boca entre mis piernas.

Tardamos más de dos horas aún en levantarnos de la cama. Nos duchamos juntos, desayunamos y Harry me preguntó:

—¿Qué quieres que hagamos hoy?

Tenía el día libre.

Tuve muy clara mi respuesta.

—Llévame al taller donde pintas, por favor.

Pensé que le importaría, que sería reacio, pero no fue así. Alzó los ojos al cielo en señal de paciencia.

—¿Gina también te ha contado eso? No sé qué voy a hacer con ella.

Pero no estaba enfadado. Al contrario. Parecía feliz de poder enseñármelo y yo no veía la hora de estar ante su obra.

El edificio en el que se encontraba era antiguo y estaba vacío, o eso parecía. El eco de nuestros pasos nos fue acompañando. Entramos a través de una vieja puerta metálica a su estudio y vi cientos de obras por todas partes: en caballetes, apoyadas contra la pared, colgadas... El uso del color, las pinceladas, todo era asombroso. Había vivido rodeada de arte y trabajado en galerías durante media vida, sabía reconocer algo genial cuando lo tenía ante las narices.

—Dios mío, ¿nadie ha visto esto? —Lo estaba mirando boquiabierto.

—Chester sí. Ha querido exponer algún cuadro mío en el local varias veces, pero me niego. Es patético exponer en tu propia galería.

—¿No quieres que salgan a la luz? —Sabía que tenía miedo, que al igual que yo, lastraba una infancia complicada que le había marcado en muchos aspectos de su vida.

Harry caminó hacia el gran ventanal que había al fondo de la sala, hundió las manos en los bolsillos y se quedó con la mirada perdida en la explanada que se veía a través del cristal.

—Mi padre apareció muerto ahí —dijo con voz fría, como si tratara de distanciarse para que le doliera menos. Estaba señalando la explanada que había detrás del edificio—. Lo encontraron unos vagabundos después de varios días.

No me atrevía casi ni a respirar. Continuó hablando.

—En los últimos meses no me reconocía. Traté de llevarlo a casa y no quiso. También se negó a ir a un albergue. Lo buscaba por toda la ciudad con una bolsa llena de ropa limpia y comida. Solo lo encontré en dos ocasiones. No recordaba nada, excepto que pintaba en las calles y que la policía no debía pillarlo. —Se mordió el labio, cerró los ojos y movió la cabeza, como si lo que iba a decir le doliera de una manera física—. No se acordaba de que

había tenido un hijo. Para él, es como si yo nunca hubiera existido. Solo el arte tenía importancia. Arte con mensaje. Arte plasmado en las paredes de la ciudad. Adrenalina corriéndole por las venas ante el miedo de ser pillado. — Dio una patada a la pared—. No quiero ser así. No quiero obsesionarme y dejar de lado las cosas verdaderamente importantes.

—¿Porque crees que te convertirías en lo mismo que fue tu padre?

—No es que lo crea, es que tengo miedo a que eso ocurra. Aislarme así del mundo, alienarme... Por eso he seguido en la policía después de haber metido en la cárcel a los que creí que te habían matado. Aquel había sido el motor que me impulsó a entrar en el cuerpo, pero después pensé que ese trabajo me ataba a la realidad, era una obligación diaria más allá del arte... Me obliga a pensar en otra cosa, además de mis cuadros. Luego pensé que también tengo la galería. Eso requiere unas horas al día de dedicación por mi parte.

—¿Qué quieres decir? —Suponía lo que estaba a punto de escuchar, pero quería que él lo verbalizara.

—Voy a dejar el cuerpo. No quiero ser policía. Ya no.

Me miró con cierto nerviosismo. Esperó mi reacción.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro. No es lo mío. Nunca lo fue. Solo quería hacer justicia o vengar tu muerte, nunca he tenido muy claro cuál de las dos opciones movió mis actos. Y lo más curioso es que este trabajo me llevó hasta ti. —Me miraba muy serio, con el ceño fruncido—. Ya he cumplido mi misión. No tiene sentido que siga siendo policía. La galería nos da más que de sobra a Chester y a mí para vivir.

—¿Solo lo dejas por eso?

—Quiero tener más tiempo para pintar. Estoy deseando hacerlo. Tengo la cabeza llena de ideas, y desde que llegaste a mi vida es como si hubiera descubierto el camino que quiero seguir. Cuando discutimos aquella vez en Vancouver y me dijiste que era un cobarde porque el miedo me impedía dedicarme a lo que más deseaba, me hiciste despertar y darme cuenta de que

ese miedo no podía gobernar mi vida. No somos como nuestros padres, ¿verdad, Val?

Me acerqué a él sonriendo y lo abracé.

—No, no somos como ellos.

Estrechó sus brazos alrededor de mí y hundí el rostro en su pecho.

—Tengo un hermano adoptivo cuyo padre biológico es un asesino en serie. Su hermano biológico también lo es. —Me aparté para mirarlo. Su rostro en esos momentos había adquirido cierta paz, lejos de la preocupación de días atrás—. Es curioso lo claro que veía que mi hermano Travis no tenía que pagar por los crímenes de su familia biológica y que nada tenía que ver con ello y lo mucho que me ha costado darme cuenta de que no estoy predestinado a repetir los errores de mi propio padre.

Travis... Travis Duncan[1], ese era el nombre de su hermano. Recordaba haber escuchado en las noticias, varios años atrás, la historia de aquel chico adoptado que descubre sus terribles orígenes.

—Es más fácil darse cuenta de las cosas cuando les ocurren a los demás.

Me acarició el rostro y me besó con suavidad. Volvimos a abrazarnos.

—Hoy es el principio de todo. De ti y de mí. —Se apartó para mirarme muy fijamente a los ojos mientras me lo decía.

—El principio de nuestra vida juntos en Portland. El principio de mi nuevo empleo...

—¿En serio?

Asentí con una sonrisa.

—Todo hace pensar que sí. Quieren entrevistarme y se muestran muy interesados por mi currículum. Tengo un buen presentimiento.

Harry rio.

—O sea, que va en serio eso de quedarte en la ciudad. No lo tenía del todo claro.

Le di un golpe suave con el puño en el brazo.

—¿Cómo que no lo tenías claro?

Sin dejar de reírse, me arrinconó contra la única columna de la que no colgaba alguno de sus cuadros.

—¿De quién es este edificio, Harry?

Me estaba dando besos breves en el cuello. Se apartó un poco para responder.

—De un tipo rico al que le gusta llamarse a sí mismo «mecenas» de los artistas locales. No nos cobra ni un dólar por el alquiler. —Continuó besándome más abajo, por el escote.

—¿Crees que me cederá a mí uno de estos locales vacíos? Necesito trasladar a alguna parte mis esculturas.

—No me cabe la menor duda, pero mejor hablamos de eso más tarde, ¿no crees? —preguntó justo cuando comenzaba a desabrocharme la cremallera y a bajarme el pantalón.

Asentí con un leve gemido.

Capítulo 21

CASA DE ACOGIDA

Una semana más tarde hice una de las cosas que más deseaba y más temía.

Llevaba un tiempo dándole vueltas a la idea de visitar la casa de acogida en la que Harry y yo nos habíamos conocido, pero sentía una mezcla de sensaciones que no lograba descifrar. Creo que la palabra que mejor lo describe es «miedo».

Me dolió saber que la señora Phelps había muerto, me hubiese gustado poder abrazarla y disculparme. No debí irme de allí. Escaparme con Douglas fue una soberana estupidez, pero si no lo hubiera hecho, jamás habría conocido a Patrick y no me imagino mi vida sin él y sin Jason.

Cuando le comenté a Harry mi intención de visitar el centro, me pidió que esperara a su día libre. Quería acompañarme. Me sentí aliviada, porque su apoyo era para mí importante. Volver allí suponía reabrir un episodio de mi pasado crucial, pero doloroso. En aquel lugar me enteré de que mi madre se había muerto; conocí la verdadera soledad; perdí mi virginidad con Douglas y me decepcioné con el sexo por primera vez; también conocí allí a Harry y comencé a pensar que la vida aún podía depararme cosas buenas.

El centro quedaba a quince minutos del apartamento de Harry. Nos dirigimos allí en coche y aparcamos justo delante. Me sorprendió su tamaño.

—No es tan grande como la recuerdo.

Estaba asombrada. En mi cabeza, aquel edificio era inmenso, pero la

realidad era distinta. Podría decirse que incluso era pequeño para todos los niños que albergaba.

Sentí la mano de Harry agarrando la mía con fuerza y me mordí el labio.

—¿Cómo te sientes?

Me miraba con preocupación. No respondí a su pregunta. En lugar de eso, formulé yo otra.

—¿Cuánto hace que no vienes por aquí?

—Vengo mucho. Al principio, se debía sobre todo a la investigación. Quería meter a los que os asesinaron en la cárcel y hablaba con mucha frecuencia con uno de los chicos que os había conocido a Douglas y a ti. Después seguí viniendo para ayudar a estos chavales. —Me dedicó una sonrisa forzada y me besó la mano que aún no había soltado—. A veces todavía me parece mentira que estés viva.

—¿Hay un chico de aquella época aún aquí?

—Sí, el nuevo director del centro es un antiguo compañero vuestro. Se llama James Perkins. No llegué a conocerlo entonces porque vino después de que me adoptaran.

—¿¡Perk!?! —Me llevé las manos a la boca y comencé a llorar. Sentí que me faltaba el aire. Harry se asustó.

—¿Qué ocurre, Val? ¡Por Dios, dime algo!

Me abrazó, porque yo no era capaz de articular ni una sola palabra.

—¿Dónde está Perk? Quiero verlo. ¿Dónde está? —logré balbucear al fin.

Harry me llevó hasta el interior del edificio. Todavía me mantenía firmemente abrazada. Preguntó por Perk a la primera joven con bata gris que nos encontramos.

«Aún visten esas batas, como cuando yo vivía aquí», pensé.

Lo vi aparecer por una de las puertas del final de pasillo. Volví a llevarme las manos a la boca, como si quisiera ahogar un grito, en cuanto reconocí su característico rostro de elfo. Incluso tenía las orejas un poco puntiagudas.

—¿Perk?... —balbuceé entre lágrimas.

Él se giró para ver quién lo llamaba y su rostro se tornó pálido en cuanto me reconoció, pero no dijo nada. Parecía que no acababa de creerse que yo estuviera allí, delante de él.

—¿¡Valentina!?! Dios mío... ¿Eres tú de verdad?

Moví la cabeza afirmativamente y caminé hacia él. Nos abrazamos tan fuerte que casi me dolía. Me acarició el pelo y noté que también estaba temblando.

—Te di por muerta. —Me besó en la frente—. No debí dejarte sola con él, joder. ¡No debí! No sabes cuánto lo he lamentado durante estos años. No imaginas cuánto me culpé.

No dejaban de pasar niños que nos miraban curiosos y divertidos. Yo también hubiera mirado así a la señora Phelps si la hubiera visto abrazar a un desconocido en mi presencia.

Perk repitió mi nombre en mi oído, como si no acabara de creerse que aquello fuera cierto. Al final, miró por encima de mi hombro y vio a Harry.

—Buenas tardes, detective Duncan. ¿Fue usted quién la encontró?

Me volví para mirarlo. No entendía nada de lo que estaba pasando, así que se lo expliqué.

—Perk se escapó con Douglas y conmigo.

El rostro de Harry se oscureció.

—Vaya, Perkins, esa no es la historia que me contaste. Te ahorraste un par de detalles, parece ser.

Miré a mi amigo con gesto interrogante.

—¿Mentiste?

Asintió.

—Aquí ya no queda nadie que cuente nuestra verdadera historia y los expedientes de los menores se destruyen en cuanto cumplen dieciocho años, ya lo sabes. Como comprenderás, no quiero que ciertas cosas salgan a la luz.

—Comprendo.

Sabía bien a qué se estaba refiriendo. Él, Douglas, yo y el resto de la banda

habíamos cometido un buen número de delitos mientras vivíamos en la calle y tampoco habíamos sido alumnos modelo mientras vivíamos en el centro.

Harry se nos acercó con gesto de pocos amigos.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando?

Perk y yo lo miramos.

—Puedes confiar en él —le dije para tranquilizarlo.

Respiró hondo y pareció debatirse entre hablar o callarse durante un breve instante. Finalmente, se decidió.

—Vamos a la sala de arriba para estar solos.

Harry y yo lo seguimos sabiendo exactamente adónde nos dirigíamos: a la habitación que la señora Phelps nos permitía utilizar para pintar y esculpir. Ahora era una especie de sala de reuniones, con una mesa alargada en el centro y ocho sillas. Tomamos asiento, Perk a mi lado y Harry enfrente, casi como si se dispusiera a interrogarnos.

—Vamos a empezar por el principio. —Su voz era gélida, como la mirada de sus ojos azul cobalto—. Me mentiste Perkins. Eso se llama obstrucción a la justicia.

Perk negó con la cabeza.

—No obvié ni un solo detalle importante. Decirte que había huido con ellos era algo íntimo que no aportaba nada a la investigación. Creí que Douglas, Valentina y el resto de los chicos habían muerto. Yo había decidido dejar la banda aquella misma mañana e irme sin despedirme de nadie. ¿De qué serviría que te contara que Douglas manipulaba a Valentina, que yo había sido testigo de ello y había decidido dejarla sola con él?

Harry me miró con los ojos desorbitados.

—¿Eso es cierto? ¿Douglas...?

—Sí.

No se me ocurrió qué más decirle. Ese simple monosílabo me había costado horrores. Él se pasó las manos por el pelo, tratando de calmarse.

—Ese maldito cabrón...

—Estaba obsesionado con ella, detective Duncan, pero eso no aportaba luz a los asesinatos, por eso no lo conté. Douglas murió a manos de una banda rival, su relación con Valentina no tuvo nada que ver.

Harry no lo miraba. Tampoco parecía que lo estuviera escuchando.

—¿Qué te hizo Douglas?

Temblé. Miré a Perk y el asintió. «Cuéntalo», me dijo.

—Escondió las cartas que me enviaste para que creyera que me habías olvidado. Yo estaba vulnerable y él se aprovechó, apareció como mi salvador, como un amigo con quien contar. No era más que una cría y lo creí...

—La sedujo y la envolvió con su palabrería y se la llevó con él cuando escapó. Yo también me fui con ellos, pero juro que no sabía que Douglas la estaba manipulando. Tardé mucho en darme cuenta de lo obsesionado que estaba con Valentina y de la dependencia tóxica con la que la controlaba. —Perk hablaba con tono de disculpa. Agarró mi mano por encima de la mesa y me miró—. Traté de abrirte los ojos, pero lo hice mal. No entendía por qué no lo dejabas, por qué creías que lo necesitabas. No comprendí que solo tenías trece años y que no tenías a nadie más en el mundo. Tu madre se había muerto, creías que Harrison se había olvidado de ti...

—Era débil y manipulable, esa es la única explicación. —Me juzgué duramente—. Douglas amenazaba con matarse si lo dejaba. También me decía que el mundo era duro para una chica tan joven, que sin su protección yo no sobreviviría. Él tenía dieciséis años, me parecía mayor y experimentado y me daba seguridad. Realmente creía que no podía sobrevivir sin él. Si no lo hubieran matado, no sé qué hubiera sido de mí. Tal vez nunca hubiera tenido el valor de abandonarlo.

—Lo habrías tenido, no lo dudo —aseguró Perk.

Negué con la cabeza.

—Cuando supe que había muerto y que yo poseía información que iba a convertirme en blanco de otro posible asesinato, hui a Nueva York y acabé saliendo con otro tipo en el que también busqué protección pero,

afortunadamente, pasó de mí y entonces apareció Patrick en mi vida. Siempre he buscado que me cuidaran, hasta hace unos meses. No he vuelto a sentirme capaz de cuidar de nadie, ni siquiera de mí misma, desde mi estrepitoso fracaso con mi madre. —Harry iba a decirme algo, pero alcé la mano, pidiéndole con ese simple gesto que no lo hiciera—. Lo sé, solo era una niña y aquella no era mi responsabilidad. Mi parte racional lo sabe, pero mi cerebro lleva años boicoteándome en ese sentido y me he visto incapaz de hacerme cargo de mí misma... Hasta ahora.

Perk seguía agarrándome fuertemente la mano. Harry me tomó la otra entre las suyas.

—Lo siento tanto...

—Hay más. —Perk parecía dispuesto a contarlo todo—. Si no te dije que había huido con ellos es porque me sentía culpable de abandonar a Valentina. Yo era más pequeño que ella y cuando le pedía que dejara a Douglas no me hacía caso. Me veía como a un niño, y a él, como su única solución para seguir viva y segura. Me cansé y me fui aquella misma mañana... Si no lo hubiera hecho, también yo estaría muerto. Pero ese no es el único motivo por el que te mentí, Harrison. —Tomó aire antes de continuar y yo sentí cómo las lágrimas me resbalaban por las mejillas y cómo me temblaban las manos—. Una noche, Douglas bebió demasiado. Robamos un coche. Sabíamos que estaba borracho, pero ninguno le dijimos que no se pusiera al volante. Atropelló a un hombre y se dio a la fuga. Nos obligó a correr y no nos negamos. Valentina, otro chico y yo le dimos esquinazo y llamamos desde una cabina a la policía para avisar de lo ocurrido. Después, seguimos corriendo. Nunca supe si aquel hombre murió o si sobrevivió. Era un mendigo que no le importaba a nadie... Como nosotros, que no le importábamos a nadie. Unos niños perdidos. Por eso estoy aquí, con estos chavales en este centro de acogida, porque no le importan a nadie, excepto a mí.

Harry estaba reclinado en la silla, mirándonos alternativamente a Perk y a mí.

—Sé lo que estás pensando... —comencé a decirle.

—No, no lo sabes. Tenías trece años, y Perkins, doce. No podéis juzgaros con tanta dureza. Erais niños en una situación que os superaba. Hicisteis lo único que podíais hacer: llamar a la policía. No os martiricéis más. En cuanto a Douglas... —Me miró con impotencia—. Si no estuviera ya muerto, lo mataría con mis propias manos. No debió haberte llevado con él, ni manipularte, ni... —Maldijo entre dientes—. Deberías habérmelo contado. Habría entendido mucho mejor lo ocurrido entre nosotros durante estos meses, Val. Joder, lo hubiera entendido todo a la perfección.

Perk abrió muchos los ojos por la sorpresa.

—¿Estáis juntos?

Harry y yo nos miramos, sin saber muy bien qué responder. Quise cortar la tensión del momento.

—Ese no es el tema.

Harry estaba serio, con la respiración pesada y los ojos un poco vidriosos

—Lo siento, Val. Perdóname. —Su voz sonaba casi cavernosa.

Negué con la cabeza.

—No hay nada que perdonar.

Me levanté de la silla y me dirigí hacia él, para abrazarlo. Sentí el agradable calor de su pecho, sus brazos temblorosos.

—No te lo conté porque me cuesta hablar de ello. Me siento idiota por permitirle que me manipulara y sí, sé que no es mi culpa, que la gente retorcida sabe cómo envolverte. No quería que tú supieras que había sido tan... —No pude seguir hablando.

Me acarició el pelo y nos separamos al escuchar a Perk carraspear.

—Creo que sí estáis juntos, chicos. —Sonrió—. Será mejor que os deje un rato a solas.

Salió de la sala y cerró la puerta.

—Ahora lo entiendo todo, Val. Estos cuatro meses de lejanía, tu necesidad de poner en orden tu vida, de cerciorarte de que lo que tú y yo tenemos no es

ni remotamente parecido a lo que tenías con Douglas. Me parecía exagerado que solo se debiera a la experiencia de tu madre, pero era más que eso... Era tu propia experiencia. Luchabas contra eso.

—Sí. Tenía que romper un círculo vicioso en el que estaba prisionera. Debía dar de lado al miedo y aceptar que en la vida no hay nada seguro, que las cosas malas ocurren sin que puedas evitarlas y no debemos obsesionarnos con controlar cada segundo de nuestra existencia porque nadie nos asegura que estaremos siempre bien. No existe el riesgo cero. La vida tiene su parte de peligro, es así, y debemos aprender a vivir más al día y aceptar que hay cosas que, sencillamente, escapan a nuestro control. No te diré que no tengo miedo a sufrir, pero de lo que sí estoy segura es de que estoy preparada para levantarme después de las caídas y de que ya no las veo con temor, sino como una oportunidad para aprender más cosas sobre mí y ser más fuerte.

Harry solo asentía.

—Te juro que jamás interferiré en tu lucha por ser una mujer más fuerte, por ser más independiente. Seré tu compañero, Val. Codo a codo, juntos contra lo que venga. Yo no soy Douglas. Nunca te manipularé para que te quedes a mi lado. Jamás.

Asentí y lo besé. Nos fuimos unos minutos más tarde tras prometerle a Perk regresar. Ya que iba a quedarme a vivir en Portland, ayudaría en lo posible como voluntaria a aquellos chicos del centro de acogida.

Epílogo

UN AÑO Y MEDIO MÁS TARDE

Aquella mañana noté muy alterados a los chicos del centro de acogida a los que estaba dando clases de cerámica. Era poco habitual aquel comportamiento, pues les resultaba muy relajante estar en el torno moldeando, con música de fondo, y solían concentrarse mucho. Lo entendí todo cuando comenzó a sonar la canción *Marry You*, de Bruno Mars, y Harry entró por la puerta con un enorme ramo de flores. Era el día de San Valentín, mi santo. Tantas veces nos habíamos reído de las pedidas de matrimonio, rodilla en tierra, ante las cámaras de televisión o ante un buen número de personas que en cuanto lo vi poner un pie en el aula de cerámica solté una carcajada. ¡No podía ser! Pero fue... Hincó la rodilla en el suelo, sacó un estuche diminuto del bolsillo de su pantalón y me lo tendió.

Se había hecho un inmenso silencio en la sala.

—Cásate conmigo, Val.

Usó un imperativo que no supe cómo interpretar, si como ruego o como orden. Su voz sonaba ronca, emocionada, aunque sus ojos chispeaban con ese punto de picardía que me encantaba en él. Tenía más que claro que iba a responderle que sí. Nuestra vida en común durante aquellos meses había sido mucho mejor de lo que ninguno de los dos hubiera soñado. Acabábamos de hipotecarnos para comprar una casa.

—No sé, no sé... —Me hice la interesante, pero me duró poco tiempo

porque rompí a reír mientras abría el estuche para ver el anillo que contenía. Cuando al fin lo tuve ante mis ojos, me fue imposible contener las lágrimas.

La piedra era un lapislázuli que Harry había encontrado muchos años atrás mientras paseábamos por los escombros de un viejo y destartado edificio de la ciudad que habían derrumbado para construir un centro comercial. «¡Mira lo que acabo de encontrar!», me había dicho, emocionado, mientras me la mostraba. Lo recuerdo llevándola siempre encima, porque decía que así no se le olvidaría que los golpes de suerte existen y que uno siempre tiene que estar abierto a que pasen cosas buenas en su vida, aunque a veces parezca complicado. «Un día me casaré y seré mejor marido que mi padre. Mi mujer no huirá de mí, como lo hizo mi madre. Le regalaré un anillo que lleve esta piedra, porque ella será mi golpe de suerte y yo seré el suyo». ¡Cuántas veces se lo había oído decir! Claro que por aquel entonces ni él ni yo pensábamos que aquella piedra acabaría en mi dedo.

La había engarzado en plata. Sabía que me encantaba la plata. Era un anillo maravilloso. Me lo puse despacio. Me sequé las lágrimas y lo miré.

—Mil veces sí —le respondí, arrodillándome yo también para fundirme en un abrazo con él. Los chicos del aula, detrás de nosotros, rompieron a aplaudir escandalosamente. Nos conocían a ambos porque habíamos estado yendo casi a diario desde el día que fui a visitar el centro, año y medio atrás.

Nos casamos en Las Vegas y la fiesta duró todo un fin de semana. Yo iba disfrazada de Frida Khalo, y él, de Dalí. Todos nuestros familiares y amigos iban también disfrazados de grandes artistas. Como final de fiesta, proyectamos en una enorme pantalla, en el salón de bodas del hotel, un video con decenas de fotos de nuestra infancia, adolescencia y época actual con todos aquellos que estaban allí con nosotros, celebrando nuestra unión. Ese fue el momento que elegimos para mostrar la fotografía de Anton, el niño que

Harry y yo habíamos adoptado y que llegaría a nuestra casa, al fin, un mes más tarde después de mucho tiempo de trámites burocráticos. Los padres adoptivos de Harry lloraron. Patrick y Jason, también. «Tendremos que trasladarnos a Portland. No podemos estar tan lejos de nuestro nieto, ¿verdad?», le preguntó Patrick a Jason, que asintió emocionado.

Anton fue el primero. Iris y Oliver fueron adoptados un par de años más tarde. Íbamos a tener solo dos hijos, pero cuando supimos de Iris, abandonada en la puerta de una lavandería, no tuvimos corazón para llevarnos a casa solo a Oliver. La vida es ahora un maravilloso caos, como os imaginaréis, pero puedo aseguraros que es incluso mejor de lo que soñé que sería cuando era niña y estaba sola y sin familia en un centro de acogida de Portland y lo único que me ayudaba a seguir adelante era imaginar un futuro hermoso. Y nada de esto hubiera sido posible si no se hubieran encargado de Harry y de mí unas personas maravillosas que nos dieron todo lo que nuestros corazones infantiles necesitaban. Porque no olvidéis que lo que más necesita un niño para sobrevivir, aparte de agua y alimento, es el amor incondicional de un adulto que se ocupe de él y le haga saber que es un ser único y maravilloso. Todo lo demás, sobra.

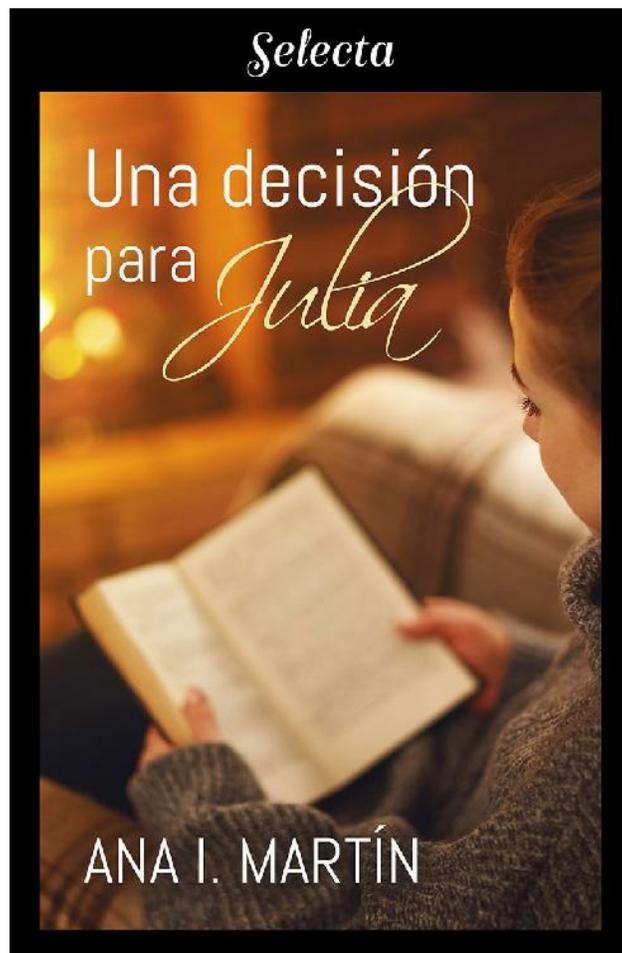
Si te ha gustado

Arder

te recomendamos comenzar a leer

Una decisión para Julia

de *Ana I. Martín*



Capítulo 1

La puerta de la farmacia estaba abierta y Julia vio a dos hombres. El más bajo tenía el pelo oscuro y el otro, rubio, que entre risas decía:

—Tío, menuda pinta se te ha quedado.

El farmacéutico lo observó por encima de las gafas.

—No es para tomárselo a broma; más aún, debería hacerse pruebas de alergia.

Pero el rubio parecía incapaz de contenerse, y fue al apoyarse en el mostrador cuando se percató de su presencia. Y no era su atractivo lo que llamó la atención de Julia, sino ver que le daba con el codo a su compañero sin que este le hiciera el menor caso, pues atendía las recomendaciones del farmacéutico.

—La crema antihistamínica, cada seis horas y el analgésico, cada ocho. En dos o tres días, le bajará; de lo contrario, le aconsejo que vaya al médico.

Entonces, se giró y Julia le vio la cara. La tenía desfigurada por la hinchazón, con el párpado tan inflamado y rojizo que, probablemente, no sería capaz de ver con ese ojo aunque la hubiese mirado durante unos segundos antes de salir a toda prisa. Lo mismo que hizo el rubio, tras esbozar una mueca de disculpa.

—Mucha gente muere a causa de las alergias —escuchó decir al farmacéutico, que buscaba, en uno de los cajones, el medicamento de la receta que acababa de darle. Y continuó hablándole mientras ella asentía y esperaba impaciente ante la tranquilidad con la que envolvía la caja y le daba el cambio.

Al salir a la calle, Julia dirigió la vista hacia el lado por el que se habían ido los dos hombres. Un todoterreno se alejaba y se preguntó si sería aquel en el que iban ellos, pero enseguida cambió el hilo de sus pensamientos. Hundió

las manos en los bolsillos del chaquetón, y echó a andar con la mente ocupada en repasar lo que había hecho esa mañana.

Lo primero, la peluquería. Llevaba dos años sin ir y no se complicó con experimentos: pidió el mismo corte desfilado a capas desde el flequillo, mantuvo la raya al medio y el pelo a la altura de los hombros. Luego, en la consulta de la doctora Carmen Prados, había contestado a sus preguntas de cómo se encontraba, si dormía bien y si tenía apetito antes de que ella le mostrara los resultados del último análisis. Los valores estaban dentro de lo normal y le había suspendido el hierro, que ya no necesitaba. En cuanto al antidepresivo, hacía un mes que tomaba la dosis mínima y la doctora le recetó la última caja que acababa de comprar en la farmacia.

Reconfortada por las buenas noticias y sintiéndose ligera con su corte de pelo, compró unas cosas en la tienda antes de cruzar la plaza. Había algunos ancianos sentados en los bancos de piedra del centro, y entre ellos reconoció a Anselmo, el padre de Paqui, que precisamente, en ese momento, se asomaba a la puerta del bar.

—¡Hola, Julia! Veo que te cortaste el pelo.

—Sí, lo tenía demasiado largo.

Paqui parecía dispuesta a dedicarle unos minutos de charla, pero un cliente la reclamó desde el interior.

—¡Ya voy! —gritó y se volvió un instante—. Recuérdame que te cuente una cosa cuando vengas esta tarde.

Julia se despidió de ella y continuó hacia su casa. Estaba cerca, tras dejar a un lado la del cura, un edificio de altas ventanas enrejadas que ocupaba casi toda la manzana, junto a otra vivienda deshabitada desde hacía años, que desembocaba en la plazoleta. Allí estaba aparcado el viejo coche de Remigio, con los bajos manchados de barro de llevarlo al corral donde tenía las vacas. También se encontraba la furgoneta blanca de Antonio, con zonas de óxido y con la puerta trasera algo abollada; le pareció raro, sobre todo al consultar la hora y comprobar que pasaban diez minutos de la una y media.

Dobló hacia el corto callejón sin salida al que daba su casa, frente a la que había un montón de arena; lo rodeó y se adentró en el zaguán. Antonio, al verla, se acercó con aquella ligera cojera y con el cigarrillo en la comisura de los labios, que se quitó de la boca para hablar.

—Antes de irme quería decirle que han traído las baldosas. —Y señaló unas cajas apiladas en el patio.

—¡Estupendo! —exclamó emocionada, pues llevaba días esperándolas.

—También que esta tarde no puedo venir y que mañana vendré con mi hijo, así iremos más deprisa.

Julia no le pidió explicaciones e hizo un gesto de conformidad antes de preguntar.

—¿Cuándo cree que terminará todo?

Él se rascó la cabeza por debajo de la gorra de paño. Aunque no era feo, el conjunto de sus rasgos resultaba tosco, al igual que su voz ronca y áspera de fumador. Dio otra calada al cigarro y miró a su alrededor.

—El suelo, una semana, como mucho, y lo del muro, un par de días. Pero nunca se sabe con estas cosas.

Ambos alzaron la vista hacia el alto muro de piedra que separaba su casa del campo, que se extendía hasta otras fincas valladas, en las que ya no se cultivaba ni se daba de pacer a las ovejas como en tiempos de sus abuelos. Y el muro mostraba una parte bastante deteriorada que había que arreglar antes de que acabara derrumbándose, lo que no parecía afectar al gato blanco y negro que, sentado en lo alto, los miraba con aparente indiferencia.

—Ya está ahí ese condenado del demonio —masculló Antonio—. Le dije que, si le daba comida, lo iba a tener aquí todos los días.

—No me importa —repuso sonriente.

Se había acordado de que también su abuela tenía manía por los gatos, sobre todo porque muchas veces entraban en la cocina y le robaban lo que hubiese a la vista. Entonces, los amenazaba con la escoba, incluso les gritaba que iba a despellejarlos, aunque también agradecía su presencia, pues

reconocía que tenerlos por allí la libraba de otros bichos más nauseabundos que no se atrevía ni a nombrar.

Antonio se había encogido de hombros, y se disponía a marcharse cuando Julia le preguntó:

—¿Sabe de alguien que pueda montar unas estanterías?

—Mi hijo —contestó enseguida—. Si quiere, le digo que venga esta tarde a echar un vistazo.

—Sí, por favor. Hacia las cinco, que es cuando vuelvo del café. —Y titubeó al decir—: Supongo que sabrá hacerlo; son varias y están desmontadas por completo.

Antonio elevó apenas la comisura de los labios.

—No se preocupe; Eduardo es listo como el hambre y lo que no sabe lo aprende rápido. También hace cualquier cosa de electricidad; trabajó en una empresa que se dedicaba a eso, pero redujeron personal y, como fue de los últimos que entraron, los muy cabrones... Así que, hasta que le salga algo mejor, va a venir a ayudarme.

Julia lo miró confusa. No sabía si con ello pretendía conseguir que le diera algún trabajo extra a su hijo; incluso dudó si había hecho bien en pedirselo. Pero ya estaba decidido y, en cuanto el albañil se hubo marchado, escuchó un ruido entre las hojas del frondoso limonero que presidía el patio desde la esquina. El gato había pasado del muro al árbol, y del tronco saltó al suelo. Caminó por la tierra y la grava como si apenas la tocara, y Julia esperó hasta que se detuvo a un par de metros de distancia de ella. Era un hermoso animal, con una mancha negra que se asemejaba a un pequeño bigote; por eso había empezado a llamarlo Charly, en honor a Charly Chaplin.

—Vale, Charly —dijo ante sus ojos redondos y suplicantes—, ahora te traigo algo.

Pasó al interior de la casa y dejó la bolsa con la compra sobre la mesa de la cocina. Había guardado en la nevera los restos de un guiso de pescado envueltos en papel de aluminio, y se los llevó. El gato, tras olisquearlo por

unos segundos, empezó a comer.

Entre tanto, Julia recorrió su patio con la vista. El suelo de tierra con la grava sin esparcir, las piedras de granito y dos pilas del mismo material, la carretilla, la pequeña hormigonera, los sacos de cemento apilados, las cajas con las baldosas... Era evidente que faltaba mucho para terminar y poner lo que tenía planeado: una mesa y una silla para sentarse a desayunar por las mañanas, cuando hiciera buen tiempo, así como una tumbona para leer y descansar al sol en los días fríos o por las noches en verano.

Charly había terminado y maulló con timidez.

—Por hoy se acabó y, si te has quedado con hambre, caza ratones —le dijo ella y, acto seguido, se rio de sí misma; si continuaba hablándole, iba a acabar como esas viejas locas de las películas con sus gatos. Pero el animal, como si lo hubiese entendido, se dirigió al árbol y, de un salto, desapareció entre sus ramas. Al instante lo vio en el muro, donde acabó por tumbarse plácidamente al sol.

Al entrar de nuevo en la casa, Julia se quitó el chaquetón y lo colgó —con el bolso— en el perchero del recibidor tras sacar la caja de las pastillas. Cruzó el salón-comedor hacia el pasillo y de ahí, a su habitación. Deseaba desprenderse de las medias y de la falda para ponerse los cómodos pantalones de algodón y unos calcetines, igual que de la blusa para sustituirla por un jersey estampado con rombos de vivos colores, pasado de moda pero tan suave al tacto como el primer día. Luego, se calzó las zapatillas que tenía debajo de la banqueta situada a los pies de la cama, y pasó al baño para dejar la medicación en la repisa del lavabo.

Se miró en el espejo. Le gustaba cómo le había quedado el pelo, y movió la melena a uno y otro lado para ver sus reflejos dorados bajo la luz. También su rostro y, de una forma especial, el castaño claro de sus ojos, que habían recuperado el brillo porque ya no los oscurecían las profundas ojeras de meses atrás. Y sonrió a su propia imagen, satisfecha.

A las cuatro Julia fue al bar de la plaza. Aún no habían llegado los de la partida de dominó: siete jubilados que, con el padre de Paqui, ocupaban las dos mesas de la derecha, cerca del televisor, que siempre estaba encendido y al que nadie parecía hacerle caso. Ellos tomaban su café y, luego, estaban hasta las seis aporreando las mesas con las fichas, sin hablar apenas, aunque sí discutiendo alguna jugada de vez en cuando. Porque, tras llevar dos meses en el pueblo, se habían acostumbrado a su presencia como ella al ruido; se saludaban con un «Buenas tardes» o con un simple gesto, y seguían cada uno a lo suyo.

Julia cogió el periódico del estante y se dirigió a su mesa de siempre. Estaba en el lado contrario a los jugadores y frente a la ventana, de tal forma que, al alzar la vista, veía la plaza —con las casas que la rodeaban—, los bancos de piedra, los árboles, la farola del centro, las banderas del ayuntamiento ondeando si hacía viento, la gente o los pocos coches que cruzaban. Y no necesitaba decir nada; Paqui le servía su café con leche en la taza blanca con un sobre de azúcar. A veces, cuando hacía bizcocho o rosquillas, le llevaba un poco en un plato, una atención que la abrumaba, pero se lo comía encantada.

Paqui tenía cuarenta y dos años, era de estatura media —como ella— pero de constitución más corpulenta, y llevaba el pelo recogido con un coiletero de terciopelo negro. Vestía con tonos oscuros y, por eso, a Julia se le fue la vista a la medalla de oro que resaltaba sobre el jersey azul marino.

—Ayer, al poco de irte, vinieron dos hombres y una mujer y preguntaron por Marcelino, el guarda —le contó al tiempo que se sentaba a su lado.

En ese momento, se abrió la puerta y entró Hipólito, otro jubilado y cliente habitual que solía sentarse en un taburete junto a la barra, cerca de los jugadores de dominó. Él no participaba, aunque seguía las partidas con interés y hablaba con ellos. También con Julia, a la que saludaba, e intercambiaban comentarios si veían alguna noticia que les interesara en el periódico. Y últimamente se trataban más, pues Hipólito había sido albañil y le había

recomendado a Antonio cuando decidió hacer la obra de su casa.

—¿Era por los buitres por lo que los de ayer querían ver a Marcelino? —le preguntó Paqui.

—Sí —respondió él antes de sentarse—. Dijeron que estaban haciendo un documental para la televisión, y Marcelino se conoce todos los rincones, pero yo no sé a quién le puede interesar ver a esos pajarracos.

—Y lo guapo que era el rubio —siguió contándole Paqui—. Parecía un actor de cine, y la chica también era muy mona.

Julia removi6 el caf6 con la cucharilla, tras echar el az6car, y tom6 un sorbo con cuidado para no quemarse. Imaginaba, por sus explicaciones, que podían ser los de la farmacia, aunque ella no había visto a ninguna chica.

—Les dije d6nde vivía Marcelino —continu6—, pero antes se tomaron un caf6 y, en ese rato, ella los manose6 bien a los dos. —Sonri6 y volvi6 a dirigirse a Hip6lito, que miraba el diario deportivo—. ¿Te acuerdas de la forastera?

—¡Que sí me acuerdo! —Y soltó una carcajada.

—No podría decirte con seguridad con quién estaba. A lo mejor está liada con los dos.

Julia sonri6 al ver su expresi6n, entre divertida y escandalizada; mientras se levantaba para ir a servirle el caf6 a Hip6lito, ella abri6 el peri6dico. Pas6 las p6ginas, sin detenerse en nada, hasta llegar a lo que m6s le preocupaba en ese momento: la previsi6n meteorol6gica. Y no eran buenas noticias para las obras de su patio, pues se decía que habría precipitaciones a lo largo de toda la jornada y que serían m6s intensas a primeras horas de la tarde.

Los de la partida habían empezado a llegar puntuales sobre las cuatro y media, y Paqui estuvo atareada con los caf6s. Cuando termin6, volvi6 a sentarse a su lado.

—La bici ya est6 lista, solo tenía desinfladas las ruedas.

—¿Y a d6nde tengo que ir a recogerla?

—No te preocupes; esta tarde te la lleva Fran.

Julia había pensado comprar una bicicleta para hacer ejercicio y pasear por los caminos y, al hablarlo con Paqui, le había dicho que ellos tenían una. Era de su cuñada y apenas la había usado, así que se la ofreció y ella no pudo rechazarla.

Continuaron hablando un poco más, en especial Paqui, que lo hizo sobre su hijo Fran que, con diecisiete años, empezaba a interesarse «demasiado», según ella, en las chicas.

Eran las cinco y diez cuando se acordó de pronto. El hijo de Antonio iba a ir, y se despidió de Paqui haciendo un gesto de adiós a Hipólito.

Regresó a su casa pensando en las estanterías y en la habitación donde iba a ponerlas: el estudio, como había empezado a llamarlo. El lugar donde colocaría por fin los libros, que seguían guardados en las cajas, pues apenas había leído en esos dos meses. El trabajo físico había ocupado gran parte de su tiempo, así como limpiar y ordenar, reubicar muebles, sustituir lo que estaba estropeado, pintar paredes... Y si el clima lo permitía, se daba un paseo después de comer. Nunca antes había llevado una vida semejante y tenía que reconocer que le había sentado bien y que su ánimo y sus fuerzas mejoraban día a día. Por eso se había decidido a hacer la reforma y quitar los corrales, donde antiguamente se tenía a los animales y los aperos de labranza, que en la actualidad solo servían para acumular suciedad o como escondite para ratones. Dos buenos motivos con los que, además, conseguiría un espacio amplio y despejado.

Al doblar hacia el callejón, vio a alguien sentado en el umbral de su puerta. Tenía el codo apoyado sobre la pierna y se sujetaba la cabeza con la mano, mientras que con la otra removía en el montón de arena con un palo. Hasta que debió oír sus pasos y alzó la vista. Se puso en pie enseguida y dejó caer el palo.

—¿Eres el hijo de Antonio? —le preguntó.

Resultaba obvio sabiendo que iba a ir, pero no pudo evitarlo porque apenas se parecía a su padre. Era más alto y, desde luego, mucho más atractivo, con el

pelo negro algo enmarañado, como si lo hubiese estado mesando durante la espera.

Había afirmado su pregunta con un gesto, y Julia se acercó para abrir la puerta. Cuando se volvió para pedirle que cerrara, vio que se había quedado mirando el patio.

—Es lo que está haciendo tu padre. Me ha dicho que vas a ayudarlo.

Eduardo no dijo nada y Julia sintió, por un momento, cómo sus ojos oscuros la recorrían de pies a cabeza.

—No sé si tu padre te comentó... Si te dijo... lo que tenías que hacer — balbuceó nerviosa, pero enseguida se repuso—. Será mejor que te lo enseñe.

Pasaron al interior de la casa, y sus pisadas hicieron chirriar los escalones de madera hasta que llegaron al pasillo-distribuidor, donde las cajas con los libros estrechaban el espacio antes de pasar al estudio. En ese momento, daba el sol poniente y la luz entraba por la ventana, atravesando toda la habitación, y hacía que el azul claro de las paredes —que había pintado una semana antes— pareciera casi blanco. Luego, en el suelo, como si alguien las hubiera tirado de cualquier forma, estaban las maderas de las estanterías desarmadas con los laterales, los estantes, las traseras...

—Esto es un lío —dijo algo sofocada.

Él se había acuclillado y empezó a examinarlo por encima.

—Tendrás que traer herramientas porque lo único que tengo es un martillo.

Le sonrió creyendo que él también lo haría, pero al alzarse solo comentó:

—Me va a llevar tiempo.

—Sí, claro, lo supongo.

—Primero tengo que ponerlo en orden para ver si falta algo. ¿Y dónde las va a querer? —preguntó mirando en derredor.

—En esa pared y en esa —le señaló a la derecha e izquierda.

—¿Quiere que les ponga un anclaje para que estén más seguras? —volvió a preguntar.

—Supongo que sí —contestó, aunque no entendía a qué se refería con

aquello.

De lo que sí se había percatado era de su acento; no lo tenía tan marcado como el de la gente del pueblo, y estuvo a punto de preguntárselo, pero no se atrevió y acabó diciendo:

—¿Necesitas algo?

Él negó con un gesto mientras se quitaba la cazadora.

—Trae; la colgaré abajo.

—No hace falta; la pondré aquí mismo. —Y salió para dejarla sobre unas cajas.

Era una prenda de cuero gris, algo desgastada, que debía tener ya algunos años; mientras bajaba la escalera, se preguntaba si, quizá, se avergonzaría de ello.

Julia dejó su chaquetón en el perchero y fue al baño. Pero antes de salir, se observó en el espejo, en especial los ojos, que parecían desconcertados al recordar al chico que estaba arriba. La había perturbado, no solo porque fuera guapo, sino por su forma de mirarla; estaba segura de que la había encontrado atractiva, y se acordó también del rubio de la farmacia. Sonrió entonces; no sabía por qué pensaba en eso después de tantos meses sin que le importase lo más mínimo.

En el salón se sentó en el sofá y, antes de abrir el suplemento del periódico para leer un artículo que le interesaba, echó un vistazo a la chimenea. Tenía unos troncos entrecruzados que constituían un simple adorno, ya que no se había atrevido a encenderla; siempre lo había hecho su padre y, con los radiadores eléctricos, tampoco lo necesitaba. Eso sí: le encantaba su presencia imponente y sentarse frente a ella arropada con la manta de ganchillo de su abuela. Resultaba tan agradable que muchas veces se quedaba dormida mientras veía la televisión aunque, luego, cuando se iba a la cama, tardaba en volver a conciliar el sueño.

No le dio tiempo a terminar el artículo cuando escuchó el chirriar de las maderas de la escalera y unos pasos aproximándose.

—Ya he organizado todo —dijo Eduardo, que se asomó apenas por la puerta—. Mañana traeré las herramientas y empezaré el montaje.

Julia se levantó y se acercó a él.

—Tu padre me dijo que ibas a ayudarlo con el patio.

—Sí, es cierto —titubeó—. Entonces, las estanterías...

—Las dos cosas me interesan, aunque el patio es lo primero.

—Puedo organizarme para hacer las dos si usted quiere.

—No me trates de «usted». Yo te estoy tuteando; tú haz lo mismo.

Le pareció algo cortado y, entonces, le preguntó la edad.

—Veinticuatro —respondió.

Por un segundo se sorprendió; no creía que fuese tan joven.

—Yo tengo cuatro más que tú, pero no soy tan mayor como para que me trates de «usted». Y volviendo a nuestro asunto —continuó—, empezarás cuando no tengas que ayudar a tu padre y, por cierto, piensa en lo que vas a cobrarme.

Él hizo un gesto de indecisión.

—Si me deja... Si me dejas algún libro, ese sería el pago por...

—¿Te gusta leer? —lo interrumpió impresionada y, de inmediato, preguntó—: ¿Y qué género te gusta?

—La ciencia ficción, de aventuras y, sobre todo, la novela negra o policiaca ¿Tiene... tienes algo de ese tipo?

—Sí —contestó enseguida—. De Raymond Chandler, que recuerde; al menos tres que leí hace mucho. De Simenon también hay algo; de Agatha Christie, por supuesto. Y de Hammet tengo su novela más conocida: *El halcón maltés*. No la he leído, pero me encanta la película.

—A mí también, y ya la leí.

Ella no salía de su asombro.

—La otra noche, en la segunda cadena, pusieron la versión del libro de

Chandler, *El sueño eterno*.

—Lo sé, estuve viéndola.

Sin saber por qué, Julia empezó a hablarle de la película: de sus diálogos ingeniosos, de los fallos de guion que hacían incomprensibles algunas partes del argumento, pero que daba igual porque era una obra maestra del género, y la pareja Bogart-Bacall —a su juicio— estaba fantástica.

Eduardo escuchaba sin interrumpir y a ella le gustaba su atención, aunque no debía olvidar que estaba allí para trabajar y no para hablar de cine.

—Te dejaré los libros que quieras —dijo, no obstante—, y eso no tiene nada que ver con las estanterías que tienes que montar. No tengo ningún problema en prestártelos. Para eso están: para ser leídos.

Tuvo la sensación de que estaba hablando con alguno de los alumnos a los que había dado clase, intentando ser distante, aunque se le escapó una sonrisa. Él, sin embargo, continuó con el semblante serio, le agradeció el ofrecimiento, y se despidió hasta el día siguiente.

Al poco oyó cerrarse la puerta y ella se quedó en el recibidor, pensando en las cajas que tenía en la planta de arriba, en lo que habían sudado los de la mudanza porque eran —si no le fallaba la memoria— unas veinte. Tampoco recordaba qué libros había en cada una, pues los había ido metiendo hasta llenarlas cuando decidió que se iba al pueblo. Y volvió a acordarse de Eduardo. ¿Dónde estarían los de Raymond Chandler? ¿Y la pequeña colección de Aghata Christie? Sabía que a su abuelo le gustaba ese género y del más clásico. Sin embargo, tendría que esperar para ordenarlos antes de pensar en buscar alguno en concreto.

El ruido de unos golpes en la puerta la sacó de aquellos pensamientos, y salió al patio. Estaba empezando a oscurecer. Encendió la luz, antes de abrir, y se encontró a Braulio, el marido de Paqui, con la bicicleta sujeta por el manillar.

—Creí que Fran iba a traerla.

—Se negó; como es de chica y rosa, le daba vergüenza por si alguien lo

veía. —Y meneó la cabeza—. Desde luego, está tonto perdido.

Julia abrió del todo la puerta, y él pasó al zaguán.

—Puedes dejarla aquí mismo; ya la guardaré yo.

Pero insistió en hacerlo y ella le indicó uno de los dos trasteros, concretamente el destinado a la leña, que estaba medio vacío. Cuando salió, Braulio se fijó en el material de obra y en el suelo que, bajo la luz artificial, mostraba un aspecto bastante sombrío.

—La que tienes montada; parece que te han bombardeado.

—Es cierto, pero mañana empiezan a echar el cemento y pondrán las baldosas. —Y sonrió al decirle—: Gracias por la bici, te la cuidaré bien.

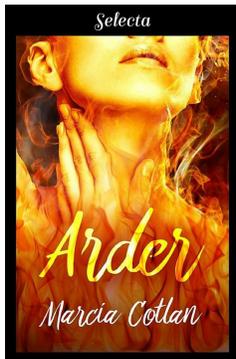
—Ni se te ocurra devolvérmela; mi hermana la dejó en el taller hace una tira de años, y estaba empezando a estorbarme. Si no la hubieses querido tú, un día de estos, se la habría dado al de la chatarra.

—Pues muchas gracias —repitió.

Cuando Braulio hubo salido, cerró con llave. No esperaba a nadie, y se acercaba la hora de preparar la cena.

Ella deseaba experimentar el placer. Él le descubrió el amor.

Ella quería olvidar su pasado, pero él llegó para recordárselo.



Harrison Duncan llega a Vancouver persiguiendo a un asesino que ha dejado varios muertos en Los Ángeles. La policía lo infiltra en una lujosa agencia de acompañantes masculinos, pues estas son las víctimas favoritas de dicho asesino. Allí se encuentra con Valentina Nuno, a quien conoce muy bien, aunque ella no lo recuerde. Lo que en principio parecía una historia sin complicaciones y sin futuro se convierte en la caja de pandora que saca a la luz un pasado que ella quiere olvidar... Aunque es precisamente ese pasado el que le impide ser feliz.

Valentina quiere empezar de cero y lo deja todo atrás: su vida, sus amigos y a su exmarido, pero se instala justo en la ciudad donde vive Harrison, Los Ángeles. Aquí volverán a encontrarse, pero no por casualidad. Él la busca y la encuentra. Había jurado que no lo haría... Hasta que vio colgado sobre su chimenea el cuadro que él le había pintado siendo un niño.

Harrison cree que es el único que puede salvar a Valentina, pero lo que no espera es que sea ella la que lo salve a él y lo ayude a ser quien realmente es.

Marcia Cotlan nació en Oviedo en 1975. Estudió Filología y en la actualidad se dedica a la docencia. Escribe desde muy pequeña (poesía, relato, novela de misterio), pero no se atrevió con la novela romántica hasta hace cuatro años. Se decanta, especialmente por la romántica histórica y el suspense romántico, aunque ahora también está escribiendo contemporánea. En 2013 publicó *Corazones heridos*.

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Marcia Cotlan

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-89-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 20

- [1] Travis Duncan es el protagonista de *La llave del corazón*, la primera novela de la saga «Los hijos del Monstruo».

Índice

Arder

- Capítulo 1. Azul cobalto
- Capítulo 2. Harrison Sheridan
- Capítulo 3. Dugby Gut
- Capítulo 4. Zonas rojas
- Capítulo 5. Teléfono
- Capítulo 6. El colgante
- Capítulo 7. Patrick
- Capítulo 8. Adiós
- Capítulo 9. Cierre
- Capítulo 10. Media verdad
- Capítulo 11. Amigos del alma
- Capítulo 12. Toda la verdad
- Capítulo 13. Traumas
- Capítulo 14. Borrón y cuenta nueva
- Capítulo 15. Independencia
- Capítulo 16. Portland
- Capítulo 17. El momento de sincerarse
- Capítulo 18. Gina
- Capítulo 19. Bailar
- Capítulo 20. Intentémoslo
- Capítulo 21. Casa de acogida
- Epílogo. Un año y medio más tarde

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Marcia Cotlan

Créditos

Notas